



Círculo
de Montevideo

Inserción de
América Latina
en la nueva
civilización

XXII Reunión Plenaria del Círculo de Montevideo
México, Noviembre 2016

Inserción de América Latina en la nueva civilización



CÍRCULO DE MONTEVIDEO

XXII Reunión Plenaria del Círculo de Montevideo

México – Noviembre 2016

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en cualquier medio,
citando fuentes y con la autorización previa de la Fundación Círculo de Montevideo.

Las opiniones son de exclusiva responsabilidad de quien las suscribe
y no necesariamente de la Fundación Círculo de Montevideo.

Editado y publicado por la Fundación Círculo de Montevideo.

Diseño y armado:
Andrea Desalvo
andrea.desalvo@gmail.com

índice

1. **Celebración de los 20 años del Círculo de Montevideo.**
Felipe González
Julio María Sanguinetti..... 5
2. **Inicio de las Jornadas.**
Educación para el nuevo tiempo.
Carlos Slim..... 13
3. **Nuevos caminos en el siglo XXI.**
Julio María Sanguinetti..... 17
4. **Latinoamérica hoy.**
Felipe González..... 23
5. **Asociación Estado – Sociedad Civil.**
Educación – Empleo – Salud
Leonel Fernández Reyna – Belisario Betancur – Felipe González
Jorge Quiroga – Julio María Sanguinetti..... 31
6. **El desafío de la competitividad mas allá de ideologías.**
Empleo – Ciencia – Electrónica
Enrique Iglesias – Alejandro Bulgheroni – Carlos Magariños
Enrique Manhard – Alfredo Barnechea..... 45
7. **Institucionalidad legal derechos y deberes ciudadanos.**
Manuel Marín – Natalio Botana – Rebeca Grynspan
Alberto Ruiz Gallardon..... 57

8. Síntesis de las jornadas. Conferencia de Prensa.

Belisario Betancur – Natalio Botana – Alejandro Bulgheroni

Leonel Fernández Reyna – Felipe González – Rebeca Grynspan

Enrique Iglesias – Carlos Magariños – Enrique Manhard – Manuel Marín

Alberto Ruiz Gallardón – Julio María Sanguinetti – Carlos Slim..... 75

Apéndice

Presentación gráfica difundida en las redes como reflejo de nuestra reunión..... 83

1 - Celebración de los 20 años del Círculo de Montevideo.

Felipe González
Julio María
Sanguinetti

Felipe González ...

(mirando la Puerta del Infierno de Auguste Rodin)

El privilegio es estar junto a esta puerta –aunque no sé cómo abrirla–; ¡ese sí es un gran privilegio!

Verán: me toca esta noche decir unas palabras para conmemorar y para festejar el vigésimo aniversario del Círculo de Montevideo.

Como siempre, voy a ser indisciplinado porque no voy a hacer lo que esperaría Isabel de esta intervención, que es contar la historia del Círculo y demás. Es que hace veinte años que surgió, a iniciativa, claramente, de Julio María Sanguinetti –como el propio nombre lo indica; incluso, se podría haber llamado Círculo Sanguinetti– y, en mi caso, coincidió con el final de mi experiencia de gobierno.

Unos meses después de acabar mi gobierno tuvimos ya las primeras conversaciones sobre la posibilidad de esta especie de plataforma de transversalidad, de intercambio de ideas, de análisis de la realidad, de propuestas, para no hacer solo un *think tank* sino, como diría Slim, un *action tank*, algo que pudiera servir. Y la transversalidad no era solo de ideas de distintos responsables políticos, sino también de actores de lo que llamamos –aunque no sé por qué ni cómo– «sociedad civil», cada vez más necesaria –y también más ausente– si tenemos en cuenta las crisis que vivimos en todos los sentidos.

Por lo tanto, nace esa iniciativa cuando, como dije, hacía pocos meses que había salido del gobierno –o que me habían sacado, porque había perdido las elecciones, si bien por poco, unos 300.000 votos–, donde ya llevaba casi 14 años. Y bueno, esto fue algo así como la primera reacción a mi aceptación de la derrota.

Hoy me recordaba Córdoba, que preside el Instituto Federal Electoral (IFE), que allí desarrolló por primera vez uno de los conceptos esenciales de la democracia, que es la aceptabilidad de la derrota. Aceptar la victoria es relativamente fácil, pero aceptar la derrota es un poco más complicado. Pero tenía un poco más de



enjundia: la derrota es aceptable cuando, siendo razonable la igualdad de oportunidades para ganar, no se gana. Entonces, uno tiene la paciencia y la tenacidad de esperar la siguiente ocasión y no romper el sistema. Hablo de «razonable» porque nunca hay una absoluta igualdad de oportunidades.

Esa noche no solo acepté la derrota por 300.000 votos, sino que se la comuniqué a quien me sucedió en el cargo, el señor Aznar, que todavía estaba confuso e inquieto porque los resultados eran demasiado ajustados: aproximadamente un punto. Una vez que acabó esto, con todo lo que supone, lo acepté con unas palabras que, medio en broma, medio en serio, me reprochó Julio María Sanguinetti; terminé diciendo a la gente que me oía, entre ellos mis compañeros: «Ha sido una derrota dulce y una victoria amarga», porque me hacían perdedor por 14 puntos de diferencia –como derrota, después de trece años y medio, probablemente me la hubiera merecido– pero al final fueron 300.000 votos de un universo electoral de más de 20:000.000.

Con esa frase, felicitando a quienes habían ganado, terminé el análisis del resultado electoral. Poco rato después entró la llamada del presidente Sanguinetti, que me dijo: «Está muy bien, pero es derrota al fin, así que te veo demasiado contento». Y debo decir que estaba contento; era la alegría del sentimiento de liberación de una pesada carga, que en la mayor responsabilidad nunca debería durar más de diez años. ¡Nunca! Cuando comienza la tarea de gobernar –y quienes hemos repetido experiencia de eso lo sabemos muy bien– uno es capaz de soportar una carga de dos toneladas sobre los hombros, pero cuando lleva diez años gobernando, cualquier peso sobre los hombros le parece excesivo, cualquier sugerencia le parece impertinente; tiene uno la impresión de que ya le han contado todos los cuentos y se vuelve impaciente, que es lo único que no se puede ser para gobernar.

Ese fue el saludo que me dio el presidente Sanguinetti. Inmediatamente después empezamos a hablar del Círculo. Han transcurrido más de veinte años y se han realizado más de veinte reuniones del Círculo. El Círculo tiene su elemento mágico: se ha ido ampliando y hemos recorrido unas cuantas áreas del planeta.

El espacio natural era iberoamericano, pero eso no nos ha impedido pasar por Viena o por Washington. Por tanto, hemos tocado todas las teclas.

Yo no quería hacer un relato de lo que ha sido y es el Círculo de Montevideo, donde tenemos algunas necesidades, como la de ir intercalando generaciones, con aportaciones nuevas; lo reflexionamos, pero eso lo podemos hablar en la reunión final del Círculo.

Ni siquiera voy a hacer un relato de lo que han sido estos debates, sino que voy a aprovechar esta ocasión para darle las gracias a Julio María por tener la idea y ponerla en marcha, con una tenacidad que solo podría calificar de «uruguaya». Con esa tenacidad pone en marcha la idea de abrir un espacio de reflexión y de debate en un mundo en rapidísimo cambio –que algunas veces con él mismo he discutido –, que yo creo que es un cambio civilizatorio, es un cambio de era, es lo que quieren. Las reglas de juego están cambiando y ello tiene, probablemente, más dimensión, más profundidad y más velocidad de cruce que en el pasaje de la Edad Media al Renacimiento, o de la economía agraria a la economía industrial.

Esto produce fenómenos que nos crean lo que los franceses llaman angustia indefinida. No sabemos lo que va a pasar, pero sabemos que lo que pasó ya no va a volver a pasar. Cuando uno se acostumbra, históricamente, a construir y a mejorar –en el mejor sentido de la palabra– dando un paso más sobre lo que ya se ha hecho, y cambian tanto las reglas de juego, cambia todo. En especial, se genera una gran incertidumbre, que es una enfermedad que los franceses tienen una maravillosa palabra que la define, que es «*malaise*», y no hay nada en la lengua que compartimos que sea capaz de definir lo que es la *malaise*. Si nos situamos en la piel de los franceses, con los fenómenos que están ocurriendo en Francia, la podríamos traducir con una explicación, pero no como una sola palabra. Francia sabe que ya no es lo que fue, e incluso es consciente de que no lo volverá a ser porque el mundo cambió, pero tiene la inquietud de que no sabe lo que va a ser. Sabe que no será lo que fue, pero no sabe lo que va a ser. Por eso, los franceses tienen la costumbre de cambiar cada cuatro años de gobierno, e incluso la tentación

de que el siguiente cambio de gobierno sea trumpista o lepenista. Y todo puede ocurrir porque, según las encuestas, más de la mitad de los afiliados al sindicato históricamente más importante de Francia, que es de filiación comunista, votan a Marine Le Pen; es decir, su voto fue siempre comunista.

¿Por qué mi agradecimiento? Primero, porque he aprendido mucho en la propia relación personal —que se remonta a algo más atrás que el Círculo de Montevideo—, con experiencias compartidas sobre cómo se transita, de manera no demasiado traumática, de una dictadura a un sistema democrático. Pero mi gratitud también viene por el hecho de que cada día mi compromiso con la democracia es más fuerte —eso ha crecido en los debates del Círculo—, pero no concibo la democracia como una ideología y mucho menos como una religión.

A la democracia, como un marco ordenado de convivencia —que no es el mejor, sino el menos malo de todos los que hemos conocido en la historia de la humanidad, como diría Churchill—no se le puede pedir lo que la democracia no da. La democracia no garantiza el buen gobierno, amigo mío; pero garantiza que al gobierno que no nos guste lo podamos echar. ¡Y eso no es moco de pavo! Si no, que se lo digan a mis amigos venezolanos. ¡Garantiza que los podamos echar, cumpliendo las reglas! ¿Por qué, entonces, a largo plazo la democracia es superior a cualquier otra forma de gobierno? Repito: a largo plazo. Porque a nadie le gusta que lo echen; por tanto, tendemos a mejorar nuestras prestaciones para que no nos echen.

El efecto de la democracia no es inmediato, aunque en nuestro ámbito cultural, en el sentido profundo del término «identidad de identidades», salimos de una situación de dictadura y le pedimos a la democracia que nos resuelva todos los problemas ayer, hasta los personales. «Oiga: me quiero divorciar. ¿Qué dice de esto la democracia?» ¡Espere! Hay todo un proceso de cambio y de reforma.

Una de las cosas que he aprendido en esta ya larga experiencia vital es que el compromiso con la democracia es cada vez más firme, pero las amenazas a la democracia son recurrentes. Hace veinte años, a pesar de

las turbulencias, creíamos que la democracia era poco menos que una conquista poco reversible de nuestra región, que compartimos incluso saltando el Atlántico; hoy, ¿quién no duda que pueda ser reversible, y que el desapego de los ciudadanos es muy serio? ¿Qué está pasando? ¿Por qué hay una crisis de gobernanza de la democracia representativa en todas partes? Nos asustaría menos —aunque el sufrimiento de los ciudadanos fuera el mismo— que la tensión que vivimos por lo que pueda ocurrir el próximo martes 8 de noviembre en Estados Unidos fuera de la misma talla de la que podemos vivir por Nicaragua. Una y otra no nos asustan lo mismo. Estamos muy preocupados por lo que ocurre, pero solo por quién ganará y no por quien ya ganó, fracturando una democracia en la que el área de consenso que los ha hecho fuertes durante un siglo ya se ha quebrado. Eso no depende de lo que ocurra el día 8; eso ya está en la mochila de los que han convertido esa democracia de consenso en una vetocracia.

Por tanto, es un invento frágil este de la convivencia en democracia, de la convivencia en libertad.

¿Por qué es importante para mucha gente? Hablo de responsables políticos como los que compartimos este Círculo y esta mesa. ¿Es importante porque todos pensamos ideológicamente lo mismo, como se dice? No; no, no. Porque quienes compartimos este Círculo, compartimos un espacio que, en el sentido más noble del término podríamos llamar «espacio del pensamiento liberal». Y no en las confusiones del neoliberalismo, del liberalismo americano o nórdico. ¡No! Los fundamentos de la convivencia democrática son liberales. Hay un centro-izquierda —por identificarlo de alguna manera— socialdemócrata, un centro-derecha —también por identificarlo de alguna manera— liberal, pero para quienes vivimos en esa centralidad que ha hecho fuerte la democracia, que ha hecho progresar a nuestros países mediante las «malditas» reformas, la descalificación sería que se nos llamara reformistas; el mérito es ser *inmovilista* o *liquidacionista*.

A quienes vivimos en ese espacio de centralidad nos preocupa ser las primeras víctimas de los populismos excluyentes, de las tentaciones autoritarias. Yo pertenezco a una tribu que está en el espacio del centro a la izquierda —nunca he sido extremista ni radical, por



lo que siempre he creído en la reforma y en la moderación—, pero digo lo mismo por quienes pertenecen a ese espacio de centro-derecha, y sé que las primeras víctimas de las bromas autoritarias, sean de derecha o de izquierda, somos nosotros.

Para los que se llaman de izquierda “auténtica”, esa que pretende cambiar el mundo simplificándolo, con el mismo discurso de los de arriba y los de abajo, de las élites y de lo que antes eran masas y ahora son gente, para ellos, para esa posición política, nosotros somos *socialtraidores*. Y cuando la tentación autoritaria es de derecha, nosotros somos compañeros de viaje de los autoritarios de izquierda. O sea —me van a permitir decirlo, aunque sea duro; sé que el lenguaje mexicano es siempre mucho más suave que el mío—: se incline la balanza hacia un populismo de derecha o hacia un populismo de izquierda, nosotros estamos jodidos.

Nosotros luchamos por el espacio de la centralidad, el que nos da el oxígeno para poder desarrollar nuestras propuestas, nuestras ideas y nuestros proyectos.

Queridos Julio María y todos los demás amigos: hoy voy a introducir una inquietud, porque la pregunta a la que tendríamos que responder es por qué están triunfando los populismos. Créanme que vamos a desarrollar ese debate en esta y en las próximas reuniones.

Partiendo de la premisa de que nada hay más peligroso que un populismo de izquierda, salvo el populismo de derecha —y que nuestro cerebro no se divida en dos mitades pensando si estamos en el centro-derecha, donde lo peligroso es el populismo de izquierda, o en el centro-izquierda, donde lo peligroso es el populismo de derecha, porque son la misma cosa—, hay una pregunta que me hago a mí mismo: ¿qué responsabilidad tenemos en nuestras respuestas a los desafíos de este modelo económico de globalización para que hayamos abierto un espacio a la demagogia simplista y populista? Porque nuestra respuesta no está satisfaciendo los deseos y las aspiraciones de las grandes mayorías sociales.

En mi manera de ver, este fenómeno no reversible de la economía global, de la interdependencia, del nuevo mundo —que no se avecina sino que ya lo

tenemos aquí, sobre él galopamos ya durante los últimos veinticinco años—, ha roto el modelo anterior y tiene elementos implícitos que distribuyen de manera desigual el ingreso. Y esa desigualdad, más allá de posiciones ideológicas —esa es la ventaja del Círculo—, plantea un problema que nuestro invitado Mario José Molina podría llamar «de sostenibilidad». No hablo de ideología, sino de sostenibilidad. Si no, sería incomprendible que el adalid para luchar contra esa redistribución desigual del ingreso sea Trump o Marine Le Pen. Eso solo es comprensible porque en algo nosotros estamos fallando.

Si la crisis de la socialdemocracia europea es una falta de adaptación a un modelo que ya no es el de la economía industrial de la posguerra, sino el de una economía interdependiente —la economía de la globalización, a mi juicio excesivamente financiarizada—, el fallo en la respuesta es nuestro. No podemos estar dando respuestas de hace cuarenta años a realidades que son de hoy y de mañana. Lo que me inquieta —en esa rebeldía conmigo mismo, que me acompaña desde que tenía 18 años y que antepongo a la rebeldía contra los demás; primero me rebelo conmigo— es que no estamos acertando en la respuesta.

Ahora les divertiría más que les hiciera el relato de estos años que estamos viviendo de agravamiento de parámetros que creíamos más o menos consolidados, como el agravamiento de la gobernanza de la democracia representativa. Son fenómenos que pueden ir desde un referendo disparatado, como el del señor Cameron —que es capaz de incendiar la casa para salvar los muebles y se queda sin casa y sin muebles—, hasta uno que vamos a vivir dentro de pocas semanas en Italia, donde es necesaria una reforma constitucional —sin duda hay cosas criticables pero es necesaria, y el bloqueo político de muchos años lo demuestra— y la propuesta está unida a la supervivencia de quien la propone, que es Renzi, por lo que todos los demás no quieren que la gente responda SI o NO a la reforma de la Constitución, sino SI o No a la continuidad de Renzi.

Esto, como diría Natalio Botana, me lleva a expresar que si estudiamos cuáles son los factores de la crisis de la democracia representativa, lo que no podemos es equivocarnos la respuesta y decir: «Como la democracia

representativa está en crisis, se arregla con democracia directa», y por tanto le preguntamos a los ciudadanos para que respondan con un SI o con un NO sobre problemas de una complejidad tal que no se resuelven con un SI o con un NO. Pero la satisfacción de los populistas es esa; les da igual que sea el acuerdo de paz más o menos criticable de Colombia, o el referendo del señor Cameron.

Estamos, pues, ante desafíos interesantes.

Lo último que querría en este museo y en esta reunión es que de mis palabras se dedujera que soy pesimista; si fueran capaces de deducir que soy un optimista informado, me conformaría. Creo que las oportunidades que ofrece este cambio de civilización, este cambio tan rápido en la historia de la humanidad, son más que los riesgos. El problema es cuánto talento tendremos entre todos –actores de la economía, sociedad civil, etcétera– para maximizar las oportunidades y minimizar los riesgos. Esa es mi preocupación. Y junto con esa preocupación –algo que conoce muy bien Sanguinetti es que yo no soy un historiador ni un intelectual, sino un activista político, para colmo reformista, y esa doble condición me impacienta–, no quiero analizar los fenómenos históricos con la distancia y decir: «Oiga, tardamos un siglo y medio en adaptarnos a lo que significó la Revolución Industrial», porque sé que en ese tránsito hay demasiada carga de sufrimiento humano que quiero ahorrar al máximo, para que el tránsito sea lo más rápido y con las mayores oportunidades posibles.

Estamos ante desafíos apasionantes. Quizás ya no tengamos la edad para afrontar esos desafíos, salvo que creamos –como mi amigo Gerardo Martín– que el cerebro es el único órgano del cuerpo humano que, de no mediar accidente o enfermedad, puede seguir desarrollándose y creciendo permanentemente si se lo mantiene activo, curioso y entrenado. El resto, por mucho que uno quiera mantenerse bien, inexorablemente se va deteriorando. Por tanto, yo confío en que todavía tengamos, durante algún tiempo más, esa capacidad de confrontar ideas con la voluntad de acelerar los cambios para adaptarnos a la nueva situación.

Me dirán: «¿No va a hablar de España?» Miren: desde la Primera República hasta la Segunda República transcurrieron cuatro décadas, aproximadamente. Cuando nos íbamos acercando a las cuatro décadas, desde Barcelona se produjo la dictadura de Primo de Rivera, que acabó con el pacto de la Restauración y, de paso, con el régimen monárquico. Entramos así en la turbulencia de la Segunda República, que acaba –por errores de todos pero, obviamente, por un golpe de Estado que no aceptaba ese cambio– en el año 1936. Entre 1936 y 1976 transcurrieron cuatro décadas. En ese año se acabó el otro régimen, el de la dictadura. Entre 1976 y el 2016, con dos elecciones sin explicarle a los ciudadanos en qué se habían equivocado y cómo tenían que ir otra vez a votar hasta que acertaran, hemos pasado como un año sin gobierno, dando claros signos de agotamiento de esa experiencia histórica que ahora muchos quieren liquidar: el primer pacto que nos llevó a una convivencia democrática prolongada, con reglas de juego aceptadas por todos, que fue el pacto de la transición entre quienes tenían un origen y quienes tenían otro. Ese pacto, ese consenso, ese espíritu de reforma que no nos acompañó mucho durante nuestra historia contemporánea, nuevamente vuelve a estar ausente.

Y termino mis palabras diciéndoles –porque sé que quieren que, al menos, haga alguna mención– que mi preocupación no es solo el ridículo de que los mismos dirigentes políticos sean capaces de presentarse hasta tres veces ante el electorado pidiéndole que vuelva a votar para componer un gobierno –lo que me parece absolutamente intolerable–, sino que va un poco más allá y llega a que esta crisis política la anuncié hace dos años y medio –no es broma; algunos de los presentes me lo han oído–, cuando decía: «Bueno, quizás en dos años y medio, en 2016, arrancaremos el año con un parlamento a la italiana, pero no tendremos italianos para gobernar».

Nosotros somos más herederos de Unamuno que lampedusianos, por lo que nos gusta más el sentimiento trágico de la existencia, que el pacto y el compromiso, el «que todo cambie para que nada cambie» lam-



pedusiano. Por tanto, eso lo preveía. Sé que estamos en una crisis política; ¡ojalá que no pase de crisis política y que recuperemos el espíritu de reforma que necesitamos para cambiar lo que es necesario cambiar, incluso en la articulación territorial de España, sin perder la cohesión, la unidad y tantas cosas!

Por tanto, asumo la crisis política, pero veía el horizonte de unas terceras elecciones —para el IFE pude tener interés el análisis de lo que supone—, no como un incremento de la crisis política, sino como el paso de esta a la crisis del sistema, cuando los ciudadanos se pregunten, casi al unísono: «Esto, ¿para qué sirve? No el que me llamen a votar, sino todo lo que significa que me llamen para que me pronuncie tres veces en un año y no sean capaces de administrar mi voto en lugar de devolverme la pelota diciendo que soy yo el que me equivoco». Esto es lo que me temía y aún temo: que el ciclo de cuarenta años nos lleve a una crisis de sistema. Por tanto, traté de contribuir a que ese escollo no se convirtiera en una muralla infranqueable.

Mi intervención del día de hoy en este Círculo de Montevideo —que es un círculo que se amplía, que es transversal políticamente, pero también social y económicamente, que acoge diferencias de ideas y que tiene identidad de defender la democracia y la libertad como el mejor sistema para organizarnos— es un homenaje a Julio María Sanguinetti, a su talento, a su tenacidad y a su capacidad para convocarnos.

Gracias.

Julio María Sanguinetti

Estimados amigos: ante todo, debo agradecer la enorme generosidad —producto de la amistad, sin duda— de Felipe González, que nos ha acompañado fielmente en esta aventura del pensamiento a lo largo de veinte años, como nos han acompañado muchos de quienes están acá, y me refiero a algunos de los presidentes que hoy nos acompañan: Leonel Fernández, que viene estos días de Caracas; Belisario, el maestro del castellano, que siempre nos inspira; Tuto Quiroga, con su razón permanente; en fin, todos los que aquí estamos. A todos les agradezco por igual. En particular,

tengo que agradecerle a Carlos Slim, que nos ofrece este marco en el que tocamos lo más grande del hombre: el arte y la ciencia, que son las exaltaciones superiores del espíritu. Desgraciadamente, los mortales —y los políticos aún más—, debemos hablar de las miserias humanas. Pero este es el marco para reflexionar.

El Círculo ha sido eso estos veinte años y así pretendemos mantenerlo. Y, justamente, para no hacer la historia —que no corresponde— retomo las palabras de Felipe para complementar su idea sobre lo que nos está pasando, sobre lo que está pasando en el mundo.

Arranco con una preocupación que he compartido con algunos de los amigos últimamente, y lo hago desde la historia, partiendo de 1578, cuando Michel de Montaigne, el gran ensayista, el maestro del ensayo, llega en la nochecita a la ciudad de Augsburgo y se encuentra con que lo hacen entrar por una puerta extraña que se abre; a lo lejos ve un soldado que, a cincuenta metros, con una cadena levanta una reja, y luego de pasar él la baja; ve entonces un puente levadizo y lo pasa; viene otra reja, y así sucesivamente. Eran los símbolos exteriores de un mundo de miedo. En aquel momento había guerra de religión; estaban enfrentados musulmanes con cristianos. En 1571 había sido la Batalla de Lepanto —donde nuestro maestro Cervantes perdió su brazo— entre la cristiandad y el mundo musulmán —¡fíjense qué larga batalla!—, pero al año siguiente, 1572, en la Noche de San Bartolomé, la pelea es entre cristianos, cuando los católicos hacen el gran atentado contra los protestantes. O sea: había guerra de religiones.

Hoy, luego de todo lo que hemos avanzado, en medio de una revolución de la ciencia, en medio de una revolución de la tecnología, luego de quinientos años de arte, de exaltación del espíritu, nuevamente estamos en una guerra de religión que enfrenta, sí, al mundo musulmán con el mundo occidental, pero que también la sufre internamente en un conflicto tanto o más sangriento que el otro, porque hoy caen muertos de un lado y del otro, heridos de un lado y de otro, aun dentro de ese mismo mundo musulmán que enfrenta a occidente. De ahí ha nacido el terrorismo, y ese terrorismo se suma a las migraciones masivas que producen las guerras, con las miserias que ellas engendran.

Así llegamos al mundo del miedo. No son las rejas de Montaigne, pero vamos a un aeropuerto y es algo muy parecido; vamos a entrar a un banco y es algo muy parecido. Vivimos en un mundo de temores. Y todos estos fenómenos que aparecen están inspirados en esos temores y en esos miedos. El Brexit es una respuesta de miedo al cambio de los viejos de Inglaterra que perjudica a sus jóvenes; el señor Trump es una acumulación de los miedos y los complejos sumados, encima de los cuales se monta, pasando a ser, él también, un factor de miedo y de peligro para todo el resto de las sociedades, que lo miramos porque sentimos amenazadas las esencias de nuestras libertades. Que la señora Le Pen presida el partido más importante de Francia —el país de la revolución de las libertades— es preocupante.

Estos movimientos se engendran en el miedo, se instalan en el temor y en los prejuicios, rebotan los prejuicios. Y esta mezcla de migraciones, de terrorismo y de nacionalismo que se exaltan terminan, justamente, cuestionando la esencia de lo que recién hablaba Felipe: la razón democrática y la razón científica. Hoy vivimos ese enfrentamiento de nuevo: el miedo y el fanatismo, contra la razón democrática y la razón científica. Y ese es el núcleo esencial de esta batalla.

Desde América Latina, esos temores pueden parecer lejanos; quizás no tanto en México, donde el tema de la migración y el tema del populismo norteamericano —o el seudofascismo que nace en ese país—, sin duda preocupan más. A mí, tanto como el señor Trump, me preocupa que un 40 % o un 45 % de la sociedad norteamericana esté votando a ese esperpento. ¡Eso sí que me preocupa tremendamente! ¡El país de Jefferson, el país de Lincoln, detrás de un esperpento de esta naturaleza! Es la explotación de esos temores, de esos miedos, de esos prejuicios lo que pone en cuestión esto.

América Latina se siente un poco lejos hoy, pero nadie está inmunizado. Buenos Aires también vivió el terrorismo y aún lo sufre; la herida de la AMIA todavía hoy está abierta en la sociedad argentina, en nuestra sociedad rioplatense.

Pero también somos presos de otros miedos: los que producen los cambios; los que produce todo este magnífico cambio de civilización que ofrece más de lo que ofreció ninguna otra civilización en el pasado. ¿Por qué el animal humano vive más y vive mejor? Porque la ciencia le ha abierto la posibilidad de hacerlo. Hoy vivimos más años y los vivimos mejor. Esta, en definitiva, es la síntesis de todas las cosas: si vivimos más años y vivimos mejor es porque hemos progresado, y ese es un largo y memorable esfuerzo de la civilización.

Pero los avances siempre generan temores, y los temores son los que nos paralizan, los que nos detienen, los que nos cuestionan. Tienen miedo los sindicatos porque piensan que el inmigrante cuestiona su trabajo; tienen miedo los maestros; tienen miedo los ciudadanos que viven en nuestras ciudades —indudablemente hay una crisis de inseguridad—; tienen miedo las corporaciones de docentes, que quizás son las que más me preocupan en este momento, porque todos los desafíos de América Latina pasan por mejorar su educación, por que la educación se aproxime al trabajo, por que la educación nos permita ir acompañando nuestras mentalidades a los cambios que se van produciendo, para que generemos las capacidades de razonar, imprescindibles para seguir acompañando este tiempo de cambios.

Esos son los temores que tenemos que enfrentar.

Pero, más allá de ellos, creo que podemos, sí, invocar con optimismo la esperanza. Y la invocamos acá, en México, porque en los últimos años México ha dado muchas lecciones. Así como en la España pre-Felipe se hablaba de qué ocurriría el día que se fuera Franco, aquí también se decía: «¿Qué ocurrirá el día que alternen los partidos?» Y los partidos alternaron: vino uno, vino otro, retornó el primero, y cada uno fue cambiando, y este país realizó la alternancia pacíficamente. Este país, también, apostó un día a los tratados de libre comercio, los firmó y creció, y ahí están los automotores, ahí está el comercio, ahí está el turismo, ahí está la aeronáutica; está la democracia y está el Tribunal Federal —aquí presente— que todos hemos celebrado como



una gran conquista. ¡Está todo eso! México también está apostando a la educación; Carlos está apostando a la educación. Reitero: ¡México está apostando a la educación!

Los temores están allí, los miedos están allí, pero ¡los venceremos, sin duda, porque la razón democrática y la razón científica van a estar por encima de los temores, por encima de los fanatismos y por encima de los miedos de la intolerancia!

Gracias a todos.

2 - Inicio de las jornadas.

Educación para el nuevo tiempo.

Carlos Slim

Buenos días.

Les agradecemos mucho que nos acompañen en este XXII foro que tiene el Círculo de Montevideo gracias a su fundador, el presidente Sanguinetti. Con gran gusto damos la bienvenida a todos los miembros de este Círculo, que se reúne para discutir, cambiar impresiones, conversar, reflexionar y, como decía ayer el presidente Felipe González, ir más allá del *think tank* y tratar de volvernos un *action tank*. Ya hemos pensado mucho –sobre todo ellos–, entonces hay que buscar que las cosas empiecen a pasar.

Quiero subrayar especialmente la presencia de los admirados y queridos presidentes de Iberoamérica, como el presidente Belisario Betancur, de Colombia; el presidente Leonel Fernández, de República Dominicana; el presidente Felipe González, de España; el presidente Jorge Quiroga, de Bolivia, y el presidente Julio María Sanguinetti, de Uruguay. ¡Gracias, presidentes!

El sugerente título de esta reunión es: «Inserción de América Latina en la nueva civilización». Esta inserción, sin duda, es un gran reto; es muy importante lograr insertarnos a la brevedad posible y de la mejor manera que se pueda, y para ello contamos con la experiencia del cambio de la sociedad agrícola a la sociedad industrial. También contamos con muchos futurólogos notables, especialmente Alvin Toffler, que hace cuarenta y cinco años ya hablaba de este cambio civilizatorio de una manera clara y precisa, aunque según me parece a mí, el único país que realmente lo ha seguido es China, probablemente también Singapur, y Corea en muchos sentidos. Japón, en su recuperación, al igual que Alemania, más bien se fue por el lado industrial en lugar de incorporarse de plano a esta nueva civilización.

Incorporarse a esta nueva civilización va a ser muy importante, porque es una civilización muy generosa. A diferencia de la sociedad agrícola –sus paradigmas son 180 grados distintos–, en la que se explotaba al hombre como parte de su funcionamiento –por eso había esclavitud, guerras, clases, etcétera, etcétera–, la sociedad actual se sustenta en el bienestar de la población, en el bienestar de las personas: cuando mejor estén, de más tiempo dispongan y mayor capacitación,



preparación y conocimientos tengan, mejor funciona la sociedad. Eso es lo que ha estado haciendo China en estos cuarenta y cinco años en los que ha venido creciendo sustancialmente: ha sacado, probablemente, a 700:000.000 de personas de la pobreza y del autoconsumo, y a una sociedad agrícola –muy primitiva, inclusive– la ha llevado a la educación, al conocimiento, al desarrollo económico y tecnológico, con una absorción enorme de tecnología.

Para todo esto, primero es importante que los gobernantes, los políticos –especialmente los líderes– y la población misma entiendan los paradigmas de esta nueva civilización, no solo cachitos de ella, no solo algunas partes, sino toda.

Tratando de explicar un poco esto dentro de un contexto histórico, diremos que durante dos millones de años los seres humanos –nuestros antepasados– lo único que hicimos fue sobrevivir y expandirnos. Durante esos dos millones de años ocurrieron cinco glaciaciones, de manera que la vida fue muy complicada. No es hasta que el Homo sapiens llega a Europa, hace 70.000 u 80.000 años, y se integra con el neandertal, que empezamos a surgir nosotros. Continúan expandiéndose y llegan a América, no se sabe exactamente cuándo, pero hace, quizás, 30.000 años.

Entonces, durante dos millones de años nuestros antecesores solo tratan de sobrevivir y se expanden en todo el globo terráqueo; esa expansión se acentúa desde que llega el Homo sapiens a Europa. No se sabe cuántos habitantes había, se habla de 6:000.000 u 8:000.000, y todo lo que se tenía era muy primitivo: eran nómadas, dominaban el fuego –se habla de 500.000 años–, tenían algunas herramientas, etcétera. Es cuando se acaban las glaciaciones cuando yo diría que viene el primer cambio civilizatorio de los seres humanos. Durante dos millones de años casi no pasa nada; se acaba la última glaciación, la quinta, y empiezan a volverse sedentarios al encontrar abundancia de agua, fauna y flora. Al ir asentándose comienza la sociedad agrícola.

Esa sociedad agrícola, a pesar de que dio a los más importantes prohombres de la historia en todos los campos –en la religión Abraham, Moisés, Mahoma y, por supuesto, Jesucristo; pero también grandes guerreros, grandes pensadores, grandes artistas, músicos, filósofos, con todo lo que aportaron en el Renacimiento– era una sociedad cruel, dividida, sin derechos humanos, con esclavitud, con agresividad y saqueo. En términos generales, era una sociedad de «suma cero». Se trabajaba el campo y convenía que se consumiera poco y que hubiera excedentes; el trabajo estaba a nivel de supervivencia; la mano de obra, desgraciadamente, era muy económica porque era excesiva y se explotaba al hombre, sobre todo en forma de esclavitud. No es casual que hubiera esclavos y que existieran poderes monolíticos en todo el mundo. Son los paradigmas.

Los paradigmas eran: poder monolítico, esclavitud, ignorancia, inmovilidad social, etcétera.

En esta nueva civilización ocurre todo lo contrario: movilidad social, libertad, democracia, diversidad, pluralidad, etcétera.

Es interesante ver el gran cambio: de andar nómadas, sobreviviendo, 8 o 10 millones de personas hace diez mil años, con la sociedad agrícola empiezan a formarse las ciudades y crece a 800 millones la cantidad de habitantes. El desarrollo tecnológico ayudó muchísimo: se inventó la navegación que globalizó el Mediterráneo, se inventó el riego, se inventaron millones de cosas. Sin embargo, no hubo cambios revolucionarios hasta que llega el motor de vapor. El cambio revolucionario se da cuando hay máquinas o equipos que sustituyen el trabajo físico de manera importante: primero el motor de vapor, luego el motor de combustión interna y, por supuesto, la electricidad. ¡Vino ese cambio!

Desgraciadamente, la gran crisis del cambio fue terrible: hubo dos guerras mundiales, Revolución Francesa, guerra civil americana, revoluciones en todos lados, muertes, etcétera, etcétera, para llegar a una sociedad industrial.

Pero todavía hoy hay muchas sociedades que siguen siendo agrícolas, y por eso tanto problema. Y lo que más sella a esos países de sociedades agrícolas es que allí el Estado sigue estando ligado a la religión. Afortunadamente, América Latina, Iberoamérica, Europa y muchos países de Asia y del mundo han desligado ambos poderes, de manera que se manejan con libertad religiosa, sin exclusión. Se ha logrado un gran avance en ese sentido en muchos países.

Hay que ver cuándo se inicia esta Tercera Revolución —como lo escribe Alvin Toffler en *La tercera ola*, allá por 1980, aunque ya lo planteaba desde los años setenta— que es, sin duda, la electrónica. La electrónica, creo yo, es el gran cambio: se pasa de la electricidad a la electrónica, luego, por supuesto, a los transistores y, sobre todo, a los microprocesadores. El microprocesador tiene miles de transistores y todos funcionan, no con energía mecánica, sino con energía eléctrica y magnética. Esta gran revolución se ha acelerado en los últimos veinte o veinticinco años.

Decía que esta es una nueva sociedad —tenemos la primaria, la agrícola y la terciaria o de servicios, que es otra forma de calificarla, ya que la mayoría de la población activa del país trabaja en los servicios—, que ya es una democracia participativa: libertad, diversidad, movilidad social, educación, innovación, competencia global. Todos estos son los factores fundamentales, los paradigmas de esta nueva sociedad.

Aquí, el campo sobre el que se me planteaba que yo platicara —y no lo he hecho todavía— es el de la educación.

Esta es la sociedad del conocimiento, de la información, de la tecnología, de la innovación. Se trata de un cambio transformador, que se da violentamente, porque está ocurriendo en muy corto plazo y de manera acelerada. Se habla, también, de la tecnología exponencial, pues es una revolución digital exponencial, en que todo pasa demasiado rápido y se sigue acelerando el proceso.

Esta nueva civilización, por supuesto, desplaza mano de obra, desplaza personal y hace que el problema del empleo se vuelva importante; pero, por otro lado, facilita

la educación a través de los medios modernos. Se va a pasar ya de la memoria al razonamiento; se va a pasar del texto al contexto; se va a pasar del dogma a la discusión, a la racionalización de los conceptos. La educación viene completamente diferente y, sobre todo, deja de ser necesaria el aula, aunque siempre existirá la importancia de socializar con otras personas. De esta manera, con esta nueva civilización, hoy ya es posible que las personas que están en las áreas más remotas puedan educarse igual que el que va a Harvard, al MIT o a Stanford, y a su nivel, a su gusto, a su ritmo. Sin duda, eso va a acelerar muchísimo las posibilidades de capacitación.

En esta nueva civilización se vuelve muy importante que se eduque usando los nuevos instrumentos, usando la tecnología; que la educación sea moderna y de muy alta calidad; que se enseñe a la gente para que aprenda a aprender porque va a tener que estar aprendiendo todos los días y toda la vida, y que se tenga acceso al conocimiento de inmediato en cualquier lugar en el que se esté.

Uno de los grandes problemas de esta nueva civilización —y es a lo que me voy a referir en unos minutos— ya se ve en Europa y es, quizás, el mayor que se puede plantear, además de todas las crisis de tipo social y político que puede haber al cambiar la civilización. Me refiero al desempleo, especialmente de los jóvenes. Por eso es necesario reestructurar todos los planes de empleo.

Los dos factores principales son, pues: educación y empleo. Educación de calidad, con conocimiento —es decir, alta educación—, y no solo académica, sino también para el trabajo, o sea capacitación; y, por otro lado, empleo: generar fuentes de empleo con nuevas actividades económicas, pero como ha pasado lentamente durante el siglo XX, que es trabajar menos horas. De ahí la propuesta de trabajar tres días de once horas, pero no retirarse a los 60 años, sino a los 75, porque en una sociedad del conocimiento resulta claro que la gente tiene más conocimientos a los 70 o 75 años que a los 50 o a los 60.

Hemos echado a andar un proyecto denominado «aprende.com», que está ligado a un programa que



pusimos en marcha hace cinco años, el *Khan Academy*, del que a la fecha han participado cuatro millones de personas.

Lo que se busca es que la conectividad y los contenidos no tengan costo, y que se puedan certificar los estudios que se realicen a través de la red; que se certifique el conocimiento, no necesariamente la asistencia. Todo esto es muy importante. Ya se graduaron 1.500 diplomados, y en enero se hizo un convenio con la Secretaría de Educación, de manera que puedan reconocerse los cursos, sean académicos o de capacitación para el empleo.

Debo repetir que *Khan Academy* en español lleva 8:000.000 de cursos, con 4:000.000 de alumnos en todo el mundo, pero principalmente en México. Creo que en el mundo hay ya cerca de 200:000.000 de personas, o más, que han tomado los cursos en inglés, idioma en el que, por supuesto, *Khan Academy* tiene diez años. Además, se han metido otros programas de contenidos como *Coursera* u otros que ya no son estudios de educación básica, sino universitarios. Y, curiosamente, hay un programa que se llama *Audacity* —no sé si escucharon que se mencionaba—, que es extraordinario, y solo se puede estudiar en la red. A través de él se estudia alta tecnología, que creo que solamente hay una universidad que ya tiene un programa educativo en tal sentido.

Entonces, pues, dentro de la revolución de esta nueva civilización está que la educación va a ser viable de esta forma, lo cual le dará oportunidades iguales a todos. Ya existen cursos para capacitación, para educación básica, para las universidades, y en la plataforma *Audacity* se pueden tomar estudios de lo más avanzado en cuestiones tecnológicas. ¡Es muy interesante! Se pueden tomar gratuitos, pero también existe un plan en el que se cobran 200 dólares mensuales —que por seis meses da 1.200 dólares, pero si no encuentra trabajo en cierto plazo se le devuelve el pago de su inscripción—, y lo interesante es que la persona está yendo a las grandes empresas del mundo, las más avanzadas en tecnología, a ver qué es lo que les hace falta, y junto con ellas hace los programas educativos que luego se ofrecen en la red y que están disponibles en *aprende.com*.

Por otro lado, hicimos un programa de capacitación para el empleo. A la fecha llevamos 800.000 personas —797.920, para ser exactos— que han tomado 1:747.000 cursos. Entonces, cada vez se están usando más, cada vez son más importantes los estudios en la red. Sin duda, la revolución tecnológica revoluciona todo, entre ello la educación, porque la hace accesible y gratuita. Una vez, hace dos años, creo, en Perú, Felipe pensaba que exageraba yo con lo de «gratuita»; hoy ya no se cobra por la conexión y tampoco por el curso. El reto, ahora, es hacer buenos contenidos, de calidad, que enriquezcan los que se tienen a la fecha.

Nuevamente: ¡bienvenidos!

Muchas gracias.

3 - Nuevos caminos en el siglo XXI.

Julio María Sanguinetti

Gracias a todos por acompañarnos en esta jornada.

Hoy estamos celebrando veinte años de este Círculo de Montevideo, que nació sobre las perplejidades que nos despertaba un mundo nuevo. Cuando acabó la Guerra Fría, que había dividido al mundo y parecía que todo era la batalla de la democracia con el comunismo, apareció, se nos reveló, se nos puso en evidencia este cambio de civilización que ha explicado Carlos Slim con esa visión histórica comprensiva que hace. No habíamos tenido conciencia; pensábamos que en el mundo político estaban todas las explicaciones y que a uno o a otro lado tendríamos el total de las respuestas. En el momento en que eso se produce nos hundimos en una cierta perplejidad.

Es por eso que este Círculo nació con una vieja frase de Paul Valéry, que con Felipe pusimos de moda posteriormente: «El futuro ya no es lo que era». Ahí nos habíamos encontrado con que aquel mundo que soñaron unos y otros era muy distinto.

¿Qué les quedaba a los románticos del 900 en la vulgaridad de nuestro mundo consumista? ¿Qué le quedaba al sueño fascista del Estado omnicompreensivo? ¿Qué le quedaba a la sociedad de la dictadura del proletariado del marxismo? El propio liberalismo, que aparecía triunfante, padecía también de la patología de su exceso al querer, de algún modo, sustituir la ideología o la religión del Estado por la religión del mercado. Es decir: estábamos en un mundo en el cual era necesario un pensamiento, era necesaria una visión nueva, era necesario entender lo que nos estaba ocurriendo en ese momento. Naturalmente, las ideas venían detrás, los sistemas políticos venían detrás.

Mirando un poco en perspectiva ese tiempo –«la perspectiva siempre organiza la realidad», decía Ortega–, es bueno observar que en nuestra América Latina hemos vivido, primero, un tiempo de las armas: el de las guerrillas y el de los golpes de Estado.

Para esquematizarlo diré que en 1959 es la Revolución cubana y en 1964 el primer golpe de Estado, cuando Brasil, el mayor país de América del Sur, caía bajo ese sistema. A partir de allí fueron ocurriendo to-



dos los golpes de Estado. Y la dialéctica de guerrillas y golpes de Estado para combatir las guerrillas nos hundió en esa situación. Viene luego, felizmente, un tiempo de restauración. Se agotan esos sistemas y comienzan los retornos: en 1978, si mal no recuerdo, República Dominicana y Ecuador; en 1983 Argentina; en 1985 Brasil y Uruguay; en 1989 Chile y Paraguay. La ola de democratización había arribado; era un tiempo de reconquista, un tiempo de optimismo, un tiempo de esperanza.

El correr de las horas nos mostró que las realidades eran difíciles. Comenzamos allí una etapa de fragmentaciones y, curiosamente, la primera fue ideológica. Cuando parecía que ni economía de mercado ni democracia liberal estaban en cuestión, aparece el fenómeno populista como una patología dentro de la democracia: se basa en el voto popular —emerge, normalmente, de una elección popular—, y a partir de allí se instaura el mito del jefe de Estado más allá de las instituciones, del presupuesto del Estado al servicio de la construcción de esa imagen, el manejo de las masas a través de emociones y la sustitución de la representación del Parlamento por la asamblea callejera, instrumentada a través de estos mecanismos.

El populismo va creciendo de un modo progresivo y, como decía Montesquieu con su ilimitada sabiduría: «No hay peor tiranía que aquella que se ejerce a la sombra de las leyes». Esta es la diabólica concepción del populismo.

Hoy, felizmente, vemos el retroceso. Sí: Brasil está en otra situación; Argentina mira hacia otro lugar; aun en Bolivia, pese a la hegemonía del partido dominante, el pueblo también le puso un límite a la reelección ilimitada. Esas reelecciones ilimitadas, ese cesarismo democrático, desgraciadamente, mucho nos ha costado.

Nos queda Venezuela. Aquí nos acompaña el presidente Leonel Fernández, que justamente viene de Caracas, de estar envuelto en esa tan difícil situación que aún nos queda, en ese autoritarismo populista que ha hecho sufrir tanto a ese pueblo. Confiamos, deseamos, anhelamos todos que se pueda lograr un camino pacífico para reencontrarnos con la democracia, para reencontrarnos con lo imprescindible.

En ese contexto nos hallamos con un mundo en el cual el futuro tampoco es lo que era, porque aparecieron fenómenos nuevos: apareció el terrorismo; apareció la guerra de religiones, el enfrentamiento del mundo islámico con el mundo occidental y su concepción cristiana; la propia división del islam, tan sangrienta, entre chiitas y sunitas; tragedias como la de Siria, en la que se conjugan y se cruzan todas las tendencias de un modo tan dramático. Es un mundo de miedo, un mundo en el cual la sociedad europea y la sociedad norteamericana pasaron a estar dominadas por el temor, por el miedo. ¡El miedo es muy mal consejero! Así nos centramos un día en la guerra de Irak; así nos centramos en todas esas acciones emocionales, producto del temor, que son las que hoy nos siguen lastrando de este modo.

Nuestra América Latina está, no inmunizada porque también hemos tenido episodios de terrorismo y de fanatismo religioso —en Argentina todavía resuena el atentado a la AMIA—, pero sí un poquito más lejos. Nuestras batallas, en cambio, son las de las ideas y la de la organización: la batalla del mundo político. Y aquí tampoco el futuro es lo que era, porque si hay un sueño que nuestra generación tuvo fue el de la integración latinoamericana. ¡Nuestra generación vivió ese sueño! Enrique Iglesias fue uno de los grandes constructores ideológicos de la CEPAL de Prebisch.

Sin embargo, hoy nos encontramos con una América muy fragmentada. Mencionemos, en primer lugar, la propia Unasur. ¿Qué es la Unasur? He sido muy contrario a esa construcción —es una realidad—, que fue un diabólico invento de algunos sectores del pensamiento brasileño para alejar a México. ¡¿Qué es eso de una América sin México?! ¡¿Qué es?! Como siempre digo, yo soy uruguayo, soy rioplatense, soy americano y soy occidental; no soy sudamericano porque no sé qué significa esa identidad. Cuando quiero leer algo sobre nuestra cultura hispánica en el continente, bueno, sí, hay que leer desde Vasconcelos a Carlos Fuentes y Octavio Paz, porque son los mexicanos los que entienden de eso y no los rioplatenses, que hemos estado siempre más cerca de Europa que de Estados Unidos.

Entonces, tenemos la Unasur, la Celac, que es una especie de OEA sin Estados Unidos, y nuestro Mer-

cosur, hoy paralizado y estancado porque decisiones equivocadas introdujeron a una Venezuela que no era compatible con un sistema de libertad comercial. Desgraciadamente, hoy el Mercosur está estancado, y lo digo con dolor y pesar, porque en el momento de la restauración democrática pusimos todo nuestro empeño para que los países del sur –Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay–, tan compatibles, pudiéramos integrar un espacio. Hoy, lo único que funciona del Mercosur es el tridente del Barcelona: ...

–...un argentino, un uruguayo y un brasilero. ¡Es lo único que funciona! Todo lo demás, no.

¡La propia Comunidad Andina nació sin Chile! Es decir que hemos vivido un tiempo de fragmentación.

Luego está la Alianza del Pacífico, que en buena hora hacen México y los países del Pacífico: Perú, Chile y Colombia.

Pero, en todo caso, no hemos encontrado los caminos para buscar realmente esos espacios de entendimiento con los cuales alguna vez soñamos.

Naturalmente, nuestra América Latina ha avanzado; ha bajado la pobreza y tiene otros desafíos, pero hemos ido andando. Las democracias, a trancas y barrancas, se han ido construyendo, pero mostrando unas enormes fragilidades. Por alguna causa se han caído tantos gobiernos en un momento en el que tampoco la democracia se adaptaba a la nueva situación, sino que iba corriendo detrás.

El Círculo de Montevideo aparece en 1996, cuando aún no estaba Google, que se generaliza en 1997; Wikipedia es de 2001 y ya nadie mira la Británica, nos guste o no –aunque a veces no lo confesemos es así, y reitero que Wikipedia es de 2001–; recién en 2002 y 2004 aparecen YouTube y luego Twitter; WhatsApp surge hace seis o siete años.

«Las redes sociales», un nuevo actor que también desafía a la democracia, la golpea. La democracia representativa enfrenta ahora a un nuevo mundo: las redes sociales. Ya estaba enfrentando un desafío importante que afectaba el principio de la representación: ese

monstruo sin rostro ni cabeza que es la opinión pública expresada a través de encuestas; constantemente expresada a través de encuestas. Por supuesto que se equivocan siempre: se equivocan en Inglaterra, se equivocan en Colombia, se equivocan en todas partes. Son como los viejos augures del Imperio Romano: interpretan el vuelo de los pájaros o las vísceras de los pollos, y van de fracaso en fracaso, pero nosotros siempre mirándolos y estando atentos a lo que los encuestadores nos van a decir, como si fueran los gurúes que entienden el porvenir.

Todo esto va haciendo perder legitimidad a los parlamentos, va debilitando la idea de representación: primero la opinión pública, luego las redes sociales, que tienen una espectacular eficacia de comunicación. Como recién explicaba Carlos, usadas al servicio de la educación son el arma más fantástica que ha tenido la humanidad, pero también, como dice Umberto Eco, son el escenario para que cualquier cretino diga cualquier cosa de cualquier persona. Pero hay que convivir con eso e ir adaptándonos.

Nuestra América Latina, sí, ha ido reconociéndose. Hoy ya no discutimos que una macroeconomía sana es buena, sino que es un consenso que hemos ido logrando; nadie discute que estamos en un mundo global, aunque no siempre se asuman las consecuencias de la globalidad. Esa globalidad, que en Europa parecía que se llevaría por delante todas las fronteras, ha provocado un despertar nacionalista retrógrado, reaccionario, alejado de los grandes principios con los cuales tenemos que caminar hoy, del humanismo, de una concepción y una filosofía liberal más fraterna. Existe ese reverdecer nacionalista que, indudablemente, genera una situación de regresión. Incluso en nuestros países hay reflejos proteccionistas.

Mi país es muy peculiar: como ustedes saben, somos muy pequeños entre dos países muy grandes, Brasil y Argentina, por lo que somos estrábicos: tenemos que vivir con un ojo en Buenos Aires y el otro en San Pablo.

–En Brasil hay un reflejo proteccionista que cuesta superar; ahí está y tenemos que batallar con eso, todavía, pese a que se ha asumido el concepto de la



globalidad. Son consensos en los que se ha avanzado, indudablemente.

Sin embargo, hay muchas otras cosas en las que no hemos avanzado, que son concepciones que están más allá de lo material. Lo material puede cambiar rápido por la ciencia, lo material puede cambiar rápido por la industria, por la transformación; lo más lento son siempre las mentalidades.

En nuestros países todavía tenemos sueños utópicos, las «utopías regresivas» —como dice nuestro amigo Fernando Henrique Cardoso— que sueñan con mundos mejores ubicados en un lejano pasado que nunca existió, y que están en la base de esos fenómenos populistas.

La condenación del éxito. Nos cuesta asumir el éxito; siempre lo vemos como sospechoso. Como dice un magnífico personaje de Carlos Fuentes en *La silla del águila* —creo que Rosario Galván—: «Me gusta ese vicio nacional del resentimiento, ese rey maligno con su corte de enanos envidiosos». Quizás Estados Unidos sacrifique el éxito en exceso; nosotros, desgraciadamente, todavía lo penalizamos en exceso. Son categorías del pensamiento que cuesta superar, que también cuesta superar en la vida política.

El mito adánico. Cada gobierno que llega inicia todo de nuevo; se instala en el paraíso terrenal y comienza de cero, cuando la historia de nuestros países demuestra que las únicas políticas sociales que han dado resultados son aquellas que han persistido en el tiempo. Más allá de la calidad o de la generosidad de una idea, lo que importa es la persistencia en el tiempo. En temas de vivienda, de educación, de salud, solo la persistencia, la evolución cuantitativa que va produciéndose es la que realmente nos puede dar respuestas. Nos cuesta, todavía nos cuesta entender esas cosas.

Nos cuesta entender, también, que a los partidos políticos, que tienen un rol fundamental, tenemos que mantenerlos del mejor modo posible. La corrupción ha hecho mucho daño, y los partidos políticos también hemos padecido de eso. Pero no hay otro sistema para administrar la democracia que ir canalizando las tendencias de la opinión. Cuando los partidos se va-

cían puede ocurrir lo que le está pasando al Partido Republicano ahora: que un demagogo irresponsable, hijo del miedo —como hablábamos hace un rato— y de los prejuicios, irrumpe en el partido de Lincoln desde afuera y lo lleva a esta situación de espanto que está viviendo. ¡Los partidos políticos siguen siendo fundamentales! ¡Debemos cuidarlos!

Ahí nos tocamos con otro punto, muy importante y sustantivo, que es el rol del ciudadano. Criticamos a los partidos, criticamos a los Estados, criticamos al empresario, y nos olvidamos que la democracia es un ejercicio de razón que se basa en el ciudadano. Si el ciudadano deserta de sus responsabilidades, la democracia se empieza a debilitar. No podemos ser solamente consumidores siempre insatisfechos, contribuyentes siempre enojados, ni trabajadores constantemente inseguros en este mundo en cambio; tenemos que ser ciudadanos responsables, conscientes de nuestros derechos y de nuestros deberes.

A mí me horrorizan las abstenciones. No puedo entender que el 50 % o el 60 % de Inglaterra no votara; que no votara Colombia cuando se está jugando su destino; o que no lo hiciera más del 50 % en Brasil, en estos días, en un momento de reconstrucción. Si el ciudadano no está presente la democracia no puede vivir, porque el nutriente, la esencia, el núcleo fundamental de la democracia es ese ciudadano, el ciudadano que desde la Atenas de Pericles está allí y es el núcleo esencial. La abstención, esa actitud despectiva, esa situación de distancia que el ciudadano de los últimos tiempos tiene, es uno de los mayores peligros que tiene hoy nuestra democracia y lo tenemos que enfrentar.

El *descompromiso*, la indiferencia, no es el camino para perfeccionar la democracia; ella solo se va a sustentar en la medida en que los desarrollos sociales y los desarrollos económicos puedan llevarse adelante a través de ese instrumento que mencionaba Carlos recién, que es el único que tenemos hoy para purificar ese ejercicio, y es la educación. Ya Goethe decía: «En todos los tiempos y en cualquier lugar, toda civilización va a depender siempre de sus jóvenes de entre 15 y 24 años». Lo decía Goethe. Y cada día es más verdad en una sociedad del conocimiento como la que vivimos, cada día es más verdad en una sociedad de la comuni-

cación como la que estamos viviendo, cada día es más importante lograr eso.

Por allí pasa, entonces, nuestro programa de afirmación democrática, que no es distinto, en definitiva, al que dijeron los clásicos.

Como decía Alexis de Tocqueville –siempre presente–: «Instruir la democracia, alentar y estimular sus principios de siempre, purificar sus costumbres, regular sus actividades, sustituir la inexperiencia por la ciencia de las cosas, apartar los sentimientos y pasiones para descubrir los verdaderos intereses nacionales, adaptar el gobierno a cada tiempo y lugar, y a las circunstancias y a los hombres. Ese es el destino y la responsabilidad que tiene hoy cualquier gobernante que asuma la conducción de una sociedad: una ciencia nueva para un tiempo nuevo». Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*.

Muchas gracias.

4 - Latinoamérica hoy.

Felipe González

Bueno, vamos a descender de la belleza del lenguaje con contenido, a algunas preguntas que pueden ser incómodas, pero parto de la afirmación de que yo soy optimista con América Latina.

Me toca hablar de América Latina ante los desafíos de la globalización. Algunos me dirán: «No hay muchas razones para ser optimista, porque estamos viviendo momentos de turbulencia». Pero si miro a Europa con todos los demás problemas, y la veo entrar en una especie de crisis a la japonesa pero sin japoneses, me angustia más. Es una sociedad que envejece, con un crecimiento muy, muy pequeño en términos globales —debemos estar en 1,1 % o 1,2 % para este año y para el próximo—, por lo que la demografía es terrible. Además, se nos ha inoculado algo a lo que hacía referencia Julio María, que es el terrorismo.

La diferencia entre algunos fenómenos terroristas en América Latina y Europa es que nosotros los tenemos en casa. Algunos tratan de presentarlo como una amenaza que viene de afuera, que también es cierto, pero no siempre es así. Los principales atentados terroristas en Europa los realizan la segunda o la tercera generación de inmigrantes. No es el fenómeno de América Latina y merece la pena analizarlo y profundizarlo. Y los mayores atentados y el mayor costo del terrorismo se están produciendo intrarreligiosamente. Como siempre en la historia, es mucho más odioso el hereje que el infiel. El infiel simplemente está equivocado, pero el hereje está traicionando esa visión sectaria que se tiene de la interpretación teológica. Por tanto, por cada víctima de las acciones terroristas que estamos viviendo en lo que llamamos Europa —o en el mundo occidental—, hay más de mil dentro de la guerra religiosa en la que se está desarrollando esa dramática actualidad de Oriente Medio.

Y ya me he ido —siempre me pasa—, porque quería responderle a Julio María y también a Carlos que hay cosas que compartimos y matices que enriquecen este debate del Círculo de Montevideo. Pero ya me iba aproximando.

Respecto de lo que está pasando en el mundo, América Latina tiene que responder, país a país y como



región; de las dos maneras. Cuando iniciamos el Círculo de Montevideo hablamos del camino de América Latina, y después de una pequeña reflexión dijimos «los caminos» de América Latina. Hay una sola América Latina, pero por la descripción que acaba de hacer es obvio que hay caminos muy diferenciados, peculiares. Nos gustaría que hubiera, no una especie de identidad que elimine la riqueza de las identidades, pero sí una cierta homologación de reglas de juego. Así como nadie discute las reglas del fútbol —que apasiona a todos—, que no se discutieran unas ciertas reglas de juego, con un cierto grado de homologación institucional, que permitieran que los procesos de integración fueran eficientes. Porque es verdad que necesitamos, no discursos ideológicos de la integración, sino proyectos de integración con homologación razonable de reglas de juego que respeten diferencias de identidad, e incluso diferencias de institucionalidad. En América Latina ese desafío se plantea desde siempre en el terreno de las ideas, pero en la práctica —él lo ha descrito— el intento que más se aproximó a una especie de homologación de reglas juego, que fue el Mercosur, está en crisis, pero también lo está el Pacto Andino, la Unasur y un largo etcétera, y emerge la Alianza del Pacífico.

A mí, lo que más me ha sorprendido es que, por encima de algunos debates supuestamente ideológicos, la fractura que se perfila como más evidente en América Latina —no en términos de enfrentamiento, sino de modelo, y es un prerrequisito para analizar cómo enfrentamos los desafíos de la globalización— es la de las economías del Pacífico respecto de los modelos económicos del Atlántico: estos últimos siempre un poco, mucho, o exageradamente más intervencionistas —depende de que uno vaya bajando desde el Caribe a la Patagonia— y los modelos de las economías del Pacífico un poco más abiertos, un poco más flexibles, un poco más librecambistas. Probablemente en eso consiste, con este último golpetazo de crisis después de la época dorada, que la flexibilidad para adaptarse a los nuevos tiempos sea más propia de las economías del Pacífico que de las economías del Atlántico, que están sufriendo más el ajuste.

Pero eso no está organizado en bloques o en conjuntos integracionistas —para eso todavía queda mu-

cho, mucho tiempo—, aunque sí hay una frontera, una división interesante.

En fin, para no cansarlos y no abusar de mi tiempo en la tribuna, dado que ya intervine anoche y parece que lo haré luego otra vez, propongo que nos hagamos algunas preguntas sencillas, pero que entren en alguno de los elementos para los que tenemos que encontrar respuesta.

¿Cómo nos insertamos aprovechando lo mejor de lo que tenemos y minimizando los defectos o los riesgos? ¿Cómo nos insertamos en ese fenómeno que llegó para quedarse porque tiene que ver con una revolución, un cambio civilizatorio —del que nos hablaba Carlos Slim— que denominamos «globalización»? Debo decir que se trata de un concepto que los franceses resisten, porque dicen que la globalización ya se produjo hace quinientos años y lo que está ocurriendo ahora es la mundialización. Fuera de esto, llamémosle globalización y preguntémos por tres variables estratégicas —les llamo así porque van a pesar en los próximos veinte, treinta, cuarenta o cincuenta años en las relaciones de fuerza, y me refiero al sentido de «equilibrio» del español—, para saber cómo estamos situados como países y como región, es decir, la posición de ventaja o de desventaja de nuestros países frente a la globalización.

Por ejemplo, ¿cuál es nuestra posición con respecto al desafío agroalimentario, a nivel global? Habrá, creo yo, dos fenómenos que van a seguir aumentando. Uno de ellos, que no lo voy a considerar, es que va a seguir habiendo movimiento de seres humanos por el mundo, va a seguir creciendo eso que se llama «turismo»: la gente va a desplazarse de una parte a otra. Pero lo que va a crecer con dientes de sierra es la demanda agroalimentaria en el mundo, eso que decía Enrique Iglesias de que los asiáticos le han puesto segundo piso a la sociedad de consumo; estábamos acostumbrados solo al primer piso de lo que llamamos países centrales, y de pronto aparece Asia —también lo decía Carlos— y disminuye enormemente la cara del hambre, de la pobreza extrema, etcétera, que es uno de los éxitos de ese fenómeno y de la fantástica capacidad de adaptación de China. Surge China como realidad. En occidente han tardado mucho en comprender que hacía ya mu-

cho tiempo que China no era la fábrica del mundo, sino mucho más; se iba convirtiendo en una potencia tecnológica, una potencia demográfica y, *a la chita callando*, una potencia de seguridad, mientras los demás la contemplaban como la fábrica del mundo, donde se podía invertir para producir con costes muy baratos y competir. Eso ha evolucionado mucho.

Primer desafío, pues: ¿cómo nos situamos ante ese desafío? ¿Qué necesitamos y qué podemos ofrecer? Si uno contempla América Latina y piensa que el Estado colombiano –independientemente de las turbulencias de última hora– dispone de 5:000.000 de hectáreas cultivables –hay muchas más, pero el Estado dispone de eso–, advierte que es una barbaridad respecto de los 17:500.000 que tiene China para alimentar a una población de 1.300:000.000 de habitantes; ¡es enorme! Un país como China solo puede alimentar al 40 % de su población al máximo de producción de su territorio disponible y aplicándole tecnología; el 60 % restante lo tiene que buscar afuera. En lo que conozco a los chinos sé que pueden resistir los problemas medioambientales e incluso ser una espita de salida, andar con las máscaras por Pekín –no se puede andar por otro lado– y que haya protestas medioambientales, pero lo que nunca van a descuidar es que haya una regresión en la alimentación. ¡Olvídense! Por lo tanto, van a procurar que ese 60 % de la población tenga garantizada, no para un día, sino a medio y largo plazo, la alimentación de la población.

Nos llaman la atención los contratos a medio y largo plazo de los chinos en la segunda materia que tocaré, que es la de la energía, pero pasa desapercibido que tengan dos millones de hectáreas en una operación de *leasing* en Ucrania, que nosotros vemos como un país en guerra y en conflicto. ¡Ellos tienen dos millones de hectáreas para producción de granos a 25 años en *leasing*! Se quedó antiguo eso de «Voy a comprar Ucrania». «Lo que quiero es tener una operación de *leasing* y que me produzcan el grano». Y vean ustedes; se le consultó: «¿Qué posición tiene usted respecto de Crimea y de lo que está pasando en el este de Ucrania?» «–Como que no lo estoy contemplando con perspectiva. ¡Apárteme de ese problema! Que me produzcan el grano y ya veremos».

Agroalimentación y América Latina. ¡Imagínense lo que es la Pampa argentina! ¡Por favor! ¡Es infinito! Y podemos sumar y seguir. No todos estamos en las mismas posiciones pero, ¡por favor!, la región no solo puede satisfacer sus necesidades alimentarias, sino que puede darle de comer a quien no puede hacerlo con sus propias tierras en esa parte del mundo en emergencia, que es Asia. Por lo tanto, ahí hay una ventaja. ¿Cómo se utiliza esa ventaja? Ese es un problema a resolver, entre otras formas, políticamente, en el sentido noble de la política.

Segunda aproximación: energía. Estamos con las turbulencias del precio del petróleo, las energías renovables, la dependencia de las energías fósiles que, en los próximos cuarenta años, salvo que haya un descubrimiento revolucionario –que no sé si será la fisión frente a la fusión nuclear o algo parecido–, no va a ser inferior al 60 % de las necesidades para el funcionamiento.

La energía ha sido siempre materia de debate, de discusión, de apropiación, de enfrentamiento. ¿Cuántas veces le han dicho a Estados Unidos que estaba en Oriente Medio por el tema de la energía? Ahora que ese no es tanto el problema está un poco menos en Oriente Medio; pero también estaba muy implicado en algunas situaciones como la de Somalia, donde era imposible encontrar petróleo, aunque hubiera una preocupación por este tema. Por tanto, hay de todo en esa presencia.

Pero la energía es la otra variable estratégica. ¿Cómo se sitúa este continente desde el punto de vista energético, ya sea fósil o renovable? Está en una situación absolutamente privilegiada, que yo echo de menos con los amigos, de un signo o de otro, que tienen la responsabilidad de gobierno. ¿Cuántos países tienen planes energéticos omnicomprendidos que les permitan aprovechar sus recursos y optimizarlos? Se ha hablado mucho de eso, pero son muy pocos los que tienen esos planes, esos proyectos. Con el excedente de ahorro que hay en el mundo buscando aterrizar en algún sitio con una rentabilidad razonable, dinero no faltaría. Falta, por tanto, proyecto, estrategia y orden.



La tercera variable estratégica –de la que habló Carlos Slim y también Julio María, y que comprende a las otras dos– es cómo estamos situados en relación con aspectos tan relevantes de la revolución tecnológica como la innovación, tanto la de mejora de producción como la disruptiva. Esto afecta la educación. ¿Cómo educamos a una población que –salvo Uruguay, que está más o menos como nosotros, los españoles– tiene un bono demográfico muy serio, del que ya puede disfrutar durante los próximos treinta o cuarenta años? Hay allí un factor que es la educación para la innovación, para la tecnología, además de la educación para la ciudadanía y, por tanto, para el respeto mutuo, para la aceptación de la democracia, no como una ideología ni como una religión, sino como un instrumento para ordenar la convivencia y la representación, y mejorar el funcionamiento de nuestras sociedades y de nuestras instituciones.

Esas son las tres variables estratégicas.

Entender que la innovación, la revolución tecnológica, es un sector de actividad, ya es un error, porque va a atravesar todas las actividades. Si hablamos de agroalimentación, de turismo, de energía o de lo que sea, la innovación –que puede ser, repito, de mejora de producción o disruptiva– afectará todo, incluyendo algo de lo que se habló aquí, que es la formación de las nuevas generaciones.

Estuve hace 15 días en San Pablo, en una reunión de rectores. Era la primera vez que salían de Europa los rectores de la Carta Magna de las Universidades Europeas, que se firmó en Bolonia en 1988, para ver si esa estrategia de Carta Magna Universitaria de homologación de objetivos pasaba del eurocentrismo y se podía hacer un poco más universal. Fue interesante. Me pidieron que hiciera la conferencia inaugural y el cierre estuvo a cargo de Fernando Henrique Cardoso, refiriéndonos a la educación.

La educación la podemos contemplar desde muchos aspectos. Además de que es absolutamente imprescindible –lo ha sido siempre–, les diré por qué ahora, ante ese futuro incierto que ya no es lo que era, sigue siendo el elemento más importante de igualdad de oportunidades –de ascenso social, de posibilidad de situarse

en la vida–, en una sociedad en un cambio muy rápido. Aunque solo fuera por eso, hay que prestar la máxima atención a esa variable estratégica, que tiene mucho que ver con el cambio civilizatorio y la revolución tecnológica.

Pero además de eso, la segunda reflexión que quería hacer es que en esta economía de la globalización tenemos pocos instrumentos para redistribuir el ingreso, en parte por lo que decía Carlos: la revolución tecnológica está produciendo una crisis de empleo, pero también una crisis de cambio de cualificaciones. Vemos en Estados Unidos –no voy a hablar de debate porque sería darle demasiada nobleza a lo que estamos viendo como campaña electoral– la emergencia de machos alfa que van a solucionar problemas complejos con respuestas simples. Digo «machos alfa» porque aquí también influye la cuestión del género, ya que hay pocas hembras alfa ofreciendo la solución de todos los problemas –es muy escaso eso–, y cada vez vemos más machos alfa que alzan la voz diciendo: «Yo soy la solución», «Yo soy el camino», «Yo soy la guía». Me da igual que sean de un color o de otro; son esas figuras arrogantes que hablan en nombre de todos, rompiendo, incluso, la dinámica democrática de los partidos.

Entonces, me preocupa la educación en todas sus dimensiones. A eso me gustaría dedicar mucha más reflexión de la que hoy tenemos tiempo de hacer, porque es verdad –y es una discusión que tengo muchas veces con Carlos– que hay que educar como transmisión de conocimiento –la máxima calidad y cantidad– y hay que preparar a la gente que recibe ese conocimiento, o sea entrenarla –en el sentido casi deportivo del término– para que transforme ese conocimiento que va recibiendo –y que probablemente tendrá que recibir a lo largo de la vida– en una oferta que añade valor a su propia persona y a los demás; independientemente del precio, educarla en cómo transformar el conocimiento en una oferta que añade valor.

Y, en tercer lugar –y en esto discrepo con Carlos, que dice que siempre hay que educar para la certidumbre– creo que hay que preparar a las nuevas generaciones. Eso de que el futuro no es lo que era tiene implicaciones: deben recibir el conocimiento –la mayor cantidad y calidad posible–, ser capaces de transfor-

marlo en oferta que añade valor y, para colmo, estar preparados, incluso fortaleciéndose psicológicamente, para la incertidumbre que generan los cambios permanentes, que les exigirán una adaptación con esa base de información. Nunca hemos preparado a la gente para la incertidumbre, sino para lo contrario; como padres de familia o como educadores es lo lógico. Lo que quiero es darle certidumbre, y se la doy enseñándole lo que sé, pensando que sobre lo que sé, como acumulación histórica, puede dar un paso más adelante y mejorar sus condiciones. Ahora, le tengo que enseñar que va a salir con un título de lo más sofisticado desde el punto de vista de la investigación y de la tecnología, y es muy posible que en cuatro años su conocimiento quede obsoleto, como ha dicho Julio María en el relato de lo que había cuando empezamos, recordando que no existía Google, etcétera.

Eso me recordaba mucho un seminario que hice con Colin Powell, en el que él lo explicó en su relación con los nietos. ¿Por qué había tenido que aprender a utilizar Twitter? Porque era la única manera de comunicarse con sus nietos. Decía: «Yo andaba con el sms; algunas veces, si había que hablar más, con el correo electrónico. Luego me pasé a Twitter, y de pronto mis nietos no me contestaban. ¿Qué está pasando aquí?», se preguntaba. «Y los encontré un fin de semana y me dijeron: “Que no, abuelo, es que ahora es Facebook. No me hables más por Twitter”».

—Y Powell se puso otra vez a estudiar, ahora cómo manejarse con Facebook. Esto es lo que nos toca.

Me preocupa que pueda parecer negativo que uno esté preparado para la incertidumbre, pero si quiere fortalecer su ánimo frente a los cambios tiene que saber que va a vivir en una sociedad que cambia a mucha velocidad y que su certidumbre es comprender la incertidumbre para responder al cambio.

Esas son las variables estratégicas a las que uno tendría que responder. ¿Uno, quién? Una parte de responsables que son políticos, otra parte de responsables a los que llamamos sociedad civil: actores económicos, intelectuales, profesores, etcétera.

Última reflexión —y con esto termino—: coincido en lo que dice Slim sobre el empleo. Los incrementos de productividad que está induciendo la revolución tecnológica son muy grandes y no podemos renunciar a eso. Tenemos unas cuantas paradojas preciosas: junto con la esperanza de vida, queremos alargar —porque no tenemos más remedio— nuestra vida activa. Carlos ha situado la jubilación en los 75 años, cosa que le agradezco porque todavía me quedan cuatro meses...

—Podía haber dicho a los 80, pero dijo a los 75 y estoy de acuerdo. Yo debería llevar, como el príncipe Carlos, 8 años jubilado, pero como nuestro sistema no es tan serio como el británico, no cayó la cuchilla y sigo sin jubilar.

—Él también está jubilado, afortunadamente, de su aspiración a sustituir a la mamá.

—O sea que se jubiló sin haber iniciado su vida laboral.

—Desde la parte que me corresponde en este debate, que es más la reflexión política —aunque me interesa mucho cómo movilizar a lo que llamamos «sociedad civil» para cubrir esas carencias—, ¿qué podemos hacer? Como decía Julio María Sanguinetti, estamos viviendo una crisis de gobernanza de la democracia representativa. La crisis es real, y las respuestas que se están dando agravan la crisis en lugar de mejorarla.

El Brexit es fantástico, ¿no? Ya decía ayer, de broma: cuando estábamos aprobando el Tratado de la Unión Europea en contra de su criterio, Thatcher decía: «Ustedes quieren federalizar Europa y yo estoy en contra de eso, y siempre pelearé por ello», pero la última frase que expresó en esa conversación que teníamos un día en un Consejo Europeo para aprobarlo fue: «Pero quiero que sepas que yo de este tren nunca me apearé». Si se lo hubiera dicho entonces al joven Cameron, este se habría enterado de que no merecía la pena quemar la casa para salvar los muebles y quedarse sin casa y sin muebles. Y ahora hay una decisión de la Corte Suprema diciendo que no es definitivo el Brexit hasta que no lo decida el Parlamento. ¡Imaginen



la crisis de gobernanza de democracia representativa! ¿Qué tiene que hacer el Parlamento británico después de esta disparatada consulta que todo el mundo exalta?

«Hay que contar con el pueblo», «El pueblo no se equivoca nunca». Esto no es verdad en democracia; el pueblo se equivoca como todo el mundo, pero los verdaderos demócratas podemos añadir que es el único que tiene derecho a equivocarse. Es mejor que se equivoque el pueblo de Venezuela, a que se equivoque Maduro por el pueblo de Venezuela. Se me entiende, ¿no? ¡El pueblo es el único que tiene derecho! Pero se equivoca; y ahora tienen el enredo de llevarlo a Cámara. Por tanto, tenemos esa crisis de gobernanza.

Yo estoy intentando avanzar –incluso dedicando cincuenta investigadores en mal momento en San Pablo– en esa reflexión acerca de qué está fallando del Ejecutivo, qué está fallando del Legislativo y qué está fallando del Judicial –para analizar los poderes clásicos–; cómo podemos frenar esta terrible tendencia a la judicialización de la política, que tarde o temprano tiene un rebote inevitable que es la politización de la justicia; cómo podemos evitar caer en las dos tentaciones dramáticas de la historia de la democracia que son: el gobierno de los jueces, que es capaz de decirle a Roosevelt que puede ser elegido presidente pero que el *New Deal* no se lo van a tolerar –síntomas que vemos ahora–, o lo contrario, el gobierno sin jueces o con jueces prevaricadores al servicio del Ejecutivo. Entre estas dos tensiones, ¿no podemos mejorar seriamente las prestaciones de los poderes del Estado? ¿No podemos hacer que la política vuelva a ser una lucha noble por ganar las mayorías populares con respuestas no simplificadas a los desafíos –no respuestas de machos alfa–, recuperando una parte de la Ilustración y explicándoles a los ciudadanos que los problemas son complejos?

Yo hablo del debate en mi país y muchos de los amigos latinoamericanos me dicen: «Estás hablando de aquí, estás donde estás», pero estoy hablando de mi país.

Le podemos decir a los ciudadanos que necesitamos diez puntos de producto bruto para la sanidad –después vemos quiénes son los actores–, entre otras cosas porque la biomedicina va a aumentar exponencialmente

el coste del gasto farmacéutico en los próximos cinco, seis, siete o diez años; podemos decir a los ciudadanos que lo necesitamos ya. En esta sociedad, tan católica como la española, que no produce niños y que, por lo tanto, está envejeciendo a toda velocidad, les podemos decir a los ciudadanos que necesitamos doce puntos de producto bruto para mantener el sistema de pensiones creciendo. Podemos hacerles una suma simple: diez más doce son veintidós. Queremos dedicarle seis puntos de producto bruto a la educación, incluyendo investigación, desarrollo, etcétera, y nos colocamos en veintiocho. Le queremos recordar que con 100 % de deuda pública necesitamos tres puntos y medio de producto bruto para financiar los intereses –gracias a la magia de Draghi que nos pone la tasa de interés en el 0 %; si no, sería mucho más–, con lo que nos vamos a treinta y pico. ¡Oiga: espérese que todavía necesitamos otros tres puntos de producto bruto para el desempleo! Y todavía no hemos empezado a hablar de cómo se financia la justicia, cómo se financian las fuerzas armadas, la policía, los servicios. ¡Por favor! ¿Alguien puede explicar esto en el próximo debate presupuestario en el Parlamento español, en lugar de debatir cómo se centrifuga déficit para atrás o para adelante? Es una carrera corta, porque al final te atrapan.

Uno podría decir: «Yo voy a arreglar el problema del déficit este año, anticipando lo que me tienen que pagar las grandes sociedades el año que viene». Y el año que viene, ¿cómo lo va a anticipar? Se lo dan este año, y el año que viene, ¿qué? Entonces, hay que tomarse en serio esto.

¿Qué falla del Ejecutivo? ¿Por qué estamos inundados de corrupción o de corruptelas? ¿En qué consiste la transparencia, aparte de las aproximaciones demagógicas?

Hablando de tecnología, un buen *software* de ingresos y gastos puede seguir día a día –reitero: día a día– cómo se desvían los ingresos presupuestarios y cómo se desvían los gastos, por qué se retrasan o se deforman, y qué hay detrás de eso. No hace falta tener –aunque sería bueno– una comisión parlamentaria de control presupuestario del 20 % del Parlamento, porque el *software* ya lo mostraría. ¿Será posible avanzar en esa transparencia? Porque detrás de cada retraso tenemos

eso que se pone debajo del cajón. ¿Por qué no se ejecuta esta obra que está financiada presupuestariamente y lleva cuatro meses de retraso, o cinco meses o un año? Detrás de eso, ¿qué hay? ¿No habrá alguien esperando lo que en Brasil se llama «la propina» y en otros sitios «la coima»? ¡Por favor! Esa parte se puede transparentar con relativa facilidad.

Por tanto, tenemos desafíos que hoy, de verdad, la revolución tecnológica nos puede ayudar a resolver con costes mínimos, para que funcione bien el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial. Acá está siempre lo del tamaño del Estado; debemos tener un Estado eficiente. ¿Qué significa «eficiente»? Lo diré con una broma cuyo derecho de autor he cedido –porque me lo pidió– a Fernando Henrique Cardoso: «¿Qué tipo de Estado queremos?» Me lo han oído decir algunos de los compañeros y amigos del Círculo de Montevideo: «Queremos un Estado Ipanema». Inmediatamente, Fernando Henrique preguntó por qué Ipanema, y respondí: «Porque me asomo a la playa» –no meto los pies en la playa porque me puedo contagiar– «y veo a la gente que pasea por ahí. ¡Oye: que no le sobra un gramo de grasa, pero a ninguno se le ven los huesos! Yo quiero un Estado así: sin grasa y sin anemia».

¡Ese es el Estado que quiero! Un Estado eficiente al servicio de los ciudadanos, un Estado que sea capaz de cumplir su función, que no es abordarlo todo, ni ocuparlo todo, ni legislarlo todo, que es algo que pone muy nervioso a Carlos, que dice que un año sin gobierno en España es una bendición porque no se pueden aprobar más leyes ni más normas.

–Él me conoce y sabe que yo he puesto más normas que nadie porque he tenido que trasponer todas las de la Unión Europea cuando entramos en ella. ¡Imagínense: todo el acervo comunitario! Pero aun así, sigo el consejo de don Quijote a Sancho Panza cuando iba a gobernar a la ínsula Barataria: «Amigo Sancho: normas,» –aunque él no lo decía en esos términos– «pocas y que se cumplan». Porque cuando son muchas están pensadas para que no se cumplan.

Gracias.

5 - Asociación Estado Sociedad Civil. Educación Empleo Salud

Leonel Fernández
Reyna

Muy buenos días.

Quisiera, en primer término, extender mis congratulaciones al presidente Julio María Sanguinetti, maestro de la política y de la palabra, con motivo de cumplirse el vigésimo aniversario de la creación de la Fundación Círculo de Montevideo.

Yo tuve la fortuna y el privilegio de conocerlo hace exactamente veinte años. Era la primera vez que participaba, entonces como joven presidente recién electo, en una cumbre iberoamericana que se celebraba en Valparaíso, Chile. Recuerdo perfectamente que en esa cumbre intervino Fidel Castro en una muy elocuente exposición que nos dejó a todos fascinados, y unos tres o cuatro turnos después le tocó la palabra al presidente Sanguinetti, quien sin aludir a Fidel, sin hacer referencia a su discurso, construyó sin embargo la contraargumentación. Hizo la deconstrucción de aquella pieza que hacía el líder de la Revolución cubana, y lo hizo con tal inteligencia y con tal brillantez que, al término de la sesión, cuando nos parábamos, Fidel Castro se le acercó –justamente yo estaba al lado– y le dijo: «Sé que cuanto dijiste era en mi contra, pero lo dijiste de manera tan espectacular que te tengo que felicitar».

–¡Así lo recordamos!

–Yo quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones acerca del tema «Educación, tecnología e innovación en América Latina y el Caribe», y he traído una presentación gráfica para hacer más fácil de digerir la exposición.

Creo que hay un concepto clave que se ha emitido aquí, tanto en el día de ayer como en el de hoy, y es el de «incertidumbre». Efectivamente, en América Latina y el mundo vivimos una etapa de incertidumbre porque hay mucha volatilidad, sobre todo en el ámbito económico, que se refleja en inconformidad social y en turbulencias políticas. Bueno, en América Latina lo hemos experimentado en los últimos tiempos.

Entre 2002 y 2013 tuvimos la década de oro en América Latina, que se caracterizó por una mayor expansión económica; la mayor expansión jamás en la historia regional. De acuerdo con la Cepal, durante esa



década creció 5.5 % el PIB. Como resultado de esa expansión económica pudimos aplicar políticas sociales exitosas. Se habla del caso de Brasil, donde 30:000.000 de personas fueron sacadas de la pobreza y de la indigencia y llevadas a la clase media, con políticas como Bolsa Familia, Hambre Cero, etcétera. Pero no solamente fue Brasil, sino toda América Latina la que aplicó políticas sociales, sobre todo de transferencia de dinero condicionada a que los niños fueran a la escuela u otras condicionalidades, expandiéndose, por consiguiente, la clase media.

Se logró una diversificación de relaciones comerciales con otras regiones, sobre todo con México, Centroamérica y el Caribe, con exportaciones destinadas a Estados Unidos —en el caso nuestro, República Dominicana, el 85 %—; pero también en este período pudimos diversificar relaciones con Europa y con el mundo asiático, por lo que fue una etapa sin precedentes en nuestra historia también en este aspecto.

Por supuesto, todo esto fue posible por el *boom* de los *commodities*. Yo recuerdo que cuando terminé mi primer período de gobierno, en el año 2000, un barril de petróleo se cotizaba en 11 dólares; en 2008, el barril de petróleo llegó a cotizarse en 150 dólares. En poco tiempo ocurrió un fenómeno verdaderamente impresionante que, cuando se estudia en detalle, se observa que no solamente respondió al crecimiento exorbitante de China, que llegó a crecer un 12 % y se convirtió en la locomotora que arrastraba todo lo que nosotros producíamos, sino también a un fenómeno relativamente novedoso, que son las transacciones financieras especulativas en bolsas de valores, sobre todo en lo que tiene que ver con contratos a futuro de *commodities*. Por tanto, había mucho de artificialidad en eso. Pero no solamente subió el petróleo, sino que también hubo aumento del precio del gas natural, de la soja, del cobre, del hierro y de todos los minerales. Entonces, fruto de ese *boom* del precio de los *commodities*, América Latina tuvo esta década de oro.

Sin embargo, como todos sabemos, desde el año 2008 hemos tenido la crisis financiera más aguda y más severa que conoció el sistema económico mundial desde la gran depresión de los años treinta. En lo inmediato América Latina no sintió el impacto de

esa crisis, pero sí lo ha estado sintiendo desde el año 2014 en adelante. Y como resultado del impacto de la recesión global hoy tenemos una disminución del crecimiento económico. Estábamos creciendo a 5.5 % y hoy crecemos a 0.5 %. Hay países en la región, como Venezuela por ejemplo, que ha tenido un decrecimiento de menos 8 % del producto; también hay una contracción en Brasil de menos 4 %, y hay muchos otros países que están creciendo prácticamente 0, sobre todo en América del Sur. La parte de Centroamérica y el Caribe está mejor. República Dominicana, por ejemplo, está creciendo un 6 % en este año, pero se debe, fundamentalmente, a que en lugar de ser un país exportador de petróleo o gas natural, somos importadores netos, y como ha habido una caída del precio, ello obviamente beneficia la balanza comercial y la balanza de pagos de República Dominicana y de los países de Centroamérica y el Caribe.

Como fruto de la disminución del crecimiento económico hay una reducción del comercio internacional y una disminución de ingresos fiscales; al producirse disminución de ingresos fiscales hay una merma en la inversión pública, en el gasto público. Todo esto aumenta el desempleo e incrementa de nuevo la pobreza, lo que, a su vez, genera una inconformidad o un descontento social. Eso es lo que está produciendo en la región la turbulencia y la inestabilidad política que estamos viendo.

Por consiguiente, en los últimos dos años hemos pasado de una etapa de círculo virtuoso —la década de oro—, a una situación calamitosa de estanflación, en muchos casos porque el producto no solamente no crece o decrece, sino que se ve acompañado de una situación de hiperinflación.

Todo esto nos obliga, entonces, a pensar el futuro de la región. No podemos seguir en esa volatilidad, en esa incertidumbre, lo que nos lleva, entonces, a plantearnos un cambio de modelo.

Ya lo ha dicho desde hace años la Cepal: lo que se requiere es una transformación productiva en América Latina, para no depender solamente de la exportación de materias primas o de *commodities* sin ningún tipo de transformación o de valor agregado, porque eso no es

sostenible para nuestras economías en el tiempo. Pero resulta que esa transformación productiva, ese añadir valor mediante la transformación de la materia prima en un producto industrializado, no es posible si no hay transformación cognitiva. Como resultado de esta transformación productiva y cognitiva, los objetivos a alcanzar serían, en primer término, garantizar un crecimiento económico para el desarrollo sostenible y, en segundo lugar, asumir como meta de nuestros países la aplicación de la Agenda de Desarrollo Post-2015 de Naciones Unidas; los diecisiete objetivos de desarrollo sostenible deben ser la meta a seguir.

Debemos lograr la diversificación de nuestras economías; no podemos seguir dependiendo de un solo producto. Por ejemplo, Venezuela es un país que depende, fundamentalmente, de la renta petrolera, por lo que se ve sometida al riesgo de lo que se llama «la enfermedad holandesa», que es la siguiente. Cuando usted exporta un producto y está en la época del *boom*, entran divisas que generan una sobrevaloración de la moneda local y, al hacerlo, estimulan las importaciones y desincentivan la producción local. Pero cuando desaparece el *boom*, al no haberse desarrollado un sistema productivo nacional, se produce la escasez que hemos estado viendo. Por tanto, es imprescindible tener un mecanismo de diversificación de la producción porque, aun en los mejores tiempos, la enfermedad holandesa, a futuro, crea una situación prácticamente de desplome de la economía nacional.

Entonces, de la transformación productiva pasamos a la transformación cognitiva. Ya nos decía don Carlos Slim en su intervención cómo se pasa de un modelo industrial tradicional a la sociedad del conocimiento.

Se ha hablado indistintamente de sociedad de la información y sociedad del conocimiento; yo creo que son dos elementos distintos. La sociedad de la información es la transmisión de la data; en la sociedad del conocimiento de lo que se trata es de convertir la data, la información, en conocimiento, y ese es el proceso intelectual de abstracción, de colocación en contexto, de generación de perspectivas que solamente genera la formación educativa, la formación intelectual.

Con motivo de esta transformación productiva y cognitiva, en América Latina tenemos que pasar a un modelo de mayor innovación y mayor productividad. Pero veamos exactamente cuál es la situación que tenemos hoy día en nuestra región en lo que tiene que ver con educación, con tecnología e innovación y, por consiguiente, hacia dónde tenemos que avanzar a partir de esta realidad.

¿Qué nos dicen los datos? Según el informe del Índice Global de Innovación del Foro Económico Mundial y de otras instituciones, de las distintas regiones del mundo –América del Norte, Europa, Sudeste Asiático, Oceanía, Norte de África, América Latina, Asia Central y África Subsahariana– América Latina solamente está por encima de Asia Central y África Subsahariana en lo que tiene que ver con innovación. Lo grave es, además, que de acuerdo con los diez indicadores con que se mide la innovación, como consecuencia del impacto de la recesión global en la región durante los últimos diez años, América Latina ha retrocedido en el 2016 con respecto al 2015 y al 2014.

Tenemos un serio problema que tiene que ver con la brecha digital. Si observamos la gráfica que se exhibe en este momento podemos ver que países como Suecia, Suiza, Finlandia, Noruega –los países nórdicos, en general– son los que mejor posicionados están. Los países de América Latina aparecen desde el número 70 en adelante, de 142 países que se miden. El tema de brecha digital creo que solamente se puede enfrentar con la propuesta que hoy estaba haciendo don Carlos Slim de generar mayor conectividad, el uso de banda ancha, la extensión de la fibra óptica a todo el país, generando acceso a las modernas tecnologías de la información y de la comunicación.

El diagnóstico es pesimista pero, por suerte, ya estamos encontrando soluciones a cómo enfrentar este problema de la brecha digital.

Hablemos del examen Pisa. Como ustedes saben, es una evaluación que se realiza a adolescentes de 15 años de 65 países en el mundo, en la que los países de América Latina vienen participando en los últimos



tiempos. ¿Qué pasa con los exámenes Pisa? De los 65 países del mundo que participan, el mejor posicionado es Chile, que aparece en el número 51; le sigue México en el lugar 53; Uruguay en el 55; Costa Rica en el 56; Brasil en el 58; Argentina en el 59; Colombia en el 62 y Perú en el 65. Entonces, obviamente, en lo que tiene que ver con el examen Pisa hay mucho que aprender.

A mí me parece que el problema con el examen Pisa tiene mucho que ver con la filosofía educativa, con las técnicas pedagógicas que utilizamos en América Latina. Nosotros seguimos, en términos generales, en la época del escolasticismo: se aprende de memoria y, por consiguiente, no hay un proceso de razonamiento, no hay capacidad de solución de problemas. Y estos exámenes no miden conocimientos, sino capacidad de aplicación del conocimiento. Hay una parte de lectura comprensiva, pero como nuestros estudiantes memorizan y no hacen lectura comprensiva, tienen pobreza de vocabulario; tampoco saben aplicar las fórmulas matemáticas para la solución de los problemas.

Recuerdo de mi época, por ejemplo, que en matemáticas decían: «Defina el trinomio cuadrado perfecto», y uno respondía: «Eso es igual al cuadrado del primero, más dos veces el primero por el segundo, más el cuadrado del segundo». Pero agregaban: «Aplíquelo». «No sé».

—El problema que estamos teniendo, entonces, es adiestrar a los estudiantes a utilizar el conocimiento para fines de aplicación y solución de problemas. Los exámenes Pisa están concebidos para eso.

Me voy a referir ahora a las universidades, al *ranking* de las universidades, aunque sé que hay muchas personas —muchos académicos, sobre todo— que no están de acuerdo con los indicadores y las variables que se utilizan para establecer estos *rankings*. Tal vez esto se parezca a las encuestas de opinión de los partidos políticos, pero de alguna manera hay que establecer cierto nivel de comparación. Hay diversos *rankings*: el de *Shanghai*, el del periódico *The Times* de Londres, el de *U.S. News & World Report*, etcétera. Aquí yo hago una especie de clasificación mixta. A nivel universal, las principales universidades son: Universidad de Har-

vard, Universidad de Stanford, Instituto Tecnológico de Massachussets, Universidad de Cambridge, Universidad de Oxford, *Columbia University*, *California Institute of Technology*, Universidad de Chicago, *Swiss Federal Institute of Technology*, Universidad de Yale. Esas serían las diez primeras.

Pero si nos vamos a ver cómo se establece esta clasificación de universidades por países, descubrimos algunas cosas interesantes. De las principales 200 universidades en el mundo, 63 son norteamericanas y 32 son británicas, lo que nos hace ver que hay un predominio, una hegemonía del mundo anglosajón, que ocurre a nivel de educación superior. Y ya luego, Alemania; sorprendentemente, Holanda se convierte en una potencia en materia de educación superior, con 13 universidades de las primeras 200; Canadá con 8; Australia, Suiza, etcétera; vemos una caída en Francia, con solo 4 universidades entre las primeras 200. Por tanto, obviamente, el inglés es la *lingua franca* del siglo XXI; dejó de serlo el francés, que lo fue, más bien, en los siglos XVIII y XIX.

Tenemos en pantalla la lista de las 200 principales universidades del mundo.

¿Qué pasa, entonces, con América Latina? La primera que aparece en el *ranking* es la Universidad de San Pablo; y la número 1 de América Latina es la número 138 en el mundo. Luego le siguen la Universidad Federal de Río de Janeiro; la Universidad Nacional Autónoma de México, que está en el número 341 de las principales 1.000; la Universidad de Buenos Aires, en el lugar 372; la Pontificia Universidad Católica de Chile, en el puesto 381; la Universidad Estatal de Campinas, en el 407; la Universidad de Chile, en el lugar 440; la Universidad Federal de Río Grande del Sur; la Universidad Federal de San Pablo; la Universidad Estatal de San Pablo.

Aquí también vamos a ver la representación por países. De las primeras 50 universidades latinoamericanas, Brasil tiene 23; Chile, 11; México, 8; Colombia, 4; Venezuela, 2; Perú, 1; Costa Rica, 1. De manera que, así como en el ámbito internacional vamos viendo una hegemonía de Estados Unidos y el Reino Unido,

en América Latina el predominio lo tiene Brasil, con 23 universidades, muchas orientadas hacia el sector tecnológico.

Analicemos ahora el tema de la investigación, y veamos la cantidad de investigadores por cada millón de habitantes. Norteamérica y Europa Occidental tienen 4.000 investigadores por millón de habitantes; en el caso de América Latina, tenemos 400 investigadores por millón de habitantes. La diferencia es muy obvia. Pero por encima de eso está Asia Central y Europa del Este; y de igual manera el Sudeste Asiático y la Región Pacífica, prácticamente empatados con los primeros. En materia de investigación, América Latina solamente está por encima de los países árabes y, una vez más, del África Subsahariana.

La innovación es el motor de crecimiento en el mundo moderno, y América Latina aún no termina de asimilar esta idea, sobre todo si lo vemos en términos de inversión con respecto al PIB. América Latina solo invierte en innovación el 0.8 % del PIB, mientras Estados Unidos destina el 2.8 %, Finlandia el 3.9 %, Corea el 3.8 % e Israel el 4.3 %.

Pero más aún: la financiación en investigación, desarrollo e innovación se realiza mayoritariamente con fondos públicos. El 70 % de toda la inversión la realizan los gobiernos, y solamente un 30 % el sector privado, las empresas.

En cuanto a patentes registradas —que sería otra manera de medir nuestro posicionamiento—, quien se lleva las palmas es Asia con el 49 % del total de patentes que se registran a nivel internacional; Norteamérica —aquí hablamos de Estados Unidos y Canadá—, prácticamente el 25 %; Europa, 20 %; América Latina cae con el 2.7 %; Oceanía, 1.6 %, y África, 0.7 %. Es decir: no estamos registrando patentes porque no hemos entrado en la sociedad del conocimiento.

Dada la realidad de la que hemos hecho el diagnóstico, ¿cuál podemos pensar que debe ser el futuro de la innovación en América Latina y el Caribe? Afortunadamente, ya hay algunos países que han diseñado estrategias de ciencia, tecnología e innovación; las tienen Argentina, Brasil, Bolivia, Colombia, Chile, Uruguay,

Costa Rica, México, Panamá, República Dominicana. Tal vez no mencione alguno, pero son los datos de los que hasta ahora dispongo. Ya hay países que están diseñando estrategias de ciencia, tecnología e innovación.

Pero, además, se ha ido desarrollando la creación de *startups* o parques científicos tecnológicos. Empezando por aquí, en México, en el área de Guadalajara y de Monterrey ya existen parques científicos tecnológicos con *startups* en las distintas áreas de la ciencia, la tecnología y la innovación, sobre todo en lo que tiene que ver, no solamente con ensamblaje de *hardware*, sino también de desarrollo de aplicaciones de *software*, de aplicaciones para tecnología móvil, biotecnología, robótica, algo de biomedicina, bioingeniería. Todas estas son áreas novedosas en América Latina.

Además de México, en Panamá está *Ciudad del Saber*; Chile tiene *Chile Startups*; en Brasil hay varios Estados que tienen parques científicos tecnológicos: Manaus, Río de Janeiro, San Pablo, Campina —Brasil tiene muchos de estos parques científicos tecnológicos—; Uruguay, que tiene una tradición de industria del *software*, está exportando anualmente por encima de 1.500 millones de dólares en productos de *software*; en Argentina, la Universidad de Buenos Aires también está estimulando mucho la creación de esto. En República Dominicana, al finalizar mi primer gobierno creamos el Parque Cibernético de Santo Domingo, destinado a convertirse en el corredor tecnológico de las Américas, en un proyecto que va a implicar a la diáspora dominicana en el exterior, sobre todo en Nueva York y Florida. Se trata de un fondo tecnológico dominicano para la creación de pequeñas y medianas empresas en Nueva York, en alianza con el Instituto Tecnológico de Nueva York. Cuando un producto entra al mercado y es exitoso, se abre una subsidiaria en el parque tecnológico de República Dominicana, creando cadena global de valor y, tal vez, dándole visibilidad a un pequeño país caribeño como un *clúster* de alta tecnología.

¿Hacia dónde deben ir, entonces, los nuevos productos y servicios? Hacia la industria aeronáutica y aeroespacial. Ustedes me dirán: «Con excepción de México y Brasil, tal vez Chile y Argentina, ¿quién más puede hacerlo en América Latina?». No estamos di-



ciendo que entremos plenamente en la industria aeronáutica y aeroespacial, sino en la manufactura de componentes y partes, en el fenómeno de la fragmentación y deslocalización del sistema productivo dentro de la globalización. Sí podemos hacer eso mediante adiestramiento laboral para el empleo; vamos a adiestrar fuerza laboral que permita la fabricación de estos componentes, para que entren en la cadena global de valor con mayor valor agregado.

También deben ir hacia la industria automotriz, sobre todo en las nuevas modalidades de producción vehicular; hacia tecnologías de la información y la comunicación; hacia el desarrollo de *softwares* utilizando la lengua española como un activo financiero. Si hoy día tenemos 600:000.000 de hispanoparlantes en el mundo y para el año 2050 se está proyectando que existan 800:000.000 de personas que utilizarán la lengua española, ¿cómo podemos diferenciarnos del mundo anglosajón en el desarrollo tecnológico? En la lengua. Hagamos productos, aplicaciones, programas de *software* utilizando el español. Ya sé que alguien dirá que en el futuro se va a perfeccionar el algoritmo que pueda hacer la traducción directamente; ¡hagamos nosotros, entonces, el algoritmo que permita hacer la traducción a la lengua española!

Biotecnología. Preguntaba Felipe sobre el desafío que tendremos con la seguridad alimentaria hacia el futuro. La biotecnología, la producción *in vitro* será una manera de generar los alimentos que la humanidad va a requerir en el futuro. Ya no tendrá que plantarse el árbol en la tierra, sino que se podrá hacer a través de inserción *in vitro*, llevándolo luego a sistemas de producción bajo clima controlado.

Por tanto, biotecnología, inteligencia artificial, ciberseguridad y defensa, Internet a las cosas, robótica, energías renovables, creo que todas son áreas en las que América Latina y el Caribe perfectamente pueden insertarse en este nuevo esquema civilizatorio.

Se ha hablado de que América Latina no ha completado plenamente las tareas correspondientes a la Segunda Revolución Industrial y así es: tenemos deficiencias en suministro de agua potable, deficiencias en generación de energía eléctrica; pero resulta que

tenemos que combinar las tareas inconclusas del pasado con los desafíos del futuro. Por tanto, tenemos que combinar la solución de los problemas de la Segunda Revolución Industrial con los de la Tercera y la Cuarta Revolución Industrial.

Yo creo que con eso América Latina tiene una oportunidad de insertarse plenamente y en forma satisfactoria en lo que es el proyecto nuevo de civilización que usted ha propuesto.

Muchas gracias.

Julio María Sanguinetti

Leonel, además de haber sido dos veces presidente de República Dominicana –extraordinario presidente y gran líder–, es maestro –lo que no siempre se dice– y tiene esa virtud pedagógica. Ahora nos ha hecho una tomografía computarizada de nuestra América Latina.

Damos ahora la palabra a nuestros colegas, para que comenten o digan lo que deseen.

Belisario va a decir lo que se le ocurra y lo va a decir como nadie.

Belisario Betancur

Hemos asistido a un espectáculo inolvidable, ayer y hoy. Anoche, el presidente Sanguinetti y el presidente González no dejaron resquicio sin llenar; y hoy, para el inicio, los tres tenores: Sanguinetti, Felipe y Carlos Slim, que a más de empresario, promiscua con el conocimiento de las ciencias y de las artes. Seguro estamos rodeados por aquí de rodines, aunque yo soy del partido estético de Camille Claudel, que tuvo sus problemas con Rodin.

–Por aquí traigo un escrito, pero en vista de las exposiciones de anoche y de hoy, no lo voy a leer; lo dejo para más adelante, quizás.

Hablo solamente de las vivencias que tuve como gobernante. Establecí, en primer lugar, la educación a distancia. Mi contrincante del partido político adver-

so había desacreditado la enseñanza a distancia; yo la estudié con mi esposa en la *Open University* en Londres, después fue a Senegal y, por supuesto, a Francia y Costa Rica, y cuando mi contrincante decía que no se podía, yo acuñé el «Sí se puede» que después utilizó el presidente Obama, y no le he cobrado regalías literarias.

—Con la enseñanza a distancia asumimos, también, un combate frontal al analfabetismo, convocando a las actrices y a los actores de la televisión y de la radio y poniendo termómetros en el pueblos y en los poblados sobre los índices de alfabetización, es decir, estableciendo emulaciones entre la misma población para que fuera la gente, el ciudadano —del cual usted se lamentaba ahora, presidente Sanguinetti— el constructor de su propia alfabetización. Y avanzamos bastante.

Aplicamos la enseñanza a distancia también en la medicina y en la odontología.

La universidad tradicional —de la cual he sido profesor toda mi vida, e incluso he fundado varias universidades— se oponía, porque encontraba en la enseñanza a distancia un émulo que lo deportaría. Sin embargo, en este momento, las universidades colombianas todas, públicas y privadas, tienen enseñanza a distancia y, aun, enseñanza nocturna y en las madrugadas.

Al inicio de mi gobierno, un joven médico y un joven economista se presentaron en la Presidencia con una propuesta exótica: me dijeron que tenían unas investigaciones de carácter científico a corto plazo, que aseguraban en unos treinta años algunos logros. Treinta años en la historia de la humanidad, por supuesto, es el cortísimo plazo. Me dejé alucinar por esos jóvenes, y hoy estamos a punto de culminar la vacuna contra la malaria. El joven médico es el profesor Manuel Elkin Patarroyo, y el joven economista es Diego Pizano. El profesor Patarroyo ha donado la vacuna contra la malaria a la humanidad; no se la ha querido vender a ningún laboratorio, sino que la entregó a la humanidad entera.

Con esos antecedentes, quiero decirles que la educación hizo la fascinación de mi obsesión como gobernante. Yo mismo fui espejo de ejemplarización, un

poco exagerada, porque mi propia formación comenzó muy en la montaña, hasta cuando allí descubrí el conocimiento y lo hice a la manera de un campesino, es decir, advirtiendo que se pueden aprender cosas. Desde entonces, a la maestra de escuela que me enseñó, misia Rosario Rivero, es a la que dedico todo lo que me pasa de bueno. Lo que me pasa de malo dejo que llueva sobre mis calamidades, como decía el clásico español.

Las palabras de anoche y las de hoy quiero complementarlas en ese sentido: a mi juicio, desde el inicio de los tiempos ha habido en el ser humano una desconfianza en sus propias potencialidades, excepto cuando después de la Guerra del Peloponeso, según cuenta Tucídides, los griegos apelaron a la Academia de Platón para que resolviera el postconflicto. Vamos a decir que en algunos sitios del planeta cercanos a mis sentimientos se apela, también, a la Academia. Desde aquella época el ser humano desconfía de sus propias potencialidades.

Ustedes recuerdan, por ejemplo, que al final de la guerra de Troya, cuando se iba a dar la batalla definitiva contra Héctor, el rey de Troya, Aquiles Pies Ligeros —«pies ligeros» porque los dioses lo habían frotado con una miel que lo hacía invulnerable, excepto en un talón: el talón de Aquiles, según cuenta la anécdota—, que salía a participar en esa batalla final, se devolvió. Yo le preguntaba a mi maestra campesina por qué se devolvió si era un semidiós, y ella no supo contestarme. Al cabo de varios días le pregunté y le repregunté y no supo contestarme. Aquiles pies ligeros se devolvió a despedirse de su amigo Patroclo. ¿Por qué se tenía de despedir un semidiós o un dios? Pues, es que eran pareja —como ahora se dice— y se tenía que despedir, pero también por la inseguridad de Aquiles. Fíjense: un dios o semidiós inseguro de los poderes de la divinidad; es que era el ser humano el indeciso.

Dando un gran salto a través de los tiempos, llegan las religiones y ocurre lo mismo. Y yo soy católico. El emperador Carlomagno, de regreso de sus triunfantes batallas, iba a la catedral gótica de Aquisgrán, subía las escalinatas góticas, y se arrodillaba en una silla de piedra gótica a dar gracias al Creador. Es decir: sus batallas no las había ganado *per se*, sino por la ayuda de Dios. Era la inseguridad del gran combatiente en sí mismo.



Y así se avanzó a través de los tiempos hasta que, en ese recorrido del pensamiento, se llegó a Escocia. En Escocia, unos pensadores –Hobbes, Hume, Smith, entre otros– dieron en la flor de pensar por qué no dejarles a los dioses o a Dios el tema del destino espiritual del ser humano, y asumir el ser humano, por sus propias potencialidades, su gobernabilidad o su gobernanza. Fue ahí, en la colina Edimburgo, la colina de los Stuart, en donde vino a tomar corporeidad una cierta reconciliación del ser humano con sus propias potencialidades. Había nacido la Ilustración, y aquel conocimiento dio el salto sobre el canal de la Mancha y se proyectó en Francia, en los enciclopedistas: D’Alembert, Montesquieu, Montaigne, Voltaire, Rousseau, quienes lo asumieron plenamente.

Ese conocimiento ilustrado se devolvió a Alemania, a un pueblecito llamado Königsberg, en donde un filósofo, Immanuel Kant, estaba pensando en actitudes intelectuales similares y asumió la Ilustración en la *Crítica de la razón pura* y la *Crítica de la razón práctica*. Su discípulo Hegel hizo otro tanto. Su discípulo Hegel que, por cierto, con fray Ginés de Sepúlveda, negaba que los habitantes de los nuevos territorios descubiertos tuviéramos alma. Necesitamos que hubiera Premios Nobel como Octavio Paz, Gabriel García Márquez, Gabriela Mistral y Pablo Neruda para que empezaran a reconocer que teníamos algo diferente y que a ese algo se le podía dar el nombre de «alma» o cualesquiera otros nombres.

La Ilustración ya estaba en Alemania y empezó a hacer recorrido hacia el occidente pero encontró una barrera en los Pirineos, infranqueables física e intelectualmente porque del otro lado estaban los reyes cristianos, inaccesibles a aquel pensamiento que era una especie de destitución de Dios. Sin embargo, en España esas nuevas ideas encontraron a Feijoo y a Jovellanos, que las agitaron. Y un joven médico de Cádiz, José Celestino Mutis, que al mismo tiempo era botánico y tenía correspondencia con Linneo, el gran botánico escandinavo, recogió todas aquellas ideas y, en vez de aceptar las invitaciones que le hacían en medios científicos europeos –seguramente ya había leído algo de El Quijote, en donde por tres veces se habla de lo real-maravilloso de América–, el joven gaditano

llegó a Cartagena de Indias y luego a Bogotá, y allí se afianzó. Había llegado la Ilustración al Nuevo Reino de Granada.

Lo que somos los colombianos en cuanto a las libertades se lo debemos en gran parte a la Ilustración. La observación del presidente Sanguinetti de que la estabilidad democrática reside, justamente, en la certeza y no en la incertidumbre del ciudadano encuentra respaldo en la esencialidad de los partidos políticos. Desde *Politeia* de Aristóteles se sabe que la política es un quehacer del ser humano destinado a conquistar el poder para ponerlo al servicio de la comunidad. Pero resulta, presidente Sanguinetti, que eso hacían los partidos políticos cuando eran movimientos de idénticos, que tenían la misma filosofía y la misma praxis; ahora los partidos políticos, por doquier, no son movimientos de idénticos, sino movimientos de próximos, por lo cual en España ocurre lo que ha ocurrido con el Partido Socialista, con el PP.

No quiero hablar de otros países; estoy hablando de mi país España y de mi país Colombia, en donde los partidos tradicionales, que eran dos –lo cual facilitaba la gobernabilidad–, han saltado hechos añicos y ya no son partidos de idénticos, sino partidos de próximos. Consolidar esos partidos es, no una necesidad porque es una especie de imposible físico o metafísico, pero está en la base de la democracia.

Todo lo anterior me sirve de fundamentación para decir, presidente Sanguinetti, Leonel, presidente González, presidente Quiroga, señoras, señores: lo que ocurre es que el Homo sapiens se extravió en América Latina.

–Muchas gracias.

Jorge Quiroga

Gracias, presidente.

También empiezo agradeciendo al Círculo de Montevideo, a Leonel, por compartir con nosotros. Y un agradecimiento especial a don Carlos Slim por traernos a este maravilloso lugar. Si a uno no le dicen

dónde está, podría pensar que está en el mejor lugar de Berlín o Nueva York. Realmente, un sitio de primer nivel, una infraestructura admirable. Hablar en este escenario, con tanto arte, tanta cultura, es intimidante.

Yo quisiera empezar con comentarios sobre nuestra región y cómo se inserta en la civilización.

Pido que cerremos los ojos e imaginemos, en el año 2001 o 2002 –la media década perdida: devaluación argentina, implosión brasileña, colapso venezolano y uruguayo, no irrumpía todavía China en la economía global–, a Mister Iberoamérica, don Enrique Iglesias, en una reunión como esta del Círculo de Montevideo pronosticando audazmente: «No se preocupen iberoamericanos –latinoamericanos en particular–, que en unos años más el mundo va a ser manejado por el G-20, y allí tendremos tres lugares en el mecanismo de gobernabilidad más influyente, con México, Argentina y Brasil. Y en esa reunión, Latinoamérica» –la región que crónicamente ha estado expuesta a hiperinflaciones, devaluaciones y debacles– «va a poder decirles a los europeos y a los japoneses: “crecemos al doble que ustedes, con un déficit fiscal que es la cuarta parte del de ustedes y una deuda externa que es la mitad de la de ustedes, con mucha gente joven, bono demográfico, con reducción de la inequidad del 50 % a 30 %”».

Y no solo eso: tenemos el mundial de fútbol y las olimpiadas en Brasil; el papa es argentino; el secretario general de Naciones Unidas es portugués; codeándose con Bill Gates y Warren Buffet está Carlos Slim; tenemos el mejor jugador del mundo, que es Messi; tenemos a Shakira. ¿Qué más podemos pedir? ¡Eso somos! ¡Aquí estamos! Si Iglesias hubiera dicho eso hace unos años, la pregunta hubiera sido: ¿cuánto tequila le dieron para que diga semejantes cosas? Bueno; así sucedió y aquí estamos.

En ese marco, yo quisiera hacer tres comentarios sobre oportunidades y desafíos, y uno final sobre la amenaza que se cierne sobre nuestra región.

La primera oportunidad grande es algo que se ha comentado acá extensamente: la economía interconectada con el conocimiento distribuido.

Permítanme aquí preguntar quiénes tienen menos de 30 años. Allí atrás están todos. Aquí también todos tenemos menos de treinta años, pero un par de veces o hasta tres veces.

–¡Mire la gente joven –y que bien que los hayan invitado para estar acá– cómo cambia el mundo! Ustedes están viviendo, no solamente un cambio de era, sino un cambio sísmico. Yo aprendí en la universidad de manera marginalmente diferente a cuando mi padre fue a la universidad; y así se repite cuando uno va retrocediendo. Ahora ha habido un cambio dramático. A toda la gente joven que está acá le quiero decir que cuando yo tenía la edad de ustedes, Google era un locutor argentino gritando gol en la radio que uno escuchaba; Amazon era un río en Brasil; Facebook era un librito con fotos; YouTube era el metro de Londres, el que uno usaba para desplazarse; Apple era el sello discográfico de Los Beatles. ¡Miren cómo ha cambiado el mundo! La realidad es que hoy vivimos un mundo totalmente diferente, donde estamos todos interconectados, y la forma de aprender e interactuar es dramáticamente diferente.

Y creo que hay dos grandes oportunidades en esto.

Primero: en América Latina siempre nos acusaban y sindicaban, con razón, de que teníamos un problema estructural: la informalidad. Y resulta que el mundo desarrollado está caminando raudamente hacia la informalidad. Si no, ¿qué es este mundo donde la mayor empresa de taxis, que es Uber, no tiene un taxi; la mayor empresa de hoteles, Airbnb, no tiene una habitación de hotel; el mayor sistema de noticias es Facebook, el canal más grande es YouTube? El mundo está cambiando. Hoy día existe una tendencia en la que, gente que tiene tiempo y algún servicio o habilidad que proveer, la ofrece, y otro grupo de gente que tiene dinero y le faltan horas en el día para cumplir sus actividades, contrata esos servicios: «Lléveme en el taxi de Uber de aquí para allá», «Venga a mi casa y cocine», «Venga a mi casa y limpie».

En América Latina éramos siempre los campeones mundiales de esto que se denomina *sharing economy*, eso



de «conozco un carpintero», o «conozco una persona que puede venir a ayudar», o «llévame», o «tengo una tía que te puede cuidar a los chicos». Y ¡hacia allá va el mundo! Ya no va a ser ese mundo de 8 horas por día, 5 días por semana –como decía Carlos Slim–, sino que será de 35 horas, trabajar más compartiendo, pero ya no en una oficina.

Es un mundo totalmente diferente y el desafío es cómo casar nuestra creatividad informal –que la hemos visto expresada en todos nuestros países– con estas oportunidades del mundo interconectado, donde se puede, a través de la red y del móvil, conectar a la gente que puede hacer un servicio con la gente que no tiene tiempo y está dispuesto a pagarlo. Extrañamente, *Uber* es la demostración de que el mundo está caminando hacia la informalidad: son empleados los que conducen. Es otro sistema de trabajo y vamos a un mundo diferente.

Otro tema es la educación. Es verdad que antes uno tenía que ir a la universidad, donde estaba depositado el conocimiento, y a uno le enseñaban; hoy el conocimiento, la información lo persigue a uno y, como decía Carlos Slim, el costo de conectividad y de acceso a la información es prácticamente cero.

Creo que la revolución tecnológica aún no ha llegado a los sistemas formales de educación y ese es un desafío pendiente como región, pero tenemos una oportunidad enorme en eso porque hoy, como América Latina, no hay excusa para decir: «Me quedé rezagado porque no tuve acceso a una buena educación, a un buen sistema de información o a los datos que necesitaba». Es, pues, una oportunidad.

Pasemos ahora a la segunda oportunidad: el tema de China. Evidentemente, hablando de civilizaciones, China cambió el mundo en este siglo XXI, particularmente Sudamérica. La influencia de China ha sido benigna para Sudamérica, quizás no tanto para Centroamérica y Caribe. Los chinos compran energía, comida y minerales a volúmenes crecientes y a precios ascendentes. En Sudamérica hacemos fiesta: cobre chileno, soja argentina, hierro brasileño, carbón colombiano, petróleo venezolano. Todos tenemos minerales, energía, comida. ¡Aleluya! Los precios suben, aumentan los

volúmenes, y otra vez el gran ciclo de las materias primas que llenan las arcas fiscales, que en algunos casos se manejan con responsabilidad y en otros no tanto.

El desafío es cómo volver a China o cómo trabajar con ella en la mutación o el cambio de «China comprador de materias primas» a «China prestamista», «China inversionista» o «China socio pleno», porque si se reproducen las prácticas laborales o ambientales que se ven en África vamos a tener problemas. Todavía se puede construir una relación más sana. Aunque tenemos una larga historia de renegar de los poderes imperiales que nos chupan la sangre y nos maltratan, con China aún no ha habido esa reacción –a diferencia de europeos y norteamericanos–, pero se puede dar si es que no encontramos cómo trabajar juntos.

Como decía Leonel acá, no podemos repetir el ciclo de: «Suben las materias primas; vendámosle a los europeos, después a los gringos, ahora a los chinos». Y cuando eso termine, ¿qué? A no ser que tengamos 4.000:000.000 de personas en Marte que quieran comprar materias primas sudamericanas, ya no existe otro sitio que sea como este. Pensemos, entonces, cómo hacemos cadenas de valor agregado para no repetir los ciclos anteriores.

Tercera gran oportunidad en la región, particularmente para el norte: el cambio energético. En Estados Unidos hay gente que gana –o ya tiene– gran admiración en el mundo entero: los Larry Page, los Mark Zuckerberg y demás. Pues, tenemos lo mismo en energía: existe un señor, George Mitchell, que descubrió la tecnología para perforar verticalmente, después horizontalmente, bombear agua y crear grandes bolsones de gas y de petróleo, y transformó a los Estados Unidos. Hoy Estados Unidos es autosuficiente. El vampiro chupasangre norteamericano, que se llevaba el petróleo y la energía de nuestros países, va a empezar a exportar sangre; ya lo está haciendo. Ese es un cambio sísmico y dramático.

Hay una ventaja estructural en el tema de energía, y es lo que ha pasado con el gas en Estados Unidos. Allí, exportar el gas cuesta la tercera parte que el petróleo, por barato que esté hoy día. Iluminar esta habitación con gas norteamericano, al precio que tiene, costaría la

tercera parte que hacerlo en Brasil con gas boliviano; y en Europa, con gas ruso, costaría cuatro veces más. Esa es una enorme oportunidad de reindustrializar, de repotenciar las manufacturas: casar esa energía barata con los costos laborales competitivos de México, y distribuirla hacia Centroamérica. Es una oportunidad significativa para adelante.

Como sudamericano, yo estaría preocupado al ver eso; pero en Argentina ha habido cambios y en Brasil también. Aquí está Alejandro Bulgheroni, que conoce perfectamente el matrimonio con los chicos y la importancia que tiene, así como el desarrollo energético y los cambios que puede haber en Argentina.

Tenemos grandes oportunidades como región: tenemos carbón y petróleo –combustibles del siglo XX–; tenemos gas, hidroelectricidad, geotérmica, viento, sol; el uso más intensivo de gas en vehículos lo vemos en Argentina, y el de biocombustibles, en Brasil; tenemos el 90 % del litio del planeta en un triángulo sudamericano formado por Argentina, Chile y Bolivia, y el día que todos los autos sean como los celulares y esto sea un vehículo, o cuando las casas sean como los *laptops*, con baterías de litio, vamos a ser una potencia en suministrarlo, siempre y cuando no repitamos el ciclo de que los chinos se lleven el litio y nos manden las baterías manufacturadas, otra vez.

Por último, me voy a referir a la amenaza, y con esto cierro.

Estamos acá en México, en cinco días hay elecciones en Estados Unidos con una candidatura presidencial que, como nunca antes, ha logrado poner a Latinoamérica, y en particular a México, en el foco de la tormenta. Yo nunca había visto una candidatura de esa naturaleza. Normalmente, los republicanos estaban abiertos al comercio con nosotros y trataban mal a nuestra gente; normalmente, lo demócratas trataban bien a nuestra gente pero no estaban abiertos al comercio. Cuando a mí me preguntaban qué quería, demócratas o republicanos, yo decía: «Tráiganme la licuadora: quiero políticas comerciales republicanas y políticas migratorias demócratas». Pues, hete acá que hay un candidato que nos trajo la licuadora negativa: no quiere nuestros pro-

ductos ni a nuestra gente; y lo particulariza en México, pero es para toda América Latina.

Y más allá de los elementos deleznable de esta candidatura –que se mofa de los discapacitados, que se burla de las mujeres, a las que acosa físicamente y acusa verbalmente, las asalta o las insulta; no hay decencia ni civilidad–, el eje programático de esta candidatura responde al apellido del candidato y desde el primer día ha sido invariable, no se ha moderado, no se ha modulado. El eje es su apellido, y va hacia México y hacia el resto de nosotros.

La «T» del señor Trump es «traslado»: deportación masiva, forzosa, de 11:000.000 de latino que estamos en Estados Unidos. La «R» del señor Trump son las «remesas», que las va a incautar. El programa más efectivo de desarrollo, a través del cual mexicanos, salvadoreños, hondureños, bolivianos mandan el dinerito para que sus familias se hagan la casa y vivan –se trata de un programa abierto, sin impuestos–, podría terminar con la incautación por parte de este señor. La «U», «USA», Estados Unidos. La «M» es el «muro», donde nos quiere poner en cuarentena; y primera vez en la historia de la humanidad, alguien quiere construir un muro que debe ser pagado por el afectado. Los soviéticos tuvieron la gentileza de pagar su propio muro; aquí está diciendo: «Señor México: usted compre el látigo con el que lo voy a azotar». ¡Eso es lo descabellado de la propuesta del muro! Y la «P» del señor Trump es «proteccionismo»: aranceles de 35 %. Con un telefonazo, Ford se va de México y vuelve para allá, y va a derogar el Nafta, cosa que ha dicho desde el primer día.

Y a los hermanos de América Latina que piensan que este es un tema de los mexicanos, quiero decirles –Leonel lo sabe– que los acuerdos con Dominicana, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Colombia, Perú, son *copy-paste* del acuerdo con México, palabra más, palabra menos. Y si va a incautar las remesas, si va a deportar latinos, si va a construir un muro, si va a hacer proteccionismo comercial, nos va a afectar a todos y desencadenará una recesión regional racista terrible. Estamos a pocos días de que esto suceda y parece que las encuestas se cierran.



A mí me dolería enormemente que hermanos colombianos, venezolanos y cubanos radicados en Florida le den el margen de victoria en ese Estado, y que ese Estado termine siendo determinante para que este señor nos agarre a patadas a mexicanos, salvadoreños, hondureños y bolivianos. ¡Ojalá que no se dé!

Concluyo pidiendo a todos los mexicanos y latinos que tengan amigos, parientes o conocidos allá, que en los días que quedan los llamen, o que les manden por Internet o por WhatsApp un pequeño afichito con dos personas paradigmáticas en Estados Unidos, John Kennedy y Ronald Reagan –para ser bipartidario–, que hicieron sendos discursos en el Muro de Berlín, recordadísimos hasta hoy. John Kennedy dijo: «*Ich bin ein Berliner*» que significa «Yo soy berlinés», y Reagan expresó: «*tear down this wall!*», o sea, «*derrumbe ese muro!*». Entonces, a este señor del pelo rojo pónganle esa piñata que hacen en México, pongan la foto de Kennedy, la foto de Regan y díganle: «*Ich bin ein* americano, norteamericano, méxicoamericano, centroamericano, sudamericano. ¡Derrumba ese muro» –el que quiere construir, el que tiene en la cabeza– «por el bien de la región!»

Muchas gracias.

Felipe González

Empezaré por Belisario que citó a Mutis, medio paisano –y en doble sentido–, y terminó hablando del Homo sapiens. Con cierto lamento recuerda que algunos dicen que venimos del mono, pero otros, más consistentes –y la última intervención lo prueba–, dicen que vamos pa'allá...

–¡Es que la teoría de la evolución se alteró!

El segundo comentario está dirigido a Leonel. Verán: el problema es que todos los que hemos tenido una preocupación por la revolución tecnológica, por cómo nos adaptamos o cómo respondemos, buscamos o hacemos el esfuerzo por encontrar nuestro *Silicon Valley*, dicho simbólicamente. Tratamos de buscar un espacio físico. En España algunos hablan del sur, de Marbella con su buen clima y sus fiestas; otros hablan de Cataluña. Claro, yo, que también he tenido esa tentación,

después me contengo, porque el *Silicon Valley* no es un lugar, sino una cultura. Es muy importante comprender que uno no puede comprar un terreno y hacer una inversión, por mucho dinero que se tenga, pensando que de allí va a resultar una cultura. Es la cultura la que va a encontrar un lugar. Pero nosotros no tenemos esa cultura del capital-riesgo de la innovación, de la capacidad incluyente. Mantengo lo de la teoría de la evolución para compensar esto: vamos pa'l mono, y de allí para el orangután. Por tanto, puede que hasta el *Silicon Valley* sufra.

El último comentario que quiero hacer, porque me causa dolor, refiere a Venezuela. Verás, presidente Fernández: la enfermedad más leve de Venezuela hoy es la holandesa; esa es como un resfriado banal. Ahí tienen un par de enfermedades más: la enfermedad Atila; la enfermedad Alí Babá, no la de la empresa china, sino la de la cueva. Tiene unas cuantas enfermedades. Personalmente, no he conocido nunca, en 74 años, un proceso de destrucción más rápido y más sistemático de la economía productiva de un país, de una sociedad, de la seguridad y de la institucionalidad. Así que, de corazón, digo que deseo toda la suerte del mundo para ver si la destrucción se para inmediatamente y se recompone en alguna medida.

Recuerdo que la propuesta que se le hizo este verano al presidente Maduro –la propuesta conocida, porque a lo mejor hay muchas que desconocemos todos– fue que fijara una tasa de cambio y la dejara flotar. ¿Cómo puede ser que el cambio oficial sean 10 bolívares por dólar, después haya un Simadi, y hoy esté a 1.400 bolívares el dólar? Una propuesta absolutamente sensata, no parece aceptable; ni siquiera se discute, con todos los complementos.

Por tanto, créeme, estoy muy, muy, no digo preocupado, sino angustiado, porque no sé cuánto tiempo queda para que este desastre no se convierta en una catástrofe explosiva.

De verdad, entonces, que no es la enfermedad holandesa lo que inquieta, porque eso solo es el resfriado de Venezuela; después tiene unos cuantos tumores que están en la fase terminal y que entre todos deberíamos tratar de corregir.

Leonel Fernández Reyna

Comparto las reflexiones que ha expresado el presidente Felipe González, pero creo que no podemos ver el caso de Venezuela aislado de lo que está ocurriendo en el resto del mundo. Considero que lo de Venezuela es el resultado directo de un impacto de la crisis financiera global convertida en crisis económica global, que ha sacudido al mundo, social y políticamente.

Yo no puedo explicarme lo que ocurre en España al margen de ese fenómeno; Podemos y Ciudadanos es el resultado político del impacto de la crisis económica global en España. Yo no puedo explicarme el Brexit al margen de ese problema; el temor, el miedo a la migración, a la deslocalización de la producción industrial, a lo que ha significado realmente el desempleo, el crecimiento mediocre que están teniendo las economías a nivel global, es resultado directo de esa crisis financiera y, al mismo tiempo, de la adopción de políticas equivocadas.

Yo creo que en el mundo hay un problema muy serio, que consiste en que desde hace cuarenta años se ha instalado un modelo que todos nosotros recibimos con beneplácito porque, efectivamente, en términos generales la globalización resulta beneficiosa, pero dentro de la globalización hay un factor que se denomina «financiarización de la globalización», que está poniendo a todo el mundo en algo riesgo. Lo estamos viendo desde el año 1987 con la caída de la Bolsa de Valores de Nueva York; en los años noventa, la crisis del «tequila» en México, la crisis «samba» en Brasil, la crisis asiática, la crisis de las corporaciones de alta tecnología que sucumben. Estamos viendo crisis financieras recurrentes y no reaccionamos, hasta que llega la crisis de 2008, se derrumba *Lehman Brothers* y todo el sistema financiero global se ve al borde de la quiebra.

Por estar todo trastornado, no nos damos cuenta de que ha ocurrido un fenómeno, que es que el sector financiero ha cambiado su naturaleza y ya no es ahorro o inversión; los nuevos actores que aparecen, como el Fondo de Pensiones de los Bomberos de Nueva York, no quieren que el dinero que depositan en el Citibank quede como una cuenta de ahorro, sino que necesitan

que eso se invierta. Y resulta que muchas de esas inversiones se están haciendo en transacciones especulativas de contratos a futuro.

Un día, en la Presidencia, veo que el petróleo subió 25 dólares el barril. ¿Cómo puede subir 25 dólares el barril en un día? Ahí no hay un tema de oferta y demanda, ahí no está la mano invisible de Adam Smith; ahí está ocurriendo algo. En efecto, lo que ha ocurrido es que existe un sistema financiero global desregulado; hay actores que han permitido, hoy día, una acumulación de 700 trillones de dólares. Y esa cifra no está siendo invertida en los sectores productivos: en agricultura, para generación de seguridad alimentaria, en el sector industrial.

Resulta que los poderes mundiales, reunidos en el G-20, no se ponen de acuerdo. Por tanto, en algo tan fundamental para garantizar la reactivación del crecimiento económico mundial, que nos beneficia a todos, no se toma la decisión. El G-20, por un lado, como reacción a esa crisis dice: «Bueno, hay que aplicar políticas de austeridad», y somete a toda Europa a una política de austeridad que en algún momento he escuchado al presidente González denominar «austericidio». Lo que ha ocurrido en Europa es *austericidio*: políticas de austeridad que desembocan en la angustia y en la desesperación de la gente, llegando a la protesta callejera del 15 de mayo, al 15-M, Democracia Real Ya, que se convierte en partido político.

Eso es el Brexit; eso es España; eso es Donald Trump.

Donald Trump no se puede entender al margen de unos Estados Unidos también sacudidos por esa crisis económica. Claro, Estados Unidos la enfrenta de manera diferente a Europa. Lo que ha hecho el presidente Obama es una política monetaria expansiva, con apoyo de la Reserva Federal; se emplean 85.000 millones de dólares todos los meses para establecer una especie de contención al sangrado. Se ha resuelto ponerle un control a la hemorragia de la economía norteamericana en el corto plazo porque hay estabilidad económica en Estados Unidos, que está creciendo, pero en el mediano y largo plazo la deuda va aumentando, y hoy día ya



tenemos una deuda de 21 trillones de dólares. La de China es mayor, son 24 trillones de dólares y representa el 250 % de su PIB.

De manera que tenemos a las dos principales economías del mundo endeudadas –la norteamericana, en 21 trillones de dólares y la china en 23 o 24 trillones de dólares–, y a Europa estancada. El mundo está en una situación muy frágil, y lo que nosotros estamos viendo es cómo esa fragilidad la convertimos en oportunidad.

Hay que ver el caso de Venezuela en ese contexto, independientemente de los errores y de las tentaciones autoritarias que algunos de sus líderes hayan podido tener. También es el caso de Brasil: un Lula que fue abierto, democrático y plural, con una economía diversificada –no solamente exporta gas natural, petróleo y hierro, sino que también tiene industria automotriz e industria aeronáutica– y, sin embargo, hoy día hay una estanflación en Brasil.

De manera que el tema es muy complejo, y creo que para entenderlo hay que colocar cada aspecto ante este fenómeno de financiarización de la globalización, que es el lado oscuro de la globalización y que puede crear una catástrofe mundial.

Para terminar mis palabras, quiero decir que me siento muy identificado con lo que decía el presidente Quiroga acerca de que los latinoamericanos nos sentimos emocionalmente lacerados por un candidato estadounidense que nos insulta, nos ofende y nos humilla, fundamentalmente al pueblo de México. Cuando ese candidato dice que se construirá un muro y que el pueblo de México lo va a pagar, o que va a renegociar el acuerdo de libre comercio para que las empresas norteamericanas que estén en México retornen a los Estados Unidos, pues ¡muy bien!, mi consejo a los mexicanos es que pidan una reevaluación del Tratado de Guadalupe Hidalgo...

–... y que empiecen a decir desde ya que California le pertenece a los mexicanos, que Texas le pertenece a los mexicanos, que Nuevo México le pertenece a los mexicanos. Porque no se trata de que los mexicanos hayan cruzado la frontera, sino que la frontera cruzó a los mexicanos. Entonces, tiene que *atararse* en el siglo XXI.

Muchas gracias.

6 - El desafío de la competitividad más allá de ideologías. Empleo – Ciencia Electrónica

Enrique Iglesias

Buenas tardes.

Primero quiero expresar mi felicitación al gran amigo, por estos veinte años de ver vigorizado este Círculo y, sobre todo, congratularme por haber tenido la dicha de estar en todas las reuniones. Considero un privilegio, un placer que se ha repetido en veinte ocasiones, el participar de un espectáculo magnífico como el que hemos tenido hoy, con presentaciones de gran calidad, de gran profundidad, que nos actualizan respecto de los grandes temas que tenemos por delante.

Tenemos muy poco tiempo, por lo que mis expresiones tendrán que ser muy breves para dar la oportunidad de oír a mis colegas en este panel, que son personalidades que realmente tienen mucho que decir y mucho que aportar al tema.

En realidad, este tema, que vincula el asunto de la competitividad a la tecnología y a las proyecciones a futuro, hubiera podido ser resumido perfectamente si nuestra amiga Rebeca hubiera leído las conclusiones de la reciente cumbre iberoamericana. Ella pasó todo el año trabajando con mucha intensidad en estos temas, y en esa cumbre la Cepal, la OCDE y la CAF presentaron un documento muy bueno sobre el tema. De manera que estamos rondando uno de los grandes temas, que es el presente y cómo, de alguna forma, ese presente tiene que tocar elementos tan importantes como los que se fueron viendo anoche y en el día de hoy. No voy a insistir sobre ellos sino, simplemente, tomar algunos de los puntos que se han tocado, a fin de ir redondeando un poco las ideas.

Lo primero que diría es que se ha hablado mucho de un cambio de época, y sí, es un verdadero cambio de época. Pasamos los últimos setenta años navegando en ciertas hipótesis que se fueron transformando, y durante los últimos treinta años antes de 2009 tuvimos la sensación de que habíamos llegado a un cierto consenso con respecto al funcionamiento del mundo en lo económico, en lo social, e incluso en lo político. Bueno: ¡no es así!

Brevemente, voy a tocar cuatro puntos sobre los temas que forman parte de la agenda de este panel.



El primero es el tema vinculado con la crisis en la que estamos. Voy a incorporar una palabra que estuvo presente en los conceptos pero no se mencionó, que es la palabra «confianza». Yo creo que uno de los elementos fundamentales que caracterizan el momento actual en lo político, en lo económico y en lo social es la pérdida de confianza. La confianza es, sin duda alguna, la base de todo: de que el político tenga éxito, de que las medidas puedan ser implementadas, de que la felicidad –como concepto– pueda ser alcanzada.

El mundo ha perdido la confianza. La primera pérdida de confianza la sufre el sistema económico. Los treinta años que preceden a la gran crisis del 2009 dieron esa sensación de que estábamos administrando la política económica. Lo cierto es que, como bien decía recién el presidente Fernández, el 2009 provocó una crisis de enormes proporciones que todavía no ha sido resuelta, sino que sigue estando arriba de la mesa. Se puso de manifiesto, en primer lugar, un concepto que nos conmovió a todos: que la idea de que el mercado lo regulaba todo no era así. La crisis del 2009 demostró que el mercado no regula todo y que, por tanto, está expuesto a las crisis.

Ya en marzo lo había anunciado: el sistema capitalista está expuesto, lamentablemente, a crisis financieras recurrentes. Ese es el tema.

Creo que eso dejó una serie de asuntos pendientes, que se incorporaron al constatarse la crisis financiera. No está resuelto el tema financiero y las políticas económicas que estamos adoptando son confusas. No me digan ustedes que en este momento las únicas políticas económicas en Europa y Estados Unidos no tienen que ver con la política del Banco Central. Los únicos que adoptan políticas son los bancos centrales: la señora Yellen y el señor Draghi. Bueno: habrá alguna otra cosa que hacer para nivelar la economía actual.

Ese es un tema que está presente y que tiene como punto de referencia la pérdida de confianza. Por algo la tasa de interés a diez años está igual que la tasa de interés al presente. Es que no hay confianza en el sistema y eso, generalmente, es lo que nos crea los grandes desafíos.

A eso se agrega otro tema que está presente y todos conocemos, y es que el mundo está viviendo la transferencia de poder económico más grande de la humanidad: del occidente al oriente. Eso implica una enorme acomodación, y no solamente en las estrategias económicas –donde podemos coincidir–, sino en las estrategias políticas, sociales y de valores. Y para colmo, a todo esto se agrega otro elemento adicional: la obsolescencia del sistema internacional de regulación, o sea, de las instituciones internacionales.

Entonces, estamos en un momento complicado. Vamos a salir, sí, pero va a llevar tiempo. Ya no se trata, simplemente, de ponernos de acuerdo en inglés sobre lo que hay que hacer; ahora tenemos que conversar en lenguas que nos vienen del oriente, que tienen otros valores y otra forma de ver las cosas, sobre todo en lo político y en lo social.

El mundo actual está expuesto a estas crisis y, sobre todo, a tres temas con los cuales quisiera terminar este primer comentario.

Uno de ellos lo acaba de mencionar el presidente Leonel Fernández: creo que tiene razón en que uno de los grandes temas a resolver es el problema de la banca en la sombra. La mundialización de la banca ha sido un fenómeno altamente positivo, porque permitió que los ahorros del mundo circularan y pudieran invertirse por todas partes; pero los excesos que provocó el segmento no controlado de esa banca internacional, del sistema financiero internacional, es lo que dio lugar a la crisis del año 2009. Y eso no está resuelto. El Grupo de los 20, en su primera reunión, dijo que lo iba a abordar, pero no lo hecho.

Así como en 1930 la crisis fue resuelta poniendo un control de los bancos centrales sobre la banca comercial, hoy significaría un gran desafío poner ciertos controles a esa banca en la sombra que ha amparado especulaciones totalmente inaceptables, que dieron lugar a una crisis tan grande como la de 2008-2009, que hizo que el 13 % de producto mundial –¡13 %!, ¡es mucho decir!– se perdiera por los costos que han tenido las quiebras, las pérdidas de valores en la Bolsa y todos los problemas que ello ha significado.

Entonces, el primer tema a preservar en este momento es lo que muy bien planteaba el presidente Leonel Fernández.

El segundo tema es que se inició un proceso de desglobalización. En realidad, la globalización ha aparejado enormes contribuciones al mundo, pero también enormes riesgos. ¿Por qué hablo de «desglobalización»? Bueno, la mención que se hacía recién a las palabras del candidato en Estados Unidos, que nos preocupa tanto, es una demostración; pero no es la única. Él no es el único que está cuestionando la apertura de las economías, porque también lo estamos viendo en Europa. Comienzan a aparecer en el mundo amenazas proteccionistas, que por ahora no se han hecho demasiado fuertes, pero ya están presentes. Todo lo que se ha venido haciendo en los últimos tiempos al generar estos grandes megatratados abren el espacio a zonas preferenciales; eso significa proteccionismo.

En 1986, durante el mandato del presidente Sanguinetti, hubo una reunión en Punta del Este en la que se lanzó la Ronda Uruguay, que nos dio por objetivo liberalizar el comercio mundial. ¡Eso está en crisis! Yo creo que si algo puede ocurrir ahora es que tengamos tendencias proteccionistas. ¡Ya están presentes! Eso ha sido un enorme retroceso en el mundo, sin embargo, tenemos que ponerlo como punto central, junto con el tema financiero.

Hay algunos otros temas, como la tendencia a la fragmentación del mundo, que es un derivado directo de lo anterior. La creación de estos grandes megatratados está fragmentando el mundo, y el peligro que tenemos nosotros es que también fragmente América Latina. Ese es un tema para la discusión y el debate.

De alguna forma, creo que el momento actual no es para desesperar, sino para tener optimismo. A esta edad no se puede ser pesimista. Soy optimista, pero creo que no podemos desconocer estos temas que acabo de mencionar, de un mundo que ha perdido la confianza y que, por esa pérdida de confianza, está sometido a experiencias peligrosas que de alguna manera tenemos que reconocer.

El segundo tema que quería comentar, que también fue abordado brillantemente en las exposiciones que oímos ayer de noche y hoy, es la existencia de una nueva sociedad. Es cierto: se está generando una nueva sociedad, en primer lugar porque se está en los siete mil millones de personas, es decir que ha aumentado considerablemente, pero también porque la pobreza se ha reducido. Se trata, además, de una sociedad en la que el pobre no es el pobre de hace veinte años; en ninguna parte del mundo. Aunque haya un billón de personas viviendo en la miseria, la pobreza no es la misma.

Asimismo, hemos visto la emergencia de una nueva clase media.

En el caso de América Latina, la expresión clase media es un poco confusa. Son sectores de ingresos medios que están expuestos a la vulnerabilidad y que pueden volver atrás. Esos sectores de ingresos medios han ampliado sus expectativas y, junto con eso, la posibilidad de enojarse cuando no se cumple con ellas. Estamos viviendo una sociedad enojada; la gente está enojada. Aunque mejoró el ingreso, es menos que el de su vecino, y a veces tiene la posibilidad de que ese ingreso sea inestable y no se cumplan las expectativas que tenía; entonces, protesta. Y cuando lo hace, erosiona la confianza en sus dirigentes. Otra vez la pérdida de confianza entre dirigidos y dirigentes, uno de los temas centrales de la nueva sociedad, que reacciona — como bien lo dijeron Sanguinetti y Felipe González— más con emociones que con razones. Entonces, es muy difícil graduar, administrar ese proceso. Es muy difícil hacerlo en un momento en que tenemos por delante una sociedad exigente que participa y tiene capacidad de protesta, cosa que antes no era tan fácil. Hoy en día protesta y esas protestas se manifiestan en erosión de la confianza en sí misma.

Por lo tanto, creo que frente a ese tema tenemos que reaccionar diciendo que la tarea política es actualmente la más demandada. Siempre lo ha sido, pero hoy por hoy la labor primordial es la de buscar la forma de administrar esas expectativas y generar confianza. Cuando me desempeñaba en el Banco Interamericano de Desarrollo, tuve veinte o treinta experiencias de ajuste, y me preguntaba por qué en un país funcionaba



y en otro no. Funcionaba donde el Gobierno, el Estado gozaba de confianza. La misma medida, aplicada en un ambiente de desconfianza, no funcionaba. Si usted tiene un ambiente de confianza, las cosas funcionan.

Entonces, creo que vale la pena poner sobre la mesa este segundo tema relativo a la sociedad.

La tercera cuestión que quiero mencionar es algo que don Carlos Slim comenzó a plantear muy bien en el día de hoy. Me refiero al tema tecnológico, que constituye una revolución espectacular que se mueve a un ritmo sin precedentes. Siempre hubo revolución tecnológica, incorporación de tecnología, pero esta cuarta fase –como se ha dado en llamar– es espectacular por la velocidad con que viene ocurriendo. Nos sorprende todos los días. En tres, cuatro años cambian violentamente las cosas, y acostumbrarse a ello realmente no es una cosa fácil. Pero tenemos una revolución tecnológica que tiene, además, características espectaculares en lo que significa para el sistema productivo, para la vida de la gente, para la forma de comunicarnos, para la forma de aspirar a nuevos avances en nuestros niveles de vida para nuestra felicidad. Es decir que de alguna forma irrumpe con una fuerza vigorosa que genera enormes posibilidades en todas las direcciones.

La primera oportunidad la tienen las empresas con el tema de la productividad. Tenemos mucho para decir en esta materia, pero ciertamente América Latina tiene allí un enorme desafío. Nosotros no podemos alimentar el crecimiento solo sobre la base de extraer materias primas y aumentar el volumen de gente que trabaja. Creo que en el fondo tenemos que hacer un esfuerzo espectacular de productividad, y ese es uno de los temas que se han tratado en la cumbre reciente de Cartagena. Es en la productividad donde hay que enfrentar uno de los enormes desafíos que tiene la región.

Y junto con esa cuestión tenemos el tema del surgimiento de nuevas formas de generar demandas. Es el tema del consumidor y es la historia de la tecnología, que nos permite conocer qué quiere la gente y a qué aspira. Es lo que está definiendo las estrategias de las empresas y es algo que nunca tuvimos en la dimensión actual. Entonces, no solamente desafía la productivi-

dad sino también los elementos que de alguna forma estimulan las estrategias empresariales.

Luego tenemos esta historia de lo que significa la participación de las redes sociales, que están generando fenómenos totalmente desconocidos. Se mencionaba el caso de Uber, el caso de Airbnb con sus impactos en el turismo, y la transformación espectacular que tiene todo esto generando movimientos de una enorme importancia. Se está previendo que el 40 % de la demanda de automóviles va a caer precisamente por el uso colectivo de los medios por parte sobre todo de los jóvenes.

Quiere decir que estamos experimentando una tecnología que es, de alguna forma, espectacularmente removedora del sistema económico, del sistema de vida. Y esa remoción se da, diría, por la capacidad de *disruption* –como se dice en inglés– de la forma de consumir, de producir, de vivir.

Todo esto ofrece enormes posibilidades que, ciertamente, están presentes y que hay que aprovechar. Pero también tiene un impacto sobre lo que yo llamaría el cuarto elemento de mi reflexión, que es el tema que de alguna manera quiere priorizar la agenda de este panel: el que tiene que ver con el empleo. Es un gran problema que se está generando. Hay gente que dice, por ejemplo, que los niños que van ahora a la escuela no tienen ni idea de cuál va a ser la demanda de trabajo cuando ellos sean mayores. Es decir que va a haber un cambio espectacular en la demanda de empleo. Se dice que en el año 2030, en los Estados Unidos se habrá perdido cincuenta por ciento de los trabajos que hay hoy. No sé cómo responden estas cifras a la realidad, pero es un hecho que hay un impacto importante en destrucción de empleos, y otro impacto no menos importante en creación de empleos. Cuánto uno y cuánto el otro, ese es el gran tema que está en debate. Yo soy de la tesis optimista de que el mundo sabrá encontrar soluciones para dar empleo a la gente que queda afectada por el avance tecnológico, pero no va a ser fácil, entre otras cosas porque las nuevas demandas están muy vinculadas a la formación profesional. Y esas formaciones están muy dadas en los países desarrollados.

Quiere decir que de alguna manera esta nueva discusión del impacto tecnológico podría también avanzar más en la desigualdad. Por lo tanto, el gran desafío actualmente es hacer de la tecnología el instrumento de progreso, de aumento de la productividad, de impacto sobre la creación de empleo, pero para tener acceso a ese empleo hay que estar formado y capacitado. Una de los elementos que surgieron en los debates de la cumbre reciente, ha sido, primero, por supuesto, el énfasis en la educación, que es una cuestión que ha sido tocada por todos ustedes de una forma muy precisa. Creo que tenemos que reconocer que hemos quedado muy atrás en América Latina en materia educativa. Las cifras que se dieron hoy han sido realmente muy deprimentes, pero corresponden a la realidad. Y ahí hay un desafío muy importante, que no es técnico; es eminentemente político y social. Cuando yo veo, por ejemplo, los grandes avances de la educación en Asia, observo también que la familia es la que está comprometida con la educación. No es solamente obtener el cartoncito del título; la familia se compromete permanentemente con la educación del niño y del joven, mientras que nosotros tenemos un sistema en el cual educar al joven es simplemente mandarlo a la universidad. En el caso asiático hay un compromiso directo de la familia.

La educación es muy importante, pero sobre todo la calidad de esa educación. Al respecto —dicho sea de paso— hay reacciones. Cuando veo que hay 100.000 muchachos en las calles de Chile pidiendo calidad en la educación, recuerdo que en nuestra época, pedíamos más recursos y autonomía universitaria, pero nunca se nos habría ocurrido salir a pedir calidad. Sin embargo, hoy por hoy, que los jóvenes salgan a la calle a pedir calidad significa que están viendo que en esa calidad está la oportunidad de poder conseguir después trabajo. Si no, no lo harían. Eso es muy importante: la calidad de la educación.

Pero no alcanza con la educación. Y uno de los temas que surgió también en los debates recientes en América Latina es el de la formación profesional. El mundo necesita, además de tener buenos técnicos y buenos graduados, lograr un impacto importante en las *skills*, en las habilidades. Ese es otro de los asuntos que merecen un esfuerzo importante, tal como lo planteó Carlos Slim en su exposición.

De manera que estamos en presencia de una serie de temas que van formando la agenda que tenemos por delante. Sigo pensando de manera optimista, pero creo que no podemos disminuir la magnitud de los desafíos que enfrentamos en todos los campos: en el económico, en el social y en el político. América Latina tiene una gran oportunidad; en este momento, por ejemplo, 60% de nuestras exportaciones mundiales son bienes intermedios. Esto supone que la América Latina puede intervenir mucho más activamente en la industrialización del futuro que como lo hizo en el pasado, apuntando fundamentalmente a la posibilidad de entrar en los bienes intermedios.

Tenemos también la enorme oportunidad de mejorar en muchas de las áreas que se mencionaron hoy, como la de la producción agrícola. Aquí tenemos al amigo Bulgheroni, que tiene una experiencia especial en esta materia y ha sido un gran contribuyente de la modernización de la agricultura uruguaya. Tenemos la oportunidad de mejorar también en muchos otros campos, donde es posible imaginar salidas para todo esto. Vuelvo a repetir: esas salidas comprometen mucho a los temas sociales y, sobre todo, a la calidad en la dirección política. Creo que eso es muy importante, y es ahí donde de alguna manera tenemos que valorar los grandes aportes que hemos recibido tanto en la noche de ayer como en el día de hoy.

Muchas gracias.

Carlos Magariños

Como es la primera vez que intervengo, quiero antes que nada expresar mi alegría y satisfacción por estar aquí, y felicitar al presidente Sanguinetti en este vigésimo aniversario de la Fundación Círculo de Montevideo. Quiero asimismo agradecer al ingeniero Slim por este excelente lugar del que nos ha provisto para reunirnos, y por su liderazgo e interés en todos estos debates.

Como bien decía hace un rato el presidente Betancur, hemos escuchado unas presentaciones muy eruditas, elocuentes y lúcidas, que han cubierto prácticamente todos los temas que poníamos en debate. Así



que voy a utilizar todo el tiempo que me han asignado para tratar de contribuir con algunas ideas relacionadas específicamente con los temas que discutimos en este panel: la relación entre la competitividad y la tecnología, el empleo, y el desafío de llevar adelante el crecimiento de la competitividad más allá de las ideologías. Y me parece que eso nos obliga a pensar, a repensar la relación de este proceso de crecimiento competitivo con el desarrollo tecnológico. Algunos ejemplos que probablemente puedan cuestionarse pero que me parecen gráficos para ilustrar lo que ha estado aconteciendo.

Una estadística muy interesante, publicada por la Oficina de Estadísticas del Trabajo de Estados Unidos, del Departamento de Trabajo de Estados Unidos, calcula la cantidad de horas trabajadas en total para producir una cierta cantidad de Producto Bruto. Uno toma los números de 1998 y ve que el total de horas trabajadas en los Estados Unidos fue de 194 mil billones. La misma estadística, en el año 2013, sorprendentemente registra la misma cantidad de horas trabajadas: 194 mil billones. Pero en esos quince años, el Producto Bruto de Estados Unidos creció 3.5 trillones –es decir, 42%– con la misma cantidad de horas trabajadas.

Es un ejemplo simple para ver qué significa esto en materia de creación de empleo; qué está pasando con la tecnología en materia de competitividad y creación de empleo.

En relación con el capital, el crecimiento tecnológico ha traído también un efecto sumamente disruptivo. Tomemos como ejemplo algunas adquisiciones de compañías, que nos ilustran bien esa idea y la relación de capital por trabajador. En el año 2002, Google compra YouTube, un emprendimiento que tenía unos 55 ingenieros altamente calificados, y paga 1.65 billones de dólares. Eso es, aproximadamente, unos 25 millones per cápita. Ahora, diez años después, Facebook compra Instagram –que tenía 13 ingenieros– por 1 billón de dólares; es decir, un promedio de 77 millones de dólares por empleado. Y un caso más reciente: la compra de WhatsApp –donde trabajan 65 ingenieros– en 19 billones de dólares; es decir, 345 millones de dólares

por persona. Creo que es un interesante ejemplo de la relación entre capital y trabajador, y el valor de la economía del conocimiento, que ciertamente nos lleva a pensar en esa necesidad de tener una sociedad del aprendizaje, una *learning society*. Si vamos a una economía del conocimiento, esa idea del aprendizaje permanente se vuelve prácticamente imprescindible.

Ahora bien: el efecto disruptivo que vemos de la tecnología se acelera y se incrementa, lo que nos lleva a pensar que vamos a vivir en un mundo con mayor incertidumbre, en un mundo más confuso.

Recuerdo que en mis tiempos en la Secretaría de Industria y Comercio argentina, en los años 90, el gran problema era el reemplazo de los trabajadores por parte de las máquinas. Hacíamos un esfuerzo por incorporar a la modernidad, a la globalización. Entonces, tratábamos de bajar el costo de capital, que era altísimo, y eso generaba una disrupción en los llamados cuellos azules, en las tareas repetitivas de distintos sectores industriales. Años después, trabajando con Enrique en el sistema multilateral, en la Dirección General de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial, uno percibía que ese problema se había trasladado, con muchísima velocidad e intensidad, a los trabajos calificados, a los cuellos blancos. Y ese proceso se ha vuelto cada vez más veloz y más disruptivo, y las tareas calificadas que la tecnología reemplaza son cada vez más sofisticadas.

Me parece que aquí hemos dado muchas referencias a ese acelerado proceso, pero un ejemplo que cautiva siempre mi atención, y estoy seguro que hará lo mismo con los que no lo conocen, es el caso del juego de ajedrez. Le comisionan a un sabio el desarrollo del juego de ajedrez, y en premio a un trabajo tan sofisticado y eficiente el comitente del trabajo le ofrece un pago generoso. Pero el sabio pide una recompensa humilde: un grano de arroz en el primer cuadrado, dos granos de arroz en el segundo, cuatro en el tercero, y así sucesivamente, duplicando los granos de arroz de un cuadrado hacia el otro. Un libro muy interesante, que se llama *La Segunda Era de las Máquinas*, nos plantea que hasta ahora hemos visto lo que pasa cuando se duplica la velocidad de desarrollo tecnológico en la primera mi-

dad de ese tablero, y recién ahora estamos entrando en la segunda mitad, donde desarrollos como *Big Data* y *Deep Learning* están profundizando el efecto disruptivo de las tecnologías en los empleos más calificados.

Las conferencias de la industria en este terreno señalan, por ejemplo, que para el año 2026, es decir, en el curso de los próximos diez años, 90% de los artículos periodísticos que nosotros leamos —reportes sobre eventos deportivos e inclusive reportes financieros sobre la marcha de la Bolsa— van a estar producidos por computadoras. Inclusive hoy, en los diarios, muchos de los artículos que se publican no se reportan como producidos a través de este mecanismo pero son así presentados y comprados por los medios periodísticos.

Esto está generando, entonces, un desafío muy grande para nuestro sistema educativo, que creo que empieza por rebalancear los conceptos de *coaching* y *teaching*, es decir, de entrenamiento y enseñanza, donde el entrenamiento tendrá un lugar progresivamente más relevante que nos obligará a pensar también con qué estrategia vamos a desarrollar ese proceso.

Y para completar estos breves comentarios, voy a recurrir otra vez al caso del ajedrez. Creo que tenemos que pensar no tanto en cómo hacemos para evitar que las máquinas reemplacen el trabajo humano calificado —porque creo que debido a que entramos en la segunda mitad del tablero de ajedrez tenemos pocas oportunidades—, sino más bien en cómo hacemos para trabajar con las máquinas en los nuevos empleos que este tipo de desarrollos tecnológicos están propiciando.

Hace unos años, en una reunión de este Círculo de Montevideo, yo me refería a un puesto denominado *trafficker*. No hay ninguna universidad que prepare a un *trafficker*, ni hay título universitario en esa materia, pero lo usan todas las compañías grandes que trabajan en temas de *retail* y ventas masivas. Se trata de una persona experta en estadísticas, en tendencias sociales, en sociología, que lo que hace es tratar de manipular el tráfico de las redes desde algunos sitios hacia otros para promocionar determinados productos.

Lo que está pasando es verdaderamente revolucionario y sorprendente, y hasta puede tener efectos

negativos. Este proceso de *Big Data*, de acumulación de datos —que antes era analizado por un experto para explicarlo y ahora puede traducirse en una prosa atractiva con un programa de software—, es capaz de brindar grandes servicios a la industria, pero también de generar algunos temas disruptivos. Me contaron un ejemplo que me pareció gracioso, de un programa que era capaz de identificar las compras tempranas que hacían las mujeres embarazadas. A partir de identificar esas compras, el programa les enviaba ofertas de productos. Entonces, un padre que veía que su hija, muy joven, recibía esa información, presentó una queja al departamento correspondiente de los grandes almacenes que trataban de vender este material, solo para descubrir que los almacenes tenían más información que él acerca de la situación familiar.

En fin, lo que me parece determinante es entender que en este proceso será clave descubrir cómo nos asociamos con las máquinas para producir mejores resultados.

Y termino con ese ejemplo del juego de ajedrez al que aludía. Me acuerdo que el año en que yo entraba a trabajar en las Naciones Unidas, la computadora *Deep Blue*, de IBM, le ganó el *match* final a Garri Kaspárov, campeón mundial de ajedrez en esa época, y los reportes del momento decían que se había acabado el ajedrez —un juego que a mí me encanta—; que de ahí en adelante todo iba a ser jugado por máquinas. Era el jaque mate al ajedrez. Le preguntaron incluso a un gran maestro holandés, el maestro Donner, que iba a hacer él ahora para jugar con las máquinas, a lo que respondió que se iba a proveer de un martillo, como pasaba con la fábula de los luditas en 1811, que querían destruir los telares. Sin embargo, unos años después se desarrolló una nueva contienda, que se llamaba *Freestyle*, en la que podía competir cualquier combinación de hombres y computadoras entre sí; es decir computadoras entre sí solamente u hombres asociados con computadoras. Y leí el reporte que hizo Kaspárov de la competencia que tuvo lugar, creo, en el año 2007, muy interesante, porque la contienda la ganó una asociación entre hombres y computadoras. Lograron derrotar a la computadora más eficiente de esa época, que se llamaba Hydra; la mejor programada y la más poderosa para jugar ajedrez. Pero no fueron grandes maestros con



computadoras sofisticadas los que la derrotaron, sino algunos jugadores *amateur* con tres laptops que tenían un muy buen proceso decisorio porque estudiaban con mucha precisión las posiciones que deseaban atacar. Quiere decir que el mensaje es: inclusive teniendo un componente humano relativamente débil y máquinas estándar, un proceso muy bueno de decisiones produce resultados mejores que los que pueden tener hombres sobresalientes con máquinas muy poderosas.

Por eso creo que tenemos un desafío realmente muy serio: no solo aumentar la calidad de la educación; no solo aumentar la educación de por vida; no solo mejorar el *coaching*, sino entender cómo nos asociamos con esta nueva realidad que es la convivencia con la inteligencia artificial. Eso va a determinar incluso los patrones de transformación de nuestra economía. Hace un rato escuchábamos, por ejemplo, la importancia de la industria automotriz en esa materia. Yo trabajé mucho en ese terreno en Argentina, en Naciones Unidas, y la verdad es que me sorprende ver lo que nos espera en los próximos años con el surgimiento de los vehículos autónomos. Porque eso va a transformar completamente la estructura de la industria como la conocemos. Y me parece que ese tipo de debates deberían formar parte central tanto de los estudios académicos como de las políticas públicas de los próximos años.

Muchas gracias.

Alfredo Barnechea

Han sido ustedes testigos del despliegue de inteligencia en estas reuniones, tanto anoche como hoy, y les voy a pedir disculpas por entrometerme entre tanta gente inteligente.

Y quisiera hacerlo desde una óptica muy concreta basada en la experiencia de mi país, lo que quizá pueda agregar una diversidad a los puntos de vista en el Círculo.

En Perú, por ejemplo, el 65% de las exportaciones corresponde a metales. Y hemos estado hablando mucho de China. Enrique ha hablado del paradigma y del traslado de riqueza de Occidente a Oriente, pero

en realidad no es sino volver a donde estábamos antes de la Revolución Industrial. La noción de crecimiento es una noción fundamentalmente moderna; comienza con la Revolución Industrial. Los grandes números de crecimiento son posteriores a la Segunda Guerra Mundial, y antes de la Revolución Industrial lo que había era épocas buenas y épocas malas –las famosas épocas de vacas gordas y de vacas flacas–, pero lo que mandaba era el tamaño de la población, y por tanto China era la primera economía del mundo. Estamos volviendo a esa primera situación. China, sobre todo –también India–, ha sido la enorme locomotora. Tú, Enrique, a lo largo de tu carrera, has visto muchísimos ciclos en América Latina. Este fue un súper ciclo, que no hemos tenido en la historia de la república creo que nunca. Quizá el Perú lo tuvo a mediados del siglo XIX cuando descubrió el guano y empezaba la Revolución Industrial y el gran crecimiento de la productividad agrícola. Era un súper ciclo, y lo perdimos para hacer una transformación estructural y para empezar a ser países industrializados. Y nos hemos quedado anclados en los círculos de rendimientos decrecientes. Estamos anclados en un mundo de materias primas. Esta es la primera conclusión, la primera reflexión que quería hacer.

En segundo lugar, hemos escuchado hablar mucho de empleo, de productividad, de competitividad, pero la realidad de América Latina –es el caso de mi país, pero también de muchos de América Latina– es que el grueso de la economía es informal, de malos empleos, y por lo tanto, de baja productividad. Y no hemos sido capaces de transformar esa realidad.

En tercer término, hablamos mucho de competitividad, de productividad y de educación, pero todo se basa en la educación, en la famosa y linda expresión de Bernard Shaw, que dijo: «Si yo tengo una naranja y tú tienes otra naranja, y yo te doy mi naranja y tú me das tu naranja, al final tú te quedas con una naranja y yo me quedo con una naranja. Pero si tú me das una idea y yo te doy una idea, al final tú te quedas con dos ideas y yo me quedo con dos ideas». Esta frase muy famosa de Shaw revela la importancia de la educación. Y algo que ha pasado en América Latina, de lo que no hemos hablado mucho, es que tenemos dos fenómenos distintos.

En primer lugar, un colapso en la educación pública primaria. Yo soy provinciano, de un pequeño pueblo del Perú. Todo el colegio lo hice en la provincia. A los quince años entré a la Universidad Católica, y no tenía ninguna diferencia con los estudiantes de los colegios de Lima. En cambio, si yo mandaba a mis hijos a repetir esa experiencia, los condenaba al fracaso. Entonces, ha habido un colapso en la educación pública.

En segundo término, hemos tenido otro fenómeno, que se ha presentado en toda América Latina, de explosión de la educación en el sentido de ampliación de la cobertura, aunque de muy mala calidad. La primera vez que estuve en Washington –estaba trabajando en el BID–, mi hijo se presentaba a la Universidad. Comencé entonces a mirar *rankings* universitarios y descubrí –tu amigo Guillermo Calvo, Chief Economist, me dijo que mirara también el *ranking* Shanghai–, mirando el *ranking* Shanghai y buscando mi alma máter –yo he estudiado en dos universidades: he ido a la Católica, en Perú, y después hice una maestría en una pequeña universidad en Cambridge: Harvard; finalmente, me salvó Harvard en ese ranking–, que mi universidad estaba en el puesto 1475; es decir, no existía.

Entonces, como decía, ha habido una explosión de la cobertura pero también un colapso, primero, de la educación pública primaria, que es el cimiento fundamental. Hay una vieja expresión que dice que el Liceo Francés hizo que unos campesinos que vivían en un lugar llamado Francia se convirtieran en ciudadanos franceses. Tú Enrique, como uruguayo, que vienes de esa sociedad laica de la época de Batlle, sabes la importancia de la educación pública. Pero fracasó en América Latina. Fracasó la educación en general. Hay una crisis muy profunda.

Luego, otro elemento gravísimo. Hay una destrucción del empleo juvenil. Cuando uno mira las tasas de desempleo nominales promedio y las tasas de desempleo juvenil –y eso pasa en todos los países; pasa también, en España; el caso de España es clarísimo; ¿verdad Alberto que es una cosa terrible?–, se da cuenta de que ahí tenemos un problema realmente muy grave.

Voy a expresar ahora una visión pesimista, pero luego me van a dar algunos segundos más para referirme a una mucho más optimista.

Tenemos otro problema fundamental, que es el colapso del Estado. Es el Estado en las sociedades normales, desarrolladas o no desarrolladas, el que provee de las cosas fundamentales que tienen que tener los ciudadanos en cualquier sociedad medianamente civilizada del mundo: educación pública de calidad, salud pública de calidad, pensiones decentes y sostenibles en el tiempo para todos, seguridad, etcétera. Pero tenemos un colapso del Estado.

Es muy curioso que el gran crecimiento, el gran dinamismo económico en mi país provenga de migrantes andinos, todos financiados entre ellos por familias. Pero eso sucede también en México. Ha salido, no hace mucho, un libro muy interesante, de Claudio Lomnitz, que se llama «Una nación desdibujada», en el que analiza varios casos mexicanos. Estoy seguro que aparece el cartel del narcotráfico de Michoacán. Y, ¿cómo se llama? La Familia Michoacana. El valor de la familia. ¿Qué quiere decir esto?

El Estado ha colapsado y lo que ha quedado son las familias. Recuerdo aquella vieja frase fantástica del presidente Azaña: «Cuando desaparece el Estado, reaparece la tribu». Esa es la situación en la que estamos –olvidense de los problemas de representación política, que es otro tema adicional donde aparecen la sociedad civil, las redes y la crisis de los partidos; por tanto uno o sabe a quién representa; aparece la sociedad civil y las ONG, y cuando uno les pregunta a quién representan dicen que no representan gente sino valores, pero todo esto es otra conversación–, con una crisis del Estado y una reaparición de las tribus. Pero con tribus no vamos a lograr el desarrollo.

Hay un elemento que está fuera del debate, que lo hemos dejado de lado. Los economistas –perdóname Enrique– se hicieron muy conservadores y se ha formado una ciencia económica dominada por lo que se ha llamado los neoliberales, que creen que todo lo arregla el mercado, y hemos dejado de lado el otro elemento fundamental que es el Estado. Hay una carta de Adam Smith –en las últimas ediciones, antes de morir, de La Riqueza de las Naciones– donde dice: «Tengo que escribir un libro sobre el Estado». Pero tenía a Locke y a Hobbes detrás. Nosotros hemos descuidado ese tema fundamental que es el del Estado.



Estos son razones muy concretas, desde un punto de vista muy puntual y desde una experiencia muy específica peruana, pero que yo creo que tienen resonancia y ecos muy pesimistas en América Latina.

He sentido que uno de los ejes de separación en estos debates —y con esto voy terminando—, siempre dentro de la brillantez de todos los expositores, es algo así como una línea entre pesimismo y optimismo. Lo que acabo de decir es pesimista. Sin embargo, soy enormemente optimista, no solamente porque somos un continente muy fuerte en la línea de las tres grandes variables estratégicas de las que Felipe hablaba esta mañana, sino que tenemos enormes potencialidades. No solamente tenemos el ejemplo de lo que Carlos ha hecho con la *Academy* en el tema del acceso a la educación, sino también algo que creo que es fantástico, y que es una experiencia que puede replicarse.

Una de las cosas más estimulantes que me pasaron en mi campaña presidencial fue la de que salieran de la nada a apoyarme unos grandes científicos peruanos. Uno de ellos es profesor de Biología Molecular en Berkeley y ha hecho una red de científicos peruanos. Los países de América Latina hemos exportado profesionales —primero nos ha costado muchísimo dinero formarlos en las Universidades, generalmente públicas de América Latina—, que nunca volverán. Los hemos expulsado. El hijo de ese profesor de Biología Molecular ya se casó con una norteamericana en California; el otro tiene una visa. Es decir que no vuelven más. Les va a pasar algo muy parecido a lo que les pasó a los indios que salieron de esas grandes escuelas de ingeniería creadas por Nehru en la India independiente y que con la tasa hindú de crecimiento fueron expulsados de India, terminaron en Silicon Valley y crearon la industria del software. Pero luego volvieron a India digitalmente.

En la campaña pensamos en crear una red de científicos peruanos. Porque, ¿cuántos había? ¿Diez, veinte, treinta? En muy poquito tiempo creamos una red de 1.800 PhD peruanos en el extranjero. El que dirige el laboratorio de Biología Molecular, una *joint venture* entre Berkeley y Stanford, es peruano; el primer matemático de Brasil es peruano; el profesor de Biomedicina en Harvard es peruano. Pero, ¿cómo íbamos a

hacer? Ahora voy a comentarles las opciones que tenía y que quería aplicar de haber llegado a la Presidencia. Por tanto, espero hacerlo a partir de 2021. Pensaba en cómo conectar esa diáspora científica —esto tendría que repetirse en todos los países de América Latina— a la punta del sistema educativo universitario de mi país. Y si conseguíamos hacer eso —se lo pregunté a este científico que trabaja en el instituto de biología—, ¿qué lograríamos? Muchas cosas. Me dijo él que estaba en una interfase entre la Física, la Química, la Biología, a lo que le señalé que yo había estudiado Letras y después Administración, por lo que sabía algo de números. Me manifestó, entonces, que él, en su laboratorio, restablecía los códigos de los camélidos que se habían perdido, o del algodón peruano, que tiene un enorme impacto en la economía del Perú.

Entonces, podemos conectar a las universidades de América Latina a la punta de la tecnología y a la punta de la ciencia mundial. Creo que ese es un capital escondido, un capital muerto, pero también una nota de optimismo con la que yo quería terminar esta breve intervención.

Sé que está presente un extraordinario científico mexicano, el señor Molina.

Y creo que esta es más que nada una invitación a que Carlos —que está haciendo una labor extraordinaria a nivel de educación elemental— pueda ingresar también en el tema de la ciencia y la tecnología y conectar estos dos grandes capitales que son los que nos van a permitir entrar de verdad en el siglo XXI.

Muchas gracias.

Alejandro Bulgheroni

En primer lugar, quiero agradecer a Carlos Slim, que nos brinda la posibilidad de estar aquí y de utilizar este lugar como nuestra casa para las distintas exposiciones del Círculo de Montevideo.

En segundo término, deseo dar las gracias a Julio María Sanguinetti por crear y desarrollar el Círculo de Montevideo, junto con algunos otros expresidentes

que están acá, y por el hecho de que me haya invitado a participar. Todas estas reuniones han sido tremendamente educativas, y lo mismo ha ocurrido con la reunión de hoy: hemos recibido una gran cantidad de información y una gran cantidad de conceptos sumamente ricos y valiosos.

Después de todo ello, al abordar el tema de la competitividad en América Latina o de la competitividad en el mundo, se me ocurren algunos casos en los que la tecnología y el conocimiento han generado mejores posiciones competitivas en muchos países y para muchos productos. Creo que en un mundo que ya cuenta con 7.000 millones de habitantes y que va a crecer mucho más, tenemos que aprender a manejar más eficientemente todas aquellas cosas que hacen a que toda esa gente —así como las nuevas generaciones— pueda vivir mejor. Y ahí aparecen, por ejemplo, el tema de la energía y el tema de la alimentación, que creo que son los principales a atender para que la gente pueda vivir bien. Tenemos que pensar en la cantidad de gente que va a consumir cada vez más energía, en la cantidad de gente que va a ser mucho más demandante con respecto a los problemas de alimentación, no solamente en lo que refiere a la cantidad sino también en lo que hace a la calidad.

Entonces, considero que para seguir adelante con esa competitividad, debemos enfocarnos —y es un mensaje que siempre he tratado de dar— en mejorar el uso de los recursos, en utilizarlos mucho más eficientemente. Y para lograrlo —y debemos hacerlo más competitivamente—, la tecnología nos está dando una gran cantidad de información.

Por eso entiendo que el mensaje para todos los que fueron o serán funcionarios y para todos los empresarios es que debemos utilizar la educación y la tecnología, pero también todos los recursos que podamos para ser más eficientes. El aumento demográfico va a hacer que necesitemos todos estos desarrollos tecnológicos y educacionales para ser mucho más ahorrrativos, mucho más eficientes en el consumo y mucho más conscientes de la agresión que se le hizo al medioambiente y que en el futuro tendremos que disminuir notablemente. Las condiciones están. La tecnología hace que hoy po-

damos producir mucha más energía mucho más barata, y seguramente con mucha menor contaminación, y que podamos producir alimentos de manera mucho más eficiente.

Creo que esto hace a la competitividad. Tenemos que llevar adelante ese mensaje y, en todo en lo que a nosotros concierne, trabajar en esa línea, porque no se trata solamente de la producción de los recursos, sino también del manejo que hacen los Estados, los Gobiernos, del funcionamiento de la economía y de la producción. Para clarificar este concepto, diré por ejemplo que muchas veces uno desarrolla tecnologías para ser más eficiente en la producción de un recurso, pero ve que eso mismo se hace también en otras partes del mundo con otro resultado. En definitiva, uno ve que la eficiencia de determinado Estado hace que se pueda producir lo mismo mucho mejor, y que la ineficiencia de otro, aunque trabaje con mucha tecnología y con buen conocimiento, hace que a la larga tenga un problema de competitividad. Esto es por el manejo de los Estados.

Estas son las reflexiones que quería agregar a una cantidad de exposiciones que han sido realmente brillantes.

Muchas gracias.

Enrique Manhard

Quiero agradecer al Círculo de Montevideo y, muy especialmente, al presidente Sanguinetti, porque gracias a él me encuentro aquí en este momento.

No voy a manejar como lo han hecho los presidentes que han expuesto aquí, voy a leer entonces alguna notación que tengo por aquí.

La ideología del título, ¿se refiere a sistemas políticos o económicos?

A esta altura no se vislumbra otro sistema que el capitalista, con todos sus defectos y con todos los excesos que se producen. Se debe mejorarlo. El problema es cómo. No hay en nuestros tiempos otro sistema



económico que lo supere de acuerdo a lo que nos está enseñando el mundo.

Nuestro país creció en el libre mercado. Incluso ahora. Hace más de una década tenemos un Gobierno de izquierda; sin embargo, a nadie se le ocurre cambiar el régimen de libre mercado.

La obligación de competir supone un esfuerzo adicional. No solo hay que poner énfasis en los resultados económicos sino en el impacto social que las decisiones generan. Debe preocuparnos la sociedad en que vivimos porque, en definitiva, eso puede beneficiarnos a todos. Como empresarios, estamos llamados a transmitir y a alentar una visión de integridad y ética en cada una de nuestras acciones. Nuestras empresas, además de ser eficientes y rentables, deben generar equidad social.

Se avecinan otros tiempos en las relaciones obreiro-patronales. Creemos que la robotización eliminará muchos empleos, pero ahí está el desafío para nuestros gobernantes: educar para la creatividad y la tecnología. Así como cambió el empleo en la Revolución Industrial, tendrá que cambiar en la revolución tecnológica. Se debe educar para un mundo en competencia. Nuestros jóvenes deben tener los instrumentos y la imaginación para competir con los robots que los desplazarán de las tareas mecánicas. Hay que formar a los jóvenes en tareas creativas, facilitar el desarrollo de su inteligencia, permitir que den vuelo a su imaginación. La inteligencia artificial no puede reemplazar a la creatividad y a la ética humana. El capital humano seguirá siendo el factor clave para el éxito de una empresa. De esto se desprende que seguiremos necesitando personas creativas en la era de la tecnología.

Les agradezco mucho.

Enrique Iglesias

Quiero agradecer mucho al panel por los muy interesantes comentarios.

Por supuesto, quiero dar las gracias a Carlos Slim por su hospitalidad, y al presidente Sanguinetti por estos veinte años. Yo le prometo que voy a estar aquí en los próximos veinte años.

Quiero dar un mensaje –tal como ha hecho Tuto Quiroga– a los jóvenes que han oído todas estas intervenciones. Me imagino a un joven de veintitrés o veinticuatro años viendo este mundo que se les ha descrito a través de las brillantes exposiciones a las que hemos asistido. Tiene que tener en cuenta que se ha hecho mucha cosa, que todo lo que tenemos ahora no fue fácil conseguirlo. Costó mucho trabajo llegar a esta democracia, aunque sea imperfecta; lo mismo ha ocurrido con los derechos humanos, que hoy están más respetados que nunca. Asimismo, tienen que pensar que este mundo que se les entrega es un mundo de inmensas oportunidades. Nunca hubo una juventud tan informada, tan relacionada, con tantos instrumentos para acceder al conocimiento y con tanta capacidad para emprender. Es el mensaje de la reciente cumbre de jóvenes en Cartagena: la responsabilidad de emprender y tomar base en todas estas experiencias para seguir construyendo el mundo que se merece la sociedad del futuro. Y, sobre todo, hagan política. La política es muy importante para administrar y vivir en sociedad y en paz.

De manera que, con estos mensajes, quiero saludarlos y darles a todos las gracias.

7 - Institucionalidad legal derechos y deberes ciudadanos.

Manuel Marín

Muy buenos días.

Agradezco al Círculo de Montevideo por su invitación; y a Carlos Slim por habernos brindado otra vez esta espléndida acogida en esta maravillosa casa, en este extraordinario museo.

Voy a intentar –y digo bien: intentar– introducir un tema que, cuando Isabel me lo presentó, francamente no sabía por dónde lo iba a empezar, ya que además de tratarse de una cuestión ciertamente importante –la institucionalidad y cómo institucionalizar derechos y deberes de los ciudadanos–, en el mundo de la globalización es una materia realmente muy difícil. Para abordarlo, comencé a procurar obtener información, textos publicados, y conecté con organizaciones y observatorios especializados en derechos humanos, así como con foros internacionales que se ocupan del tema de la ciudadanía y la globalización, intentando encontrar un común denominador.

Me fijé antes –ayer se refirieron a ello Felipe y Julio– qué era lo que discutíamos en 1996, y gracias a esos espléndidos resúmenes que Isabel nos manda a casa, puedo decir que en ese año, en la reunión de Washington, el Círculo discutía algo que se llamaba globalización pero que nadie sabía definir exactamente en qué consistía y hasta dónde iba a llegar. La conclusión a que se llegó en aquellos primeros debates del Círculo de Montevideo fue que es cierto que la globalización abre un mundo de grandes oportunidades, pero también de grandes riesgos. Y nos hacíamos preguntas que todavía, muchas de ellas, veinte años después, no han tenido respuesta; por ejemplo, cómo gobernar este formidable cambio.

Ayer se insistía en que hemos asistido en los últimos veinte o veinticinco años a un tremendo cambio, pero todavía no se ha encontrado por parte de la comunidad internacional una respuesta clara acerca de cómo se gobierna este impresionante cambio que se ha producido.

Pues bien: hablando, discutiendo con gente entendida, llegué a una primera conclusión que me pareció extraña. Decidí entonces consultar a catedráticas y catedráticos –incluso a algún juez español y a un amigo



que todavía me queda en el Tribunal de Justicia de la Unión Europea—, y me confirmaron que respecto del debate de la institucionalidad de los derechos y deberes de los ciudadanos en el aspecto jurídico, el debate permanece en lo sustancial con las mismas fronteras y los mismos antagonismos políticos, institucionales y jurídicos que hace veinte años. Y parece que se reabre la historia para volver a repetir una y otra vez el mismo argot argumentario, que se come a sí mismo y que se olvida. El ciclo económico cambia, se espera otra vez que venga una dificultad, y a partir de ese momento, siempre en función del ciclo económico, nos preguntamos cómo se resuelve finalmente el tema de la gobernanza.

Siendo además un temario muy amplio, me voy a permitir hacer un resumen que no va a resolver —no lo pretendo y tampoco tengo muchas respuestas— un debate que tiene toda la pinta de ser permanente, y me atrevo a decir que en algunos aspectos va a ser casi eterno. Me explicaré.

Julio me dijo que hablara desde las dos ópticas: para América Latina y para Europa.

Pues bien, para América Latina, excepto casos bien conocidos y de plena actualidad, como es el de Venezuela, en materia de derechos humanos en general, en lo que respecta a la institucionalización de derechos y deberes de los ciudadanos en sus respectivas Constituciones nacionales, el progreso ha sido innegable. Y a pesar de lagunas significativas, se ha desarrollado ampliamente la tutela jurídica y legal de estos derechos. El avance es innegable y ha sido, pues, en América Latina en su conjunto, con excepciones muy graves, muy positivo.

Traigo a colación un caso muy concreto que se ha presentado estas semanas. Recuerdo, de la época en que me tocó negociar prácticamente con todas las organizaciones de ámbito latinoamericano, aquellas palabras de condicionalidad política —*political conditionality, la good governance*—, sobre todo cuando negociábamos, a veces de una manera muy difícil, lo que se llamaba la cláusula democrática. Pues bien: estos —hay que reconocerlo— han sido elementos muy útiles para que las sociedades avanzaran y los Estados fueran conformando

la figura jurídica del Estado constitucional en su sentido más moderno. El último dato: se podrá arreglar lo del Mercosur con Venezuela —algo hablamos de esto ayer— porque existe la cláusula democrática, y cabe la posibilidad de que haya suspensión pro tēpore porque existe la cláusula democrática. No debemos olvidar que ese fue un empecinamiento en el sentido de crear mecanismos y argumentos que permitieran, en un momento determinado, constitucionalizar o institucionalizar más aún, si es posible, el respeto a la libertad y el respeto a la democracia.

Les dejo a Rebeca y a Natalio, que tienen mucha más autoridad que yo para ello y, además, son latinos, la tarea de hablar acerca de esta cuestión.

Desde el lado europeo voy a hacer, algunas reflexiones. Simplificaré muchos los conceptos porque no quiero perderme en disquisiciones jurídicas y además, si no simplificara, me extendería mucho en el tiempo.

En la Unión Europea la crisis financiera se ha convertido en muchos países en una gravísima crisis social y ha reabierto —digo reabierto y es lo sorprendente de la respuesta que he tenido de grandes juristas del otro lado del Atlántico— un gran debate de orden jurídico, de orden institucional, de orden económico, para intentar hacer frente y responder a una situación que tiene una vertiente jurídica indiscutible y una vertiente económica crucial, pero que es sobre todo un formidable reto político mal resuelto por la política y, en muchos aspectos, con situaciones desconcertantes.

Me explico: según el Eurobarómetro —el medidor que tenemos de aspectos de comportamiento colectivo en Europa—, el 80% de los europeos tiene plena conciencia de que la fuente, el soporte de sus derechos como ciudadano, es la Constitución de su país y las leyes que se aprueban en el Parlamento de su país. Respecto a la propia Unión Europea, solo el 37% de los ciudadanos interpreta que la Unión Europea es fuente creadora y protectora de sus derechos de ciudadanía.

Así las cosas, me veo obligado a hacer rápidamente un poquito de historia sobre una cuestión muy controvertida. Y pido disculpas porque seguramente va a ser una presentación muy grosera intelectualmente.

La idea de Estado se fragua y se desarrolla en las luchas, en las convenciones, en las revoluciones y en los pactos para conseguir siempre una Constitución más abierta y más democrática, que consagre los derechos y deberes de los ciudadanos y que organice su convivencia pacífica y en libertad. Fíjense en el ejemplo clásico de la Constitución liberal en España en 1812. Se pretendía que las leyes para organizar un país fueran siempre sabias y justas, y se ordenaba a los ciudadanos, como una obligación, como un deber, que tenían que ser justos y benéficos. Esto ya en 1812. Pero es sobre todo en los siglos XIX y XX cuando se le da forma definitiva al Estado constitucional, que es una construcción jurídica —es cierto— que institucionaliza los derechos y deberes de los ciudadanos a través de un gran acuerdo nacional que se plasma en una pieza que se llama Constitución. Y aquí es donde empieza, creo, el problema. Estos derechos no son solo políticos o civiles; son también derechos económicos y sociales. Se divide entonces la doctrina y el debate político, y de nuevo, una vez más, la crisis pone de manifiesto que los derechos civiles y políticos no se tocan, pero los derechos económicos y sociales, llegado el caso, se sacrifican.

Hago esta reflexión general por si esto, de alguna manera, podría estar explicando el porqué de ciertos condicionamientos políticos que se están produciendo en muchos países, no solo en los europeos sino también en los latinoamericanos.

El Estado constitucional, en la experiencia europea, poco a poco va estableciendo los rudimentos de lo que más tarde se llamaría el *Welfare State*; la República de Weimar de 1919; hitos como el informe Beveridge, creando la seguridad social; y ni que hablar de Keynes y el rol del Estado.

¿Por qué digo esto? Porque el otro día todos hablábamos de los riesgos de no defender a la democracia representativa frente a los populismos, Pero es la clásica cuestión que se plantea cuando se habla de la República de Weimar. ¿Por qué cayó la República de Weimar? Los teóricos dicen que porque nadie la defendió. Entonces, ¿por qué esos ataques tan feroces contra la democracia representativa y el surgimiento de toda esa serie de populismos que van afirmando una serie

de puntos muy concretos respecto a la sociedad? Pues probablemente porque no se la defiende. Esta es una primera conclusión.

Se protegen los derechos económicos y sociales en una parte de la historia. Sí, pero se llega a otra donde el Estado providencia entra en crisis y, entonces, manifiesta su inoperancia —también hay que decirlo— generando déficits públicos insoportables y un gigantismo del aparato burocrático. Luego viene el juego de la descentralización —en el caso de Reagan con el *New Federalism*; en el caso de Thatcher, con la *Devolution*— y llega entonces la globalización y, como siempre explica muy bien Felipe en el Círculo, esta tiene un efecto añadido: el Estado se termina achatando por arriba —pierde mucho poder— y también por abajo, por la transferencia de poder a entidades locales y regionales. Es decir que, en último término, se produce una situación que remite —exagero— a la célebre frase: «Cuanto menos Estado, mejor». Lo digo para ir explicando, desde mi perspectiva, lo que está pasando.

En los 80 del siglo pasado se produce el gran debate a nivel internacional. Por un lado los intervencionistas y, por otro, los desreguladores, con el telón de fondo de la crisis total del modelo de la Guerra Fría, el colapso de la Unión Soviética, la caída del Muro de Berlín, etcétera, y, un poquito más lejos —lo decía al principio— una globalización incipiente sobre la que nadie sabe en ese momento cuáles serán sus horizontes y sus límites.

Y entonces, ¿qué respuesta se dio a este debate entre intervencionistas y desreguladores? Porque lo que quiero poner en evidencia —y esta parte la corregí ayer en el hotel— es que en un momento determinado sí hubo respuestas, y funcionaron, y voy a intentar defenderlas.

En ese momento, en la batalla ideológica, política, institucional entre intervencionistas y desreguladores, se intentó en Europa buscar lo mejor de las familias ideológicas que estaban dentro del proyecto de integración europeo. Se buscó entonces lo mejor de los conservadores cultivados —los hay—, lo mejor de los socialistas inteligentes —alguno que otro queda—, y también el concurso de los liberales con visión social. Fue



así que, pivotando sobre las tres familias ideológicas, se llegó a un gran consenso y se lanzó un proyecto que permitió –lo que también Felipe menciona muchas veces– la gran galopada que se llamó el *mercado interior sin fronteras*. Y ese mercado interior, en la definición que hicimos en el célebre Libro Blanco, partía de tres conceptos que estarían unidos inevitablemente: crecimiento + competitividad + empleo.

Por primera vez, de una manera general, se consideraba el papel central del mercado. Sí, pero el mercado tenía que tener siempre una dimensión social que lo equilibrara –ese fue el gran pacto–, lo que quiere decir que determinados derechos económicos y sociales en la medida de lo posible se tienen que proteger y mantener. Pero configurar esos derechos económicos y sociales en las Constituciones, a pesar de todo este debate que hay ahora de derechos de segunda generación, derechos de tercera generación, derechos de cuarta generación –que creo es sobre todo un debate académico, aunque no le quito valor, pero veo muy difícil que en una Constitución se pueda poner, por ejemplo, el derecho al cambio climático; creo que más bien eso es objeto de una política–, me parece que no es posible. Sin embargo, hubo tres elementos que se consagraron y que tienen que ver con la vejez, con la salud y con la educación.

El mercado es el eje central del desarrollo económico, pero el mercado tiene que vincularse con una dimensión social. Y se puede aceptar retocar muchas cosas, pero hay tres aspectos básicos que todo ciudadano entiende, sea listo o menos listo, sea pobre o no lo sea. Todo el mundo entiende lo que es la vejez, la salud y la educación de los hijos.

Se llega entonces a otra conclusión: el mercado –y voy terminando– no puede negar la protección de estos tres derechos que acabo de nombrar. Lo que sí pueden hacer los Gobiernos es modular las prestaciones de estos derechos institucionalizados en función de los resultados económicos. Pero creo que muchas de las cosas que nos están pasando tienen que ver con que una cosa es modular, y otra, muy distinta, es suprimir. Parece razonable que en momentos de ciclo económico adverso se modulen los derechos económicos y sociales. Pero eso es una cosa, y otra muy distinta es sim-

plemente suprimirlos. Yo creo que cuando se hablaba de por qué esta desconfianza, de por qué la gente está hasta las narices, de por qué esta reacción a veces tan grosera, tan banal, la respuesta sería simplemente la siguiente: porque la gente no se ha sentido protegida.

Pues bien: con este modelo se consiguió funcionar durante muchos años y muy bien. Pero vino la crisis del 2008, que fue brutal y se convirtió en muchos países en una gravísima crisis social. Se entra entonces en una política de ajustes que en Europa es bien conocida. A todo precio, austeridad, y la forma de ganar productividad es reduciendo salarios y quitando prestaciones. Y al final, ¿por qué el populismo consigue cinco millones de votos en España? Bueno, por la desesperación de muchos. El discurso de esta gente es el que es, pero sería absurdo cerrar los ojos y no darse cuenta de que si ese fenómeno se ha producido es porque evidentemente –creo que lo dijo ayer Enrique Iglesias–, desde el lado de quienes creemos en el Estado constitucional, no nos hemos dado cuenta de que cuando se enfrenta este Estado constitucional a los ciudadanos en dificultades, estos nos miran y nos dicen: «Todo eso está muy bien, pero ustedes me están tocando derechos económicos y sociales fundamentales para mí y para mi familia». Creo que se trata de eso básicamente.

Luego, el resultado –ya lo introdujeron con mucha más autoridad que yo y otros intervinientes, cada uno desde su óptica– ha sido la aparición de un fenómeno que es el populismo. Pero yo al menos me he sentido desconcertado de que se vuelva al mismo tipo de argumentos, a los mismos debates construidos bajo las mismas lógicas.

Fíjense en la Europa de la Reforma luterana y calvinista: se vuelca hacia la extrema derecha y hacia expresiones políticas filonazis. Sin embargo, la Europa de la Contrarreforma, la católica, la del sur, se vuelca hacia fórmulas populistas de extrema izquierda o antisistema. ¿Verdad, Natalio, que desde un punto de vista sociológico político esto es desconcertante? Sí que lo es.

Termino con una reflexión que viene a cuento de algo que expresó Leonel, que me interesó mucho y que me ha desconcertado todavía más. Yo creo, como el primero, en la lógica de la educación; por supuesto que

sí. Y respecto del informe PISA –al que hizo alusión Leonel y que hemos discutido muchas veces– quiero decir lo siguiente. En la última semana he estado trabajando –porque ya he podido incorporarme a mi trabajo– en el Instituto Universitario Europeo de Florencia, donde están los archivos correspondientes, que hemos estado mirando con mucha paciencia. ¿Cuál es el país número uno del informe PISA? Finlandia. Es el que tiene más conectividad –cien por ciento de los hogares– y todo perfectamente organizado; en el Círculo incluso hemos discutido que en ese sentido era ejemplar.

No sé si fue Felipe o Julio que dijo que estaba totalmente a favor de la educación digital; naturalmente que sí: aceptar el cambio y ofrecer a estos chicos jóvenes todas estas posibilidades. Sí, pero que no se olvide la educación ciudadana. ¿Por qué digo esto? Porque me he llevado una sorpresa –viendo los vídeos– que tiene que ver con los países más adelantados en términos sociales. ¿Cuál es en este momento el partido más nazi con representación en un parlamento nacional? Pues es el partido de los Verdaderos Finlandeses. Hace veinte años, cuando yo estaba en Bruselas, si alguien se paseaba con una esvástica o hacía un mitin filonazi, lo echaban. Pero ahora uno oye el discurso que hacen y no puede dejar de asombrarse. Son el 19% y el ministro de Exteriores pertenece a esta gente. Y si uno va a Dinamarca, son el 21%. Entonces, lo que me ha dejado desconcertado es por qué la Europa nórdica, socialdemócrata, más preparada que nadie, se ha pegado ese tumbo hacia ese populismo que es auténticamente nazi.

El otro tampoco lo entiendo. Pero, bueno, probablemente porque –como les decía ayer cariñosamente a algunos de vosotros– lo que está pasando me ha cortado mis entendederas y no soy capaz de descifrar las soluciones. Pero hay resultados que realmente creo que son sorprendentes.

Respecto al liderazgo, naturalmente creo en él más que nadie.

Pero antes de terminar quiero poner sobre la mesa algo distinto: liderazgo, Estado constitucional o simplemente Estado.

Empiezo con Jean Monnet. Atención: liderazgo sí, pero los hombres pasan y las instituciones permanecen. El Estado constitucional sigue siendo necesario y fundamental para organizar la sociedad. Es mi punto de vista.

Y continuó con una persona de la cual he sido siempre muy entusiasta: don Norberto Bobbio. Decía, en *El futuro de la Democracia*, que los pactos de la política son, por definición, precarios y coyunturales. La fuerza y la solidez de la democracia están en sus reglas y en sus instituciones.

Las reglas y las instituciones siguen siendo necesarias, y en determinados momentos han servido para reaccionar de una manera correcta cuando se han presentado situaciones muy difíciles de gobernar. Y yo creo que, en Europa por lo menos, deberíamos salir en defensa de la Constitución y en defensa de la democracia representativa, porque si no, puede pasar lo que pasó con la República de Weimar. ¿Por qué cayó? Porque nadie quería defenderla.

Gracias.

Rebeca Grynspar

Muchísimas gracias.

En primer lugar, quiero extender un agradecimiento muy especial al presidente Sanguinetti por habernos permitido siempre este espacio de reflexión, de sacarnos un poco de la inmediatez de lo que tenemos que hacer todos los días para sentarnos a pensar realmente como lo hemos hecho aquí. Todos estarán de acuerdo conmigo en que hemos oído magníficas exposiciones durante estos dos días.

Quiero asimismo agradecer al ingeniero Slim por tenernos aquí, por prestarnos su casa, este lugar maravilloso. De verdad, muchísimas gracias.



Deseo señalar también que siendo ahora la Secretaría General Iberoamericana, el Círculo de Montevideo es realmente iberoamericano: ha generado este diálogo a los dos lados del Atlántico.

Hace unos días cayó en mis manos un artículo del *World Economic Forum*, muy interesante, que hablaba –para mi sorpresa, porque no lo esperaba– de la emergencia del poder blando iberoamericano, del *soft power*, y se refería a dos cosas, a las que yo añado una tercera. Porque no es menor que haya sido este espacio iberoamericano el que haya tenido en menos de un mes el premio Nobel de la Paz para el presidente Santos –yo creo que todos hacemos votos por que el proceso de paz en Colombia llegue a buen término–, la elección del Secretario General de Naciones Unidas en la figura de António Guterres, y la celebración –y aquí están muchos de sus hacedores; por ejemplo, don Enrique– de los veinticinco años de cumbres. Don Enrique ha sido un líder en lo iberoamericano, y fue con el querido presidente Felipe González, que comenzaron las cumbres en 1991 en Guadalajara. Es relevante el hecho de que este espacio haya producido un diálogo ininterumpido por veinticinco años en una región con enormes diferencias –ideológicas, políticas, sociales– entre los países. Asimismo, no creo que sea irrelevante el hecho del surgimiento del poder blando basado en unos valores compartidos, que es lo más importante que tiene este espacio.

Así que a todos ustedes, que han sido parte de esa construcción, creo que les debemos, realmente, un enorme agradecimiento.

En segundo lugar, quiero festejar el nombre de este panel, porque la manera moderna de ver los derechos, es hablar de derechos y deberes. Por mucho tiempo hablamos solo de derechos. Inclusive ahora hay un movimiento para hacer una *Declaración Universal de los Deberes Ciudadanos*, que no está mal, precisamente para poner el énfasis en que no hay derechos sin responsabilidades; y que si todo este tema de los derechos lo hemos abordado precisamente para construir una ciudadanía que es la base de todo el esfuerzo, los ciudadanos también tienen que conocer y responder a sus responsabilidades. Y creo que ahí hay un elemento fundamental del panel de hoy, que se llama así: de derechos y deberes.

Coincido con mis compañeros de panel que dicen que sucedieron muchas cosas importantes en el siglo XX; pasaron cosas tremendas. Pero probablemente el elemento más importante para el bienestar del futuro de la humanidad fue la Declaración Universal de Derechos Humanos. Decía Savater que aunque no se esté cumpliendo con ellos en todos lados, por lo menos la hipocresía es progreso, porque en el pasado se violaban los derechos y nadie lo ocultaba siquiera; no había conciencia de que estaba sancionado el no cumplirlos. Así que comienzo por decir que yo, personalmente, comparto esa idea de que lo más importante que aconteció para construir una humanidad mejor, fue la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Hablaba Manolo de todo este tema del andamiaje institucional de los derechos. Yo voy a señalar algunas cosas que me parecen importantes en este debate. Lo primero es que realmente vamos a necesitar –y lo digo en base a la experiencia en Latinoamérica– un mayor diálogo entre las Cortes Supremas o Cortes constitucionales y los ministros, especialmente los de Hacienda. Porque hay un tema que no es menor: para hacer los derechos reales, ¿cuál es el límite de los derechos? Respecto del derecho a la salud, en mi país, donde tenemos una Corte constitucional y donde somos muy legalistas, hay gente que ha llegado a la Corte para defender su derecho a la salud. En muchas ocasiones hay servicios que no puede dar el sistema de salud de mi país y, por lo tanto, el Estado tendría que financiar esos tratamientos fuera.

Entonces, ¿cuál es el límite? ¿Es la operación a corazón abierto en Houston? Es decir, hasta dónde llevamos los derechos de acuerdo a las posibilidades reales de la sociedad pero empujándolos lo más que se pueda para no dejarlos en los mínimos, porque entonces el peligro es que los derechos se conviertan en el *minimum minimorum*, que de todas maneras no satisface las expectativas de la población.

Y esta cuestión del *minimum minimorum* con relación a la educación, ¿hasta dónde la llevamos? ¿Es hasta el posgrado? ¿Es hasta el PhD? ¿Hasta el doctorado? ¿Cómo es que vamos a regular eso? ¿Y cómo es que los derechos individuales no van en contra de la colectividad, al ejercer cada uno su derecho? Porque

aquí lo más importante de los derechos humanos es que la gente pueda ejercer la exigencia de ese derecho en las instituciones jurídicas y políticas que tenemos en nuestros países. Ese es el gran avance: que podamos, efectivamente, de manera individual, plantear una exigencia. Pero al mismo tiempo, cuando de manera individual planteamos una exigencia, tenemos que tener algún modo de saber hasta dónde esa exigencia debe ser respaldada por los órganos que tienen que garantizarla. Muchos de nosotros creemos que ese espacio tiene que ser el espacio parlamentario, pero en muchos de nuestros países el espacio parlamentario no ha logrado que esos derechos se concreten del modo en que están establecidos en las declaraciones de Naciones Unidas o en las convenciones vigentes. Y ahí se produce una tensión que creo que tenemos que reconocer y respecto de la cual debemos buscar una solución; debemos buscar la manera de dar lugar a una discusión que nos permita efectivamente manejarla.

Una de las reuniones más interesantes a las que asistí fue precisamente una que tuvo lugar entre jueces constitucionales y ministros de Economía y de Hacienda de América Latina. La discusión fue dura, fuerte, pero los jueces les decían a los ministros: «No son ustedes los que pueden resolver hasta dónde llega el derecho». Tenían razón, porque si no, sería solo un límite presupuestario que no sabemos cómo se establece. Tiene que ser el cuerpo legislativo, pero en el cuerpo legislativo hay muchas lagunas en términos de cómo se concreta ese derecho real.

Se hablaba recién de modular los derechos, no de vulnerarlos. Bueno, pero en cuanto a esa modulación, ¿cuál es el espacio en el que se tiene que dar? ¿Tienen que decidirlo los ministros de Hacienda? Pues, no. Tiene que haber una decisión política de los cuerpos legislativos apropiados. Lo digo con sinceridad, porque yo fui viceministra de Hacienda, pasé dos reformas tributarias en mi país y probablemente tengo casi que disculparme con toda la población por las cosas que hicimos. Y al mismo tiempo, llevamos a cabo una reforma constitucional para garantizar el financiamiento de la educación. En ese momento, muchos de los colegas me decían: «Pero el problema, cuando tú haces eso, es que inflexibilizas el presupuesto y, por tanto, le quitas capacidad de acción al área económica». Y yo

les señalaba: «Sí, eso es cierto, pero también es verdad que una sociedad tiene derecho a establecer cuál es su proyecto como tal». Precisamente establecimos una reforma constitucional a efectos de financiar la educación para que no pudiera el ministro de Hacienda de turno decidir cuál tenía que ser el financiamiento que la sociedad debía dar a algo que había decidido que era central para ella.

Allí también tenemos una tensión: la que existe entre la capacidad de acción que se requiere para momentos determinados en el área económica y la necesidad de la sociedad de saber que tiene unos objetivos que definen su proyecto en una determinada dirección.

Dicho esto, paso a compartir lo que decía Manuel en el sentido de que ha habido un gran avance en términos de derechos humanos, integralmente hablando: no solo los civiles y políticos, sino también los económicos, sociales y culturales.

Solo para darles un ejemplo, les diré que cuando estaba con mi otro «sombrero», en el PNUD, hicimos una revisión de veinte años de desarrollo humano en el mundo, y la verdad es que nosotros, que siempre llevamos algo así como malas noticias, que siempre estamos enfatizando lo que no ha funcionado, aquello que hay que resolver o mejorar, podemos decir que en los veinte años de que tenemos informes de desarrollo humano, el avance de la humanidad en lo que hace al Índice de Desarrollo Humano ha sido espectacular. Solo tres países no habían mejorado su Índice de Desarrollo Humano, y los tres habían estado claramente en situaciones de guerra; uno de ellos era Sudán. Pero el resto había mejorado de manera importante el Índice de Desarrollo Humano. Y en América Latina también.

Comparto lo que dice Manolo en el sentido de que la región avanzó enormemente en lo que tiene que ver con el mejoramiento de las condiciones políticas, de las condiciones civiles, y de los derechos económicos, sociales y culturales. Esto sin perjuicio de las tareas que tenemos por delante, a las que me referiré en unos momentos. Pero uno puede ver el avance, inclusive en los derechos económicos, sociales y culturales en varios indicadores que son bastante importantes para la región.



En los últimos veinte años, la verdad es que la estructura social de la región –lo decía ayer Leonel en la exposición; se veía claramente– cambió: de un 44% de pobreza que teníamos en los años 90, hoy estamos en alrededor de un 28%. Y los sectores medios de la región latinoamericana –no los vulnerables, esos que están apenas por encima de la línea de pobreza– se convirtieron en una tercera parte de la población de la región. Y aquellos que no son pobres pero que tampoco podemos decir que sean sectores medios son alrededor del otro tercio. Así es como está dividida en este momento la población latinoamericana.

La preocupación que tenemos es que eso se ha estancado, y muchos de esos logros han comenzado a revertirse, precisamente, en este momento de desaceleración económica. Siete millones de personas volvieron a caer por debajo de la línea de pobreza entre el 2014 y el 2015 de acuerdo a las estimaciones de varios organismos internacionales y, por supuesto, todo este grupo vulnerable lo ha sido a la reversión. Y eso, Manuel, precisamente porque siguen sin tener protección social, sin tener una red de apoyo para los malos momentos, y siguen estando insertos no en el sector formal de la economía sino en el informal. Es decir que siguen teniendo grandes vulnerabilidades que los hacen ir y venir con mucha facilidad por debajo y por encima de la línea de pobreza. Y esas personas –ligando esto al tema de la política– están hoy de mal humor en la región, están bravas con el sistema político. Yo diría que no solo están bravas, sino también resentidas con el sistema político. Y respecto de esta cuestión, me voy a referir en unos momentos al tema de los jóvenes y a lo que mencionaba don Enrique ayer: a las discusiones que ha habido en la cumbre alrededor del tema de la juventud.

Lo segundo que quiero decir es que en la región no solo hubo avances importantes en lo que hace a la pobreza, sino que también hubo avances importantes en términos de las desigualdades entre grupos. Me parece que esto no es menor, porque muchas veces hablamos de la desigualdad vertical, o sea la que tiene que ver con el ingreso, pero hay otras que generan dinámicas de reproducción de la desigualdad y la discriminación. Y hablo de desigualdad entre grupos porque me refiero, por ejemplo, a los grupos indígenas, a los afrodes-

cendientes, a las mujeres. Precisamente esas desigualdades en la región latinoamericana también recibieron mucha atención durante los últimos años. Uno de los elementos –cuando uno observa los análisis que se han hecho al respecto– de por qué bajó la desigualdad en muchos de los países de la región tiene que ver con la capacidad de ingreso dada la expansión del empleo que se produjo en la región –que fue real–, pero también con el hecho de los que grupos indígenas comenzaron a tener mucha más participación y voz política; con el hecho de que en Brasil, por ejemplo, las desigualdades –que siguen siendo tremendas–, en lo que tiene que ver con los afrodescendientes comenzaron a ser atacadas de una mejor manera; con el hecho de que América Latina ha sido una de las regiones que más progreso ha hecho por lo menos en términos de marco legal en la equidad de género; y con la incorporación de las mujeres al mercado laboral, que significó por lo menos una explicación de diez puntos en la baja de la pobreza en la región latinoamericana. Es decir que no fue un tema menor ni marginal, sino central para el tipo de sociedad que estamos construyendo.

Esto significa no ver el tema de los derechos económicos solamente en términos de ingresos, sino también en términos de igualdad de oportunidades, combatiendo discriminaciones que van contra grupos y que se convierten en elementos fundamentales de la reproducción intergeneracional de la desigualdad.

Esos son los logros que ahora tenemos que preservar, porque ahí precisamente está el centro de nuestra defensa de los derechos: el tema de la discriminación a grupos específicos por ser indígenas, por ser afrodescendientes, por tener una discapacidad u, obviamente, por ser mujeres. Estas cuestiones siguen siendo fundamentales en nuestra construcción.

Entonces, ¿cuál es nuestra preocupación, por cierto muy sentida ayer, ya que se habló fundamentalmente de eso? El tema de los retrocesos que estamos viendo. En primer lugar quiero decir –probablemente Alberto y Natalio se referirán a ello también– que hay algo de lo que se hablaba mucho cuando estudiábamos el desarrollo y de repente desapareció un poco de la literatura y hoy habría que retomar: estos procesos de cambio en los cuales la sociedad y la economía van más rápido

que las instituciones, que se quedan rezagadas en su respuesta a la sociedad y a las demandas de la nueva economía. Creo que estamos enfrentados a una cosa similar.

Realmente considero que nuestras instituciones, con todo lo que trabajamos durante todos estos años en que dejamos atrás las dictaduras militares, se han quedado rezagadas respecto a la demanda de la sociedad y respecto a la demanda política. La regeneración del sistema político es una tarea pendiente en nuestros países, ante una sociedad que es mucho más exigente, ante unas clases medias que son mucho más demandantes con respecto al sistema y a la ineficacia de las instituciones. Esa demanda sobre el sistema político no ha podido ser realmente procesada, digerida por nuestras instituciones. Y hay un rezago con respecto a las respuestas que se necesitan para este mundo nuevo y para estas sociedades nuevas que son las latinoamericanas.

Tenemos que ver cómo vamos a apoyar una agenda en la cual las instituciones —porque yo creo en ellas; ojalá no volvámos a caer en esas dicotomías falsas entre Estado y mercado, que fueron realmente parte de la discusión que tuvimos en los 80— puedan dar respuesta. La de Estado y mercado es una discusión falsa. A mí me gusta mucho la descripción que hacía ayer el presidente González, cuando hablaba del Estado Ipanema. Sí: requerimos de un Estado Ipanema. Últimamente ha vuelto a aparecer esa discusión relativa a mercado o Estado. Reitero: es una discusión falsa. Necesitamos mejor mercado y mejor Estado para poder enfrentar las cosas que siguen; necesitamos esa reforma institucional, ese sistema político que tiene que poder responder a la nueva realidad.

Tenemos que apoyar ese cambio. Y lo cierto —y lo digo con sinceridad— es que muchas veces nuestros sistemas electorales no tienen suficientes incentivos para pensar en el largo plazo. En mi país decimos que el problema es que alguien se come la piña y es al otro al que le duele la panza. ¿Verdad? Quiere decir que para pensar en el largo plazo tenemos que hacer las inversiones hoy, pero cuando vamos a la competencia electoral, eso no necesariamente se reconoce como un elemento para el éxito de esa contienda. Creo que aquí estamos ante un problema similar cuando hablamos del cambio

institucional, cuando hablamos del cambio en el sistema político. El asunto es que hay que invertir mucho hoy para que eso se dé, pero muchas veces es una labor invisible, poco remunerada en los sistemas electorales.

Entonces, esta capacidad de la sociedad de plantearse el largo plazo, de tener un proyecto común que la dirija en esa dirección, que permita espacios de consenso y de diálogo, de alguna manera se ve vulnerada. En la región estamos viendo procesos crecientes de polarización y procesos crecientes de falta de consensos, de falta de diálogo, de falta de un proyecto común de sociedad. Yo creo que parte de la explicación está en que si bien hemos hecho esas cosas buenas que dijimos antes —hay más derechos, menos pobreza, algo menos la desigualdad—, seguimos siendo sociedades muy desiguales, donde el tema de las oportunidades y de la capacidad que tenemos para seguir dando ese espacio a nuevos grupos está vulnerado por sociedades bastante fragmentadas inclusive espacialmente. Yo pregunto muchas veces dónde se encuentra la sociedad hoy en día. Antes nos encontrábamos en la escuela pública, pero en la medida en que esta se ha deteriorado en términos de calidad, los sectores medios nos salimos de la escuela pública —recuerdo a Hirschman— para dar a nuestros hijos lo que sabemos que va a ser un elemento fundamental para su futuro, que es una educación de calidad. Entonces, ya no nos encontramos en la escuela, pero tampoco nos encontramos en los parques ni en los centros comerciales, porque estamos todos segregados espacialmente dentro la sociedad.

Quiere decir que esta capacidad de la sociedad de encontrarse en algún lado para tratar de formar un proyecto común es algo sobre lo que vamos a tener que pensar; es decir, cómo vamos a crear de nuevo esos espacios de diálogo, de consenso. Yo lo veo muy claramente en la conversación con el sector privado, no solo con la sociedad civil. Creo —no tengo ninguna duda— que para poder avanzar en las tareas de un desarrollo económico más dinámico en los años por venir; para afrontar las tareas que mencionábamos ayer, de la cuarta revolución industrial; para volver a generar una revolución de productividad para el mundo que viene, tenemos que cambiar la conversación con el sector privado. Esta no es una agenda que va a poder diseñar el sector público sentado ante un escritorio inventando



las soluciones para este mundo nuevo. Vamos a tener que tener un diálogo fluido —no de vez en cuando—, porque los cambios son tan fuertes que requieren realmente de un esfuerzo, de una conversación, de un marco legal, de un marco jurídico y de las reglas de juego que permitan efectivamente adaptarnos al nuevo mundo.

No vamos a poder hacer nada de eso sin una conversación mucho más franca con el sector privado, y sin recuperar —algo que decía don Enrique ayer— la confianza de la sociedad. Hay mucha desconfianza; hay mucha desconfianza sobre las asociaciones público-privadas, pero es la única manera en que podremos llevar a cabo las cosas que tenemos que hacer para el mundo nuevo. América Latina tiene que duplicar su inversión en infraestructura para los próximos años si quiere hablar en serio de un aumento de productividad; tiene que invertir seriamente en lo necesario para la nueva sociedad digital; tiene que cuadruplicar su inversión en ciencia y tecnología, y tiene que lograr muchos más espacios de colaboración entre los países.

El doctor Molina está aquí presente y tal vez me corregirá, pero ninguno de nuestros países tiene la infraestructura científica necesaria para el mundo que viene. Necesitamos plataformas de colaboración en ciencia y tecnología mucho más fuertes, mucho más interregionales que las que tenemos hoy en día. Nosotros, por ejemplo, hemos planteado todo el tema de laboratorios iberoamericanos para poder efectivamente seguir el paso de este cambio.

Asimismo, para poder hacer todo esto vamos a tener que tener espacios distintos; vamos a tener que volver a establecer espacios de confianza y una conversación distinta entre los distintos sectores de la sociedad.

Permítanme solo cinco minutos más para hablar de los jóvenes y brindar algunos datos de por qué estamos poniendo tanto énfasis en la juventud. Algunos de los estudios nos muestran —lo decía ayer de otra manera el ingeniero Slim y también lo señalaba Leonel— que el 60% de los empleos en los que van a trabajar los jóvenes que están hoy en secundaria no han sido creados aún.

O sea que esos jóvenes de secundaria van a trabajar en empleos que no sabemos cuáles van a ser. Más de la mitad de los puestos de trabajo que tenemos hoy en día van a ser automatizados o serán obsoletos para el año 2030. Se está especulando que eso va a ser así. Y de las quinientas empresas más importantes del mundo, dos terceras partes de ellas van a desaparecer o van a ser sustituidas.

Esa es la dimensión de la incertidumbre y de la complejidad que enfrentamos. Pero tenemos un gran activo: tenemos el grupo de jóvenes de entre 15 y 29 años más grande que hayamos tenido alguna vez en la historia, y son también los jóvenes más educados que hayamos tenido, porque el acceso a la educación ha sido una de las cosas que han ocurrido durante todo este tiempo. La población universitaria en América Latina se duplicó durante este período, y dos terceras partes de los jóvenes universitarios que tenemos hoy en la región son los primeros que llegan en su familia a la educación universitaria. Es decir que son primera generación que llega a la universidad. Sin embargo, siendo eso cierto, siendo eso un gran activo para la región —no tenemos el problema de envejecimiento que tiene Europa u otras regiones, inclusive algunos países asiáticos—, solo una cuarta parte de ellos están en el sector formal.

Cuando preguntamos a las empresas si están consiguiendo la mano de obra que necesitan para su productividad, para su competencia, la mitad de ellas dicen que no consiguen en el mercado lo que necesitan. ¿Por qué? Porque estamos enseñando mal; la calidad de la educación es una gran tarea. Es lo que señalábamos ayer. Mídase por donde se mida —por las pruebas PISA, por el ranking de las universidades o por lo que sea—, lo cierto es que nuestra calidad en la educación deja mucho que desear. Y todavía hay mucha gente que cree que la tarea progresista es solo el acceso a la educación. Considero que esa es una de las ideas que tenemos que derrotar, porque el acceso y la calidad van a tener que ir de la mano si realmente queremos que haya una mayor igualdad en las oportunidades.

Y el tema de la educación no es la única tarea; tenemos otra que es fundamental: cómo llevamos adelante educación y diversificación productiva al mismo tiempo, y cómo hacemos para que la educación que brindemos sea realmente de calidad para este mundo nuevo; cómo hacemos para que los muchachos aprendan a aprender.

Con mucha preocupación leía el otro día algo que se publicó a través de Twitter, porque ahora muchos de nosotros, a pesar de nuestra edad, nos informamos también por ese medio. Se trataba de una entrevista interesantísima con el director de Recursos Humanos de Google, que decía que ellos habían cambiado totalmente su modelo de reclutamiento. Antes se fijaban en los títulos y en las universidades, y hoy en día han dejado eso de lado, precisamente para hablar solo de competencias y habilidades; de las *soft*, de las habilidades blandas, que no necesariamente se pueden adquirir solo en el aula. Y ahí el entorno y muchas de las oportunidades que los jóvenes tienen van a jugar un papel fundamental.

Por eso termino con lo siguiente: si queremos realmente dar una oportunidad a estos jóvenes que son primera generación que llega a la universidad en su familia, vamos a tener que cambiar sin duda los currículos universitarios, pero también vamos a tener que darles oportunidades de experiencias vitales que hoy en día no tienen.

Primer punto: la mayoría de estos jóvenes nunca han salido de su país; la mayoría no tiene pasaporte. Y están en esa situación en este mundo diverso, multicultural, globalizado. Nosotros hemos insistido en hacer este programa del Erasmus latinoamericano, que ahora se llama Campus Iberoamérica, precisamente para poder dar una oportunidad a esos jóvenes, para que puedan tener una experiencia fuera de su país. Porque en esta cuestión nos estamos quedando rezagados con respecto a Asia. Allí, el 7% de los muchachos estudia fuera su país. En América Latina, menos del 1%. Entonces, respecto de esta nueva generación que sufrió una gran movilidad social pero en este momento puede sufrir en sus expectativas y esperanzas, requerimos hacer algo para poder darles esa oportunidad.

En segundo lugar –y esto es algo de lo que se habló ayer también–, el tema de las pasantías laborales, de poder aprender en las empresas, se va a convertir en un elemento fundamental de la inserción laboral, pero estos muchachos no tienen las redes para poder insertarse de esta manera; no tienen los sistemas educativos para poder hacerlo. Entonces, la idea es precisamente poder tener este colectivo empresarial en la región que nos permita brindarles esa oportunidad de las pasantías laborales.

Termino diciendo que este es un comercial, efectivamente, sobre las cosas que estamos procurando hacer y que creemos que pueden ofrecer una salida, lo que nos parece fundamental. Lo peor que le puede pasar a esta región después de los esfuerzos que ha hecho es seguir teniendo una población descontenta, de mal humor, que no cree en la democracia, que no usa el voto para poder hacer los cambios políticos que se requieren, y ahí vamos a depender de estos jóvenes a los cuales tenemos que dar una oportunidad y con los cuales tenemos que crear espacios de diálogo intergeneracionales. Tenemos que oírlos a ellos pero, como dije ya una vez en el Círculo de Montevideo, ellos también tienen que oírnos a nosotros. Para nosotros, la democracia no se juzga solo en su funcionalidad; también se juzga en su valor intrínseco. Para nosotros la democracia es una conquista. Yo espero que para los jóvenes de hoy la democracia no se convierta solo en un dato.

Muchas gracias.

Natalio Botana

Gracias, Manolo.

En primer lugar, los deberes de gratitud.

Estos veinte años del Círculo de Montevideo han sido para mí, como decía Sarmiento, el festín de la vida: el festín de la vida de debatir, el festín de la vida de contrastar opiniones y de recrear amistades. De modo tal que, me disculparán la autocomplacencia, pero esta es una celebración que en mi vida ha valido la pena. Y mi deber de gratitud se extiende a Carlos Slim, porque en estos días he tenido la sensación de estar en una



botica renacentista a escala del siglo XXI: una combinación de la palabra con el arte y con la generosidad, porque lo que aquí está expuesto gratuitamente es para todo el pueblo mexicano. Y es un ejemplo que vale para todos nosotros. Así que de nuevo mil gracias.

Voy a tocar brevemente cuatro temas que rozan por cierto lo que han dicho tanto Manolo, en primer lugar, como Rebeca después. Y para eso voy a tomar la posta de Julio María Sanguinetti, citando por segunda vez a Tocqueville, no en *De la Democracia en América*, sino en *El Antiguo Régimen y la Revolución*.

Ustedes saben que no hubo transformación más colosal, hacia fines del siglo XVIII, que la Revolución Francesa; tanto desde el punto de vista político como desde el cultural, el científico y el tecnológico. Y cuando años después Tocqueville enfrenta ese fenómeno, lo que le asombra es la persistencia de lo viejo en un gran proceso de mutación. Es decir que el cambio de régimen, lo que adviene en la historia como novedad, contiene como arrastre los pesados legados del pasado.

Creo que este es un punto fundamental, porque precisamente lo que estamos viviendo en este momento —me introduzco ya en el segundo tema— es una mutación combinada con las revanchas del pasado. La mutación, para quien está al borde de los ochenta años, es un fenómeno extraordinario de aceleración de la historia. Raymond Aron decía que las mujeres y los hombres hacemos la historia, pero no sabemos la historia que hacemos. Y estamos haciendo la historia. Rebeca: la están haciendo los jóvenes, que me enseñan; mis nietos que, en poder de todos los instrumentos tecnológicos, se ríen de mí cuando de esas cuestiones se trata. Pero no sabemos aún la historia que hacemos. Y ello, ¿a qué se debe? A muchas razones. Pero creo que estamos viviendo un *gap*, una brecha muy grande entre la espontaneidad de esta formidable mutación tecnológica, digital, comunicacional, y el retardo del pensamiento político institucional.

Históricamente creo que hay muchas razones. En los albores de la Revolución Industrial, estaba Adam Smith; en los albores de la revolución política que corrió pareja con la Revolución Industrial estaba El Fede-

ralista, los Estados Unidos de América, y todo el gran pensamiento europeo del siglo XVIII. Y cuando esa revolución industrial avanza y conquista con las nuevas máquinas y con la locomoción esa sociedad agrícola de que hablaba Carlos Slim, lo tenemos a Saint Simon y, por cierto, también a Marx.

Esa ausencia de las grandes síntesis creo yo que hoy es muy, muy evidente. El pensamiento político y social corre detrás de la mutación científico-tecnológica. Y nuestro deber, nuestro esfuerzo colectivo de estos diálogos y de los muchísimos diálogos que hay en el mundo, consiste en poder salvar esa brecha. Obviamente, la lentitud del pensamiento —lo analizaremos después— coincide con la lentitud de la legislación. La figura de Rousseau del gran legislador hoy está ausente del mundo. No crean que estoy endiosando al gran legislador de Rousseau, porque tiene sus problemas y graves, pero quiero decir que nos falta la perspectiva constructivista para encauzar este fenómeno gigantesco.

Pero vayamos ahora a la reacción de lo viejo, al peso del pasado, que es lo que más me preocupa. Les voy a dar simplemente este ejemplo. Siempre, en nuestras reuniones del Círculo de Montevideo, nos referimos inevitablemente a la gran estrella de estos comienzos del siglo XXI, que es China. Ahora, China lo que hace es combinar el legado del pasado con la mutación tecnológica del presente. Porque China —y es muy importante señalar esto una y mil veces; y en América Latina no podemos caer nunca en esa tentación— es un régimen de partido único; un régimen de partido único por cierto mucho más racionalizado que el régimen soviético. China ha resuelto la clave hobbesiana. Hobbes decía que un régimen político sobrevive si ha resuelto el problema de la sucesión. Los soviéticos no lo resolvieron; los chinos, sí: cada diez años se cambia al presidente. Lo hacen dentro de un contexto —por cierto— oligárquico, porque son las élites del partido. Tenemos ahora el interrogante gigantesco de saber si el nuevo líder de China va a cambiar o no esta regla de oro. No lo sabemos.

Entonces, puede haber combinaciones posibles y más armónicas entre lo viejo y lo nuevo, y puede haber otro tipo de combinaciones mucho más desafiantes.

Diría que hoy, frente a esta mutación —que es la visión optimista, es la visión esperanzadora del mundo—, estamos viviendo un momento reaccionario. Lo defino estrictamente: la gran amenaza que tiene esta mutación es la reacción del pasado, la reacción del pasado envuelta en primer lugar en la religión. Y no me refiero a la religión como el sentimiento humano, natural, a favor de la trascendencia, sino la religión como instrumento político; vista desde la perspectiva más violenta, en el mundo musulmán, o vista desde la perspectiva que están adquiriendo, por ejemplo, las autoridades dentro de la religión católica. Regresar a la forma política del clericalismo es un modelo reaccionario. Regresar —en Europa, Manolo— a la forma del nacionalismo es un modelo reaccionario. Y, desde luego, regresar a la forma de la xenofobia es un modelo reaccionario, como también lo son los populismos.

Manolo: te referiste a la República de Weimar, y creo que es una cita que viene perfectamente bien a cuento para mi argumento; porque si estamos pensando en las reacciones del pasado, la tragedia de Weimar es paradigmática. Pero no hay que olvidar una cosa básica: Weimar no solo cae por la extrema derecha; cae por el concurso de la extrema derecha y la extrema izquierda. Y eso explica la convergencia con los populismos. El populismo de extrema derecha y el populismo de extrema izquierda están de acuerdo en un punto: en que desprecian a la democracia republicana y representativa. Ese es el punto. Y ese es el gran problema que tenemos hoy delante de nosotros.

Por cierto hay otro contraste que también es muy importante: que esta mutación civilizatoria es ecuménica. Esta mutación civilizatoria se combina con la globalización, mientras que el gobierno de las sociedades sigue siendo nacional. Y aquí evidentemente no puedo más que expresar mi melancolía, porque Manolo recordó a Jean Monnet. Siendo yo estudiante en aquella Europa de la década del sesenta, que era puro proyecto, escuché a Jean Monnet hablando en mi universidad. Sostenía que la tragedia de Europa fue el nacionalismo combinado con la xenofobia. Y hoy el nacionalismo está volviendo a Europa. La integración europea fue el gran proyecto de posguerra. No conozco proyecto comparable, basado en la deliberación, el consenso y la

razón. Reitero: no conozco proyecto comparable, pero está siendo amenazado por la reacción nacionalista. Esto nos lleva al cuarto punto. El que acabo de mencionar es el tercero.

El cuarto capítulo es la entrada en este escenario del gran problema de la legitimidad. Creo que esta mutación civilizatoria debe recrear una nueva legitimidad. El mundo de incertidumbre, de desconfianza, de desconcierto, de búsqueda de respuestas que estamos viviendo en este momento se debe precisamente a eso: a que debemos recrear una nueva legitimidad.

Y creo que aquí hay que distinguir dos planos fundamentales, que a veces confundimos: debemos recrear la legitimidad del Estado y debemos recrear la legitimidad del régimen democrático. Son dos cosas diferentes. En Europa, la legitimidad del Estado está cuestionada porque se está cuestionando el gran proyecto de la supranacionalidad europea. Por consiguiente, esta regresión a los Estados nacionales es mala para Europa y para el mundo. En América Latina, en cambio, afrontamos un problema muchísimo más complejo, porque efectivamente, como bien lo señaló Rebeca, hemos avanzado muchísimo en estos años. Hemos discutido y creemos en el horizonte de lo que ella llamaba la acumulación histórica de derechos: de los derechos civiles a los derechos políticos; de los derechos políticos a los derechos económico-sociales. Pero en América Latina, queridas amigas y queridos amigos, cuando estamos discutiendo en un recinto civilizado estas cosas, salimos a caminar y a la vuelta de la esquina nos pueden matar. ¿Qué significa esto? Que en su raíz última, en esa raíz que explicaron también Hobbes y Max Weber, de que el Estado es el monopolio legítimo de la fuerza pública, seguimos fallando extraordinariamente. No tienen ese problema en Europa. En Europa el problema es de otro nivel. Aquí todavía, en este momento de mutación civilizatoria, estamos enfrentando el gran problema de la constitución básica del Estado, que es la protección de la seguridad física de los habitantes y de los ciudadanos.

Este es un desafío gigantesco y no resuelto, porque vivimos ¿qué cosa? La fractura del Estado en el marco de la megalópolis latinoamericana. Es un problema



que tenemos aquí y que viene desde el fondo colonial. Porque no hay que olvidarse de una cosa: cuando Jefferson pensaba, en los futuros Estados Unidos, en las Notas sobre el Estado de Virginia, la ciudad de México era ya una de las primeras ciudades del mundo, en número de habitantes y en tamaño. Este proceso no se ha detenido, y lo que vivimos hoy es la situación del Estado insuficiente instalado en ciudades escindidas por la desigualdad.

Hemos avanzado muchísimo en esta última década; no hay ninguna duda. Pero ¡cuidado! Porque la desigualdad es un hecho objetivo, pero también un sentimiento subjetivo que proviene de la privación de derechos que se adquirieron y que se pueden perder. Y el riesgo que estamos viviendo en estos días en América Latina es precisamente este. Quiere decir que esta mutación civilizatoria es recibida en América Latina en este contexto: en el contexto de desigualdades cristalizadas muchas veces en un esquema de gran megalópolis, y con la legitimidad del Estado todavía herida en su resorte fundamental. Por consiguiente, el gran desafío político que tenemos en este momento, que es un desafío del pasado, es la construcción de un Estado en forma, la construcción de un Estado competente que asegure, ante todo, protección y seguridad.

El segundo gran desafío de la legitimidad es el desafío de la legitimidad del régimen democrático; del régimen democrático, republicano y representativo. Ambos desafíos se confunden en América Latina, y hoy tenemos lo que Felipe González llamó muy bien, en una de sus intervenciones, un régimen democrático basado en la vetocracia —yo lo llamo pluralismo negativo; es lo mismo—. Lo que está mostrando la expresión política de esta mutación civilizatoria, a través por ejemplo de las redes sociales, es que la ciudadanía está mucho más adaptada para decir que no que para decir que sí, y esto se debe, fundamentalmente, a un gran problema que tenemos por delante, porque los partidos políticos ya no son lo que eran. De esto se ha ocupado también Manolo en su intervención. En algunos países de América Latina, obviamente, estamos mejor. En el plano de partidos políticos es obvio que en el Cono Sur Uruguay está mucho mejor que Argentina, pero en general, si ustedes comparan Argentina con Brasil y aun con Mé-

xico, tenemos el desafío de recrear, a escala de siglo XXI, la noción de partido político.

El otro problema interesantísimo que creo que tenemos por delante —siempre en el nivel de la legitimidad del régimen político— es que esta combinación de las innovaciones del presente con los legados del pasado nos pone delante de una suerte de sociedad anfibia —¿verdad?—, que no sabe cómo representarse. Ustedes me preguntarán cuáles son las respuestas: bueno, no las tengo todavía. La única respuesta es que debemos tener conciencia de cómo adquirir la habilidad ciudadana para representarnos con estos nuevos datos del presente y con estos legados del pasado. Tal vez este sea el desafío fundamental. Y esto obviamente está muy vinculado a los tres niveles de los derechos y de las obligaciones.

En América Latina, desde 1812 —porque, cuidado, la Constitución de Cádiz fue muy influyente en nuestros países, sobre todo en la primera década de la independencia—, tenemos una extraordinaria experiencia caligráfica en materia constitucional. Los latinoamericanos somos grandes escritores de Constituciones; fáusticos escritores de Constituciones. Y este ha sido el gran legado del Derecho Constitucional. Este, ante todo, es un derecho escrito; están las Constituciones, están los Tratados. Esto viene desde 1812. Y no paramos de escribir Constituciones, que son cada vez más frondosas. Nos enteramos de que hay nuevos derechos e inmediatamente los escribimos. Pero el pasaje de los derechos escritos a los instituidos todavía no lo hemos transitado en América Latina. Insisto: hay excepciones. Estoy hablando en términos generales. Y los derechos instituidos son la bisagra que abren la democracia representativa a una democracia de ciudadanos y ciudadanas. Sin derechos instituidos es muy difícil tener en América Latina una democracia de ciudadanas y ciudadanos donde la ley, interiorizada y vivida, sea —como decía el viejo Bobbio, que citaste Manolo— la máxima de nuestra conducta.

No hay satisfacción en el pensamiento político si nos contentamos con escribir derechos. Eso es muy fácil. El problema es instituirlos y hacer que, como obligación política, vivan en la conciencia de la ciudadanía.

Finalizo citando por tercera vez a Tocqueville. Y esto es de la segunda Democracia, la que escribió en 1840, que es un texto más filosófico que el primer volumen, que La Democracia en América, de 1835. Tocqueville termina diciendo lo siguiente: «Constato una tendencia inevitable en la historia, que es el ascenso de la igualdad». Ya no hay más sociedades aristocráticas que defiendan el privilegio. Y si defienden el privilegio lo harán ilegítimamente. Pero ese ascenso de la igualdad en tanto fenómeno social puede tener traducciones políticas diferentes. Ese ascenso de la igualdad se puede combinar con la libertad o se puede combinar con el despotismo. Y creo que analógicamente estamos frente al mismo desafío. Quien niegue esta mutación civilizatoria no está entendiendo el mundo. El desafío que tenemos por delante es traducir esta mutación civilizatoria en la nueva Ilustración para el siglo XXI.

Ese es nuestro desafío, nuestro consuelo y también nuestra exigencia.

Muchas gracias.

Alberto Ruiz-Gallardón

Muchas gracias.

Al igual que mis compañeros, quiero empezar dando las gracias al presidente Sanguinetti por estos veinte años. No es fácil agradecer en dos minutos por veinte años y por los muchos motivos de gratitud que tenemos.

Gracias, también, Carlos Slim. Y no solamente por las razones que te han dado mis compañeros, que son todas muy justas en cuanto a la extraordinaria oportunidad de estar en esta casa –agradecemos la enorme generosidad que has tenido–, sino sobre todo por el enriquecimiento que has hecho al Círculo de Montevideo introduciendo un factor que no estaba al principio cuando solamente nos reuníamos académicos y políticos y quizás estábamos un poco de espaldas al mundo real, al mundo de la empresa. Por tanto, tu incorporación al mismo aporta ese salto de la teoría a la práctica, que es absolutamente fundamental si queremos que nuestras reflexiones, además de enriquecernos al poder compartirlas, sean útiles también para quienes las escuchan.

En su intervención, el ponente de esta Mesa, Manolo Marín, ha hecho un repaso, una enumeración de lo que ha ocurrido en las democracias latinoamericanas en estos veinte años, y ha dicho –y es verdad– que por norma general ha habido un incremento de las libertades, de las garantías de los derechos humanos y de la democracia misma. Ha dicho asimismo que hay algunas excepciones, y ha citado una: Venezuela. Pues bien: en estos breves minutos –aprovechando la presencia del presidente Leonel Fernández que, como ustedes saben, está implicado en estos momentos en un proceso de negociación con relación a Venezuela, y sintiéndome además incapaz de superar las intervenciones de Manolo, de Rebeca y de Natalio– quiero hablarles solamente de eso, de la excepción.

Les voy a hablar de Venezuela porque, además, les traigo un recado, un llamado, una noticia. Tengo algo que decirles.

Empiezo por señalar que no es mi intención hablar de política, entendiendo por política aquello que en estos momentos se está debatiendo y que ustedes pueden seguir en los medios de comunicación. No me corresponde a mí hacerlo, pero tampoco podía hoy permanecer en silencio en el Círculo de Montevideo, donde desde el primer momento el presidente nos enseñó a concebirlo como un espacio de respeto a las ideas y a aquellos que no pensaban como nosotros, un espacio en el que todos debíamos coincidir en un objetivo: la defensa de la libertad y la defensa de los derechos humanos. No voy a hablar de cómo tienen que articularse esas negociaciones en las que está implicado el presidente Fernández. No voy a ser yo, de ninguna manera –porque ni siquiera tengo elementos de juicio suficientes para hacer esa evaluación–, el que piense que se debe o no negociar con un Gobierno que vulnera directamente la Constitución impidiendo un instrumento democrático discutible pero introducido en el texto constitucional por el propio régimen, como es el referéndum revocatorio. No voy a hablar tampoco de si se debe negociar con un Gobierno que ha suprimido la independencia del Poder Judicial haciendo unas maniobras políticas con una Cámara que ya estaba desautorizada por los ciudadanos cuando se había producido el proceso electoral, para sustituir personas por aquellas que ya sabía que no habrían de ser independientes sino dependientes del Poder Ejecutivo.



Tampoco voy a hablar de si se tiene o no que establecer determinadas medidas con un Gobierno que después de haber perdido unas elecciones que conformaron la última Cámara legislativa ha anulado completamente el Poder Legislativo y, por lo tanto, suprimidos dos de los tres Poderes, existe única y exclusivamente un Poder en Venezuela que es el Poder Ejecutivo.

No les vengo a hablar de eso. No es esa la intención que yo tengo en estos momentos. Solamente vengo a hablar de la libertad, de la libertad de las personas; de las personas que en estos momentos en Venezuela, mientras nosotros estamos aquí hablando, disfrutando de nuestras libertades, de nuestra capacidad de pensamiento, ellos están privados de todo eso. No tienen libertad, pero no porque hayan vulnerado alguna norma penal, sino única y exclusivamente porque se han atrevido a pensar de manera diferente que el poder establecido y a manifestar públicamente esa discrepancia.

He tenido la suerte, durante este año, hasta en tres oportunidades, de conocerlos, de estar con ellos. He estado con aquellos —que son los menos— que están en arresto domiciliario, que te reciben en su casa a hurtadillas, pidiendo por favor a los policías que les custodian que no den parte de que les ha visitado una persona de fuera, no vaya a ser que endurezcan más todavía sus condiciones. He visto también a aquellas personas que de alguna manera están en una cárcel, aquellos a quienes les han convertido su país en una cárcel, porque sin estar privados de libertad no les dejan salir fuera, no les dejan venir a otros países a hablar como nosotros estamos haciéndolo ahora. Y he intentado sumarme a la defensa de Leopoldo López, pero no he podido hablar con él porque no me dejaron entrar en la prisión militar de Ramo Verde. Miento: sí pude hablar con él a través de una voz en grito, desde una colina, en los suburbios que rodean esa prisión militar donde, acompañados por su esposa, esta empezó a gritarle —con la esperanza de que lo oyese en su celda— que estábamos allí para apoyarle. Y él, desde su celda, lanzó un grito. Me preguntó: «Gallardón ¿estás ahí?» Le contesté que sí, y me dijo: «Gallardón: cuéntale al mundo lo que está pasando en Venezuela». Y eso es lo que yo estoy haciendo ahora. Ese es el recado que tengo la obligación moral de traerles a ustedes, así como tengo la obligación de decirles que un espacio de liber-

tad como el Círculo de Montevideo no puede ni debe permanecer indiferente ante esa situación.

Todos, en América Latina —a pesar de defectos y de problemas estructurales—, vivimos una época fabulosa: los avances han sido extraordinarios. ¿Podemos permanecer indiferentes cuando en el siglo XXI, cuando en nuestra Iberoamérica y en vuestra América Latina existen presos políticos, presos de conciencia, personas que están encarceladas única y exclusivamente por manifestar sus opiniones discrepantes con el Gobierno? ¿Cuántos de los chicos jóvenes que estáis aquí no habréis, muchas veces, como lo hacíamos nosotros, manifestado vuestra discrepancia con medidas del Gobierno? ¿Cuántos hijos de las personas mayores que estamos aquí no habrán estado o estarán en estos mismos momentos haciendo esas manifestaciones que son fruto de su libertad, de su rebeldía intelectual, de sus ganas de cambiar las cosas para mejorar?

No les voy a contar cuál es la situación económica, social, que en estos momentos se vive en Venezuela, pero sí quiero decirles que no solamente es legítimo sino que es obligado —me atrevería a decir— si se ama a la patria en esa nación, levantar la voz para decir que las cosas necesariamente tienen que cambiar y que no se puede permanecer indiferente.

Por eso he querido aprovechar esta ocasión —consciente de que no podía, en modo alguno, no digo enriquecer sino ni siquiera igualar el nivel de las intervenciones que ha habido— para pedir a todos aquellos que están asistiendo a este acto final de conclusiones del Círculo de Montevideo y que demuestran su inquietud y que la indiferencia no les acompaña en relación con la vida pública, en relación con los problemas de la sociedad—, que nos unamos todos en esa idea de que no puede haber presos políticos en Latinoamérica; de que no se puede pensar que un problema económico se trata igual que un problema político; de que no podemos pensar, de ninguna manera, que se puede establecer una negociación cuando uno de los elementos es retener de forma ilegítima a una persona en prisiones militares. Esto es impensable. ¿Alguien podría imaginar, siquiera el presidente Santos en sus negociaciones con las FARC, que hubieran podido admitirse esas

tratativas si la que había sido hasta ese momento una estructura guerrillera de combate absoluto al Estado, hubiese retenido a personas como elemento de negociación? Eso es lo que está haciendo en estos momentos el Gobierno de Maduro: retener como rehenes a presos políticos a efectos de conseguir logros de carácter político. Y nosotros no podemos, de ninguna de las formas, permanecer indiferentes ni permanecer callados.

Ayer, el Presidente González que, con Tuto Quiroga, es otra de las personas que dentro del Círculo más se han involucrado en la defensa de los derechos de todos los venezolanos y, muy especialmente, de aquellos que tienen privada su libertad, hacía una cita feliz del Quijote de Cervantes. Y yo quiero terminar esta intervención con otra cita, que es por todos conocida en una parte pero quizá no en otra. Todos recordamos aquel diálogo precioso, en la Segunda Parte del Quijote, cuando don Quijote le dice a Sancho que la libertad es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos, y que por la libertad se puede y se debe aventurar la vida. Se trata de una máxima que nos debe acompañar siempre. Pero a continuación agrega: «y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres».

Yo no quería perder la oportunidad que generosamente, por veinte años, me ha dado de intervenir en el Círculo de Montevideo, para decir –y de manera muy especial, delante del presidente Leonel Fernández– que no podemos consentir ese cautiverio, y que nosotros, que creemos en la libertad, que creemos en la democracia, que creemos en los derechos humanos, que nos preocupamos –como bien recordaba Manolo– por la situación política de Finlandia y de Dinamarca, no podemos dar la espalda a una república hermana, a un país querido, a una población maravillosa como es la venezolana, y no podemos pensar que este es un problema que, como otros problemas económicos, se irán resolviendo de acuerdo con la evolución de las situaciones macroeconómicas. No. Estamos ante una violación –es decir, ante algo que pensábamos para siempre desterrado de Latinoamérica– de algo que nos une, que es la democracia, la defensa de la libertad y la defensa de los derechos humanos.

Muchísimas gracias.

8 - Síntesis de las jornadas.

Conferencia de prensa.

Belisario Betancur

Natalio Botana

Alejandro Bulgheroni

Leonel Fernández

Reyna

Felipe González

Rebeca Grynspan

Enrique Iglesias

Carlos Magariños

Enrique Manhard

Manuel Marín

Alberto Ruiz Gallardón

Julio María

Sanguinetti

Carlos Slim

Daniel Rosas, de Grupo Radio Centro

Muy buenas tardes para todos.

Aprovechando vuestra presencia aquí y de cara a las elecciones en los Estados Unidos, que se aproximan, quisiera preguntarles cuál es su visión al respecto y cómo creen que afectaría a la región latinoamericana un posible triunfo de Donald Trump.

Jorge Quiroga

Agradezco la pregunta.

Mi hija Cristina acaba de contraer nupcias con un mexicano y están viviendo en Texas. Voy a contestar la pregunta, y mis nietos serán deportados algún día.

—El señor Trump y su candidatura representan algo inédito, nunca visto. La amalgama o la combinación de la posición de ultraderecha xenofóbica, racista, en el tema migratorio, casada con la posición ultraproteccionista en materia comercial de, digamos, sindicatos de izquierda, nunca se había visto. Se trata de algo ambidiestramente antilatino; esa es la base de la propuesta del señor Trump. Y lo resumía Julio María en el foro, mencionando precisamente el apellido Trump. Nunca antes había habido una propuesta —la anunció el primer día y la mantiene hasta hoy— que estuviera reflejada en el propio apellido del proponente: Trump: T R U M P. La «T», traslado forzoso deportando 11 millones de latinos, principalmente mexicanos, pero también hondureños, salvadoreños, bolivianos, peruanos. La «R», de remesa; va a incautar las remesas. La «U», de USA. Lo va a hacer para construir el muro; ahí tenemos la «M». Sería el primer muro en la historia de la humanidad respecto del cual un político está intentando que se construya con la plata del otro lado; los soviéticos tuvieron la cortesía de pagar su propio muro. El señor Trump está diciéndole a México: vaya usted a comprar el látigo con el que lo voy a azotar. Y, finalmente, la «P», de proteccionismo comercial: 35% de aranceles.

Algún amigo mexicano me decía: «Hay gente allá que va a votar por Trump porque va a bajar los im-



puestos». Las cadenas de producción y de integración entre México y Estados Unidos hacen que 40% de lo que sale de aquí para allá tenga valor agregado de Estados Unidos. Subirle 35% a eso que le vende México a Estados Unidos es subir los impuestos en Estados Unidos.

Es terrible la propuesta basada en deportación, incautación de remesas, construcción de muros, proteccionismo comercial. Es atroz. Desataría una recesión regional racista. Esperaremos el resultado, que estará en unos días, pero a todos los mexicanos y a los latinos les pedimos que ayuden pidiendo que no pueda prosperar esta propuesta.

Una anotación final: sería muy útil para aquellos que predicán el antiamericanismo rabioso ponerle la ficha al señor Trump. Ganarían mucho aquellos populistas autoritarios, como el régimen de Venezuela, que paradójicamente tiene prácticas que el señor Trump pregona. Si ustedes se preguntan quién es amigo de Putin, quién quiere cerrar fronteras, deportar extranjeros y cerrar el comercio, verán que el señor Trump lo propone y en Venezuela se hizo; lo hicieron con colombianos. ¿Quién quiere amordazar a la prensa, encarcelar a la oposición y desconocer resultados? El señor Trump lo propone y en Venezuela ya lo hicieron. ¡Qué paradójico sería que cuando una ola autoritaria está en retroceso en América Latina, con pelo rojo se instale en los Estados Unidos de América! Espero que no sea así.

—Que quede claro que la P es de proteccionismo.

Silvia Lemus, de Canal 22, canal cultural, y tengo una pregunta para el presidente Belisario Betancur.

El Premio Nobel de la Paz fue otorgado en su país. Díganos en qué momento se encuentran los acuerdos de paz entre el presidente Juan Manuel Santos y las FARC.

Belisario Betancur

Muchas gracias.

El plebiscito al cual el Presidente Santos sometió los Acuerdos de Paz de La Habana tuvo, como es sabido, una mayoría del NO; una breve pero brava mayoría del NO, muy expresiva y, a mi juicio, benéfica, porque complementó lo que se había acordado por la delegación del Gobierno en La Habana con las discrepancias que se expresaban desde la negación, capitaneadas por el presidente Uribe, con una gran lucidez, con una gran visión.

Los que hemos participado en las actividades parlamentarias sabemos que un proyecto de ley se presenta y sufre toda clase de modificaciones en el itinerario de las respectivas Cámaras. Si es en las Cortes Españolas unicamerales, sufre modificaciones al cabo de las discusiones; si es en sistemas bicamerales como el de Colombia, el proyecto es presentado a la Secretaría General, pasa a una Comisión, esa Comisión lo estudia, rinde un concepto, se incorpora ese concepto en la sesión pública, se somete el proyecto al trámite correspondiente y se pasa a la siguiente Cámara, y lo que resulta de todo aquel itinerario es la ley, pero lo que presentó inicialmente el autor del proyecto es algo diferente; en ocasiones, totalmente diferente. Pues bien: con el proyecto del presidente Santos y el proyecto que se discutió con las FARC en La Habana, en un breve trayecto de más de tres años, brevísimo trayecto, se constituyó un documento final, que se está complementando, Silvia, en este momento, en conversaciones entre el NO y el SÍ, en La Habana, y ya hay, por lo que conozco a través de la radio, la televisión y la prensa, acuerdos sobre algunos puntos. Esto quiere decir que el NO ha sido absolutamente útil para el proceso mismo de paz, y que lo que salga de la incorporación de los puntos de vista del NO a los puntos de vista aprobados en La Habana, es lo que va a constituir la pedagogía futura de Colombia después de cincuenta años de una guerra en la cual todos hemos sido coautores, cómplices y auxiliares, y todos la hemos padecido. No voy a hablar de heridas personales, pero en Colombia prácticamente *Raimundo y todo el mundo* han sufrido las lace-

rias de la guerra y estamos de plácemes por que llegue muy pronto el beneficio de la paz.

Ese es el dictamen.

Javier Garduño, de El Universal

Mi pregunta es para quien la quiera responder. Tiene que ver con el contexto político y las próximas elecciones en los Estados Unidos. En caso de que llegue a ganar el señor Trump –hay una alta posibilidad de que eso suceda–, ¿cómo nos afectaría a nosotros? Porque cada vez que él declara algo o manda un *tweet*, al día siguiente todo está más caro en el supermercado. Entonces, en caso de que se diera la situación de que él fuera el próximo presidente al menos por cuatro años –o por ocho, Dios no lo quiera–, ¿cuál es el plan B que tienen para enfrentar una situación como esa, de modo que nos afecte lo menos posible en la parte social y económica? Muchas gracias.

Felipe González

Veamos. Tuto Quiroga hablaba de las repercusiones que tendría el triunfo de Trump por debajo de la frontera, pero también, a nivel internacional las consecuencias serían las que fueran –y yo creo que serían graves–, y se puede analizar cómo se reacciona, cómo se responde, cómo baja la Bolsa o cómo cambia la moneda. Las consecuencias entonces pueden ser variadas, pero algo que me inquieta dentro de este debate es que ninguno de nosotros se ha referido a las que tendría para los estadounidenses, que al final son los que van a votar. El coste, la carga más terrible y más difícil de superar va a ser para ellos.

Creo, entonces, que a veces desenfocamos nuestro análisis, cuando deberíamos decir a los ciudadanos de Estados Unidos: «Oigan: ese proteccionismo, esa xenofobia, ese desarrollo de la vetocracia que contradice la democracia de Estados Unidos, no solo tiene repercusiones para el resto del mundo; a ustedes los encierra en una trampa sin salida, con un coste enorme».

Esto es lo que creo, pero todos tenemos la esperanza de que dentro de unos días, a pesar de todo, no gane.

Solo quiero añadir que lo que ha hecho Trump durante este año que llevamos de campaña se puede calificar de la siguiente manera: ya ganó aunque el martes no gane. Ojalá no gane, pero ya ganó. Comprendamos que la fractura que ha introducido en una sociedad como la de Estados Unidos –que lleva más de un siglo con un área de consenso entre unos y otros, que no rompen por su propio interés pero que también afectaría los intereses de los demás– puede perdurar.

Podemos pensar en las consecuencias; por ejemplo, cuál sería la reacción del mercado de valores. Pero vean que en Estados Unidos la incertidumbre, de momento, está cobrando consecuencias. Solo la incertidumbre. Pero la peor consecuencia de un triunfo de Trump –la peor, por eso no quiero verlo desde el miedo a las consecuencias que tenga para nosotros– es para Estados Unidos.

Les cuento una anécdota, aunque lo que digamos no sirve para nada porque, además, no podemos interferir en las elecciones en Estados Unidos; sobre todo, no podemos interferir alimentando la dialéctica de la confrontación de la que vive este señor. A Hillary Clinton le montan un número y tal, y es una candidata mejorable, pero casi todo el número que le han montado ha sido por su gestión en el tema libio. Yo lo viví directamente, y puedo decir que la persona más seria, más sensata en el intento de acabar de manera ordenada con ese conflicto, que he conocido en el ámbito internacional –lo digo en primera persona, como decía mi profesor de Derecho Romano: *cognita causa*–, es Hillary Clinton. Frente a Sarkozy, Cameron, etcétera. Fue la única que llegó a decirme: «Ojalá lo podamos resolver. Mi cabeza está en El Cairo, no en Trípoli. No estoy de acuerdo con lo que está pasando». Y está pagando un coste infinito, en una campaña absolutamente disparatada, perfectamente banal, donde no se dice nada de los verdaderos intereses de la gente de Estados Unidos y del mundo que está implicada en esta campaña.

Así que, hagamos votos por que gane o por que no gane Trump –ojalá no gane, claro–, a mí me preocupa la fractura y el coste. Por eso digo que ya ganó. Si hay más de 40% de ciudadanos estadounidenses –que en general votan muy poco– que votan por eso que representa este señor, ya esa fractura la vamos a pagar



durante mucho tiempo; en primer lugar, la van a pagar los ciudadanos de Estados Unidos que, cuando se den cuenta, ya será tarde y habrá que reaccionar a pesar de todo.

Julio María Sanguinetti

Candidatos extravagantes, reaccionarios o alocados ha habido en casi todas las elecciones del mundo. Lo que preocupa es que 40% o 45% de norteamericanos pueda creer en un mamarracho, en un esperpento como este.

Jacobo García, del periódico El País, y mi pregunta es para el señor Slim.

Disculpe que ahonde en la pregunta, pero quisiera consultar cuál es su opinión sobre las consecuencias económicas que para México tendría una victoria de Trump, y si usted personalmente tiene alguna preocupación al respecto.

Carlos Slim

Creo que no es muy alta –por el contrario, considero que es muy baja– la probabilidad de que gane. El pueblo de Estados Unidos sabrá cómo vota. Por otro lado, en Estados Unidos las instituciones son muy fuertes y no puede –ni siquiera el presidente de la república– cambiar arbitrariamente ciertas cosas. También creo que los efectos –como señalaba el presidente González– serían muy graves para los Estados Unidos. Esa nación –como decía el presidente Fernández– importa todos los bienes de consumo y muchos productos de todo el mundo. Si se empieza a gravar con 35%, se destrozaría la economía americana. La inflación –suponiendo que todo lo que está comprando subiera 35% de precio, o 15% o 20%– sería brutal. Son cosas que no se pueden contemplar como reales. En cuanto al muro, no es fácil hacerlo; además, se hacen túneles o, como ocurre con la mayoría de las personas, llegan por avión. Son muchos los factores.

Eso por un lado: los precios de los bienes.

La realidad es que el flujo de importación de Estados Unidos con México es poco, al igual que con América Latina. El principal es con China; es muy grande. Pero eso le ha permitido mantener un nivel de consumo de precios adecuados y bajos. Entonces, se tendrá que actuar racionalmente. Lo lógico es que Estados Unidos busque producir bienes estratégicos y bienes de alto valor agregado. No se puede meter a competir con bienes importados con costos marginales tan bajos, porque provocaría un problema de desequilibrio económico importante en los Estados Unidos.

En México decimos: es distinto ser borracho que cantinero. Esa sería otra diferencia. Pero yo creo que la probabilidad de que gane Trump es sumamente baja.

Periodista

Quisiera preguntar al presidente Leonel Fernández qué posibilidades hay de arreglar la situación en Venezuela, con un dictador como Maduro. ¿Hay posibilidades de ponerlo, digamos, contra la pared? No conocemos mucho a ese personaje, pero le está haciendo un daño terrible a la población.

Julio María Sanguinetti

Si me permiten, quiero contestar esa pregunta.

El mediador o el árbitro calla. Nosotros somos los que hablamos. Leonel está en un trabajo muy difícil, como mediador, y si no tuviera la esperanza de llegar a algo, no estaría en esto. Podemos tener más dudas o menos dudas, y estar de acuerdo o no, pero ojalá se llegue a algo; ojalá así sea.

Por supuesto, Leonel, si quieres hablar, adelante.

Felipe González

Me cuesta dejar vacías de respuesta algunas preguntas, aunque respeto absolutamente y comparto lo que acaba de señalar el presidente Sanguinetti con respecto a la labor que está llevando adelante el presidente Fernández.

Verán –y espero que entiendan en profundidad lo que digo–: nos hemos pasado dos días debatiendo acerca de la crisis de la democracia representativa y de la pérdida de *affectio societatis*, y, respecto de la democracia, acerca de la desilusión, de la dificultad de conseguir que la gente vote, sobre todo los jóvenes, de la distancia que hay respecto de la democracia, etcétera. Entonces hoy, públicamente, quiero dar las gracias a Maduro, porque está consiguiendo que todos los jóvenes de Venezuela salgan a la calle a reclamar el derecho a votar libre y democráticamente.

Julio María Sanguinetti

Si les parece, yo pondría un foco un poquito más amplio al fenómeno Trump, para hablar de algo acerca de lo cual hemos conversado estos días y que hoy, con notable elocuencia, definía Natalio Botana como un momento reaccionario del mundo; un momento en el cual los grandes sueños o las grandes ideas, o las grandes síntesis y explicaciones no están presentes, y hay reacciones.

En medio de una revolución tecnológica espectacular, que nos ha puesto en las manos posibilidades que nunca antes tuvimos, aparecen estos fenómenos. Trump no es simplemente un clavel del aire. El partido más importante de Francia –el país de la revolución, de las grandes ideas liberales– es el de la señora Le Pen, que proviene de una corriente fascista o aún algo peor.

Por su parte, en Inglaterra –la sabia y docta Inglaterra–, los viejos, en nombre de su nostalgia, le disminuyeron o le cercenaron el futuro a los jóvenes, sacando a Inglaterra de la Unión Europea.

En el mundo, entonces, están ocurriendo fenómenos producto de los choques migratorios, producto de los miedos que ha generado el terrorismo, y producto también de los miedos al cambio, que es lo que está en la base. Felipe hablaba de la fractura que hay en la sociedad norteamericana. También la hay hoy en la sociedad francesa, con casi un 10% de musulmanes, que han puesto a la república laica en una enorme tensión.

Desde ese punto de vista, estamos viviendo un momento muy complejo. Y, por el otro lado, vemos aparecer estos neolíderes –el presidente González, que es particularmente gráfico, hablaba de ellos como «los machos alfa»–: Putin con el torso desnudo arriba de un caballo, y «deglutiéndose» a Crimea; o el señor Erdogan, que se suma al combate contra el ISIS en Siria pero se dedica a machacar a los pobres kurdos; es decir, esos cesarismos que también hoy están como un ingrediente complejo de estos fenómenos que estamos sufriendo.

Y es algo muy peligroso, porque está en la sociedad. Ese 40%, 45% o lo que fuere que vote a Trump es una revelación de tensiones que ya estaban y que él de pronto las sublima, las encarna, las revela: prejuicios y temores que son como los que están en la sociedad inglesa o en la francesa, a las que aludía.

Entonces, hoy, la democracia liberal –más que nunca– y las libertades –más que nunca– han de dar el combate frente al fanatismo, frente a la emoción que cancela la razón; la razón, que es la base del ejercicio democrático, que termina en un ciudadano que tiene que votar con ella y no con las emociones o con los miedos, que son los peores de los consejeros.

Belisario Betancur

Una precisión anecdótica –me ayuda a escuchar Natalio, porque cada vez estoy más sordo, como Beethoven y como Goya–: tengo familiares en Venezuela, y nos la pasamos buscando toda clase de subterfugios con el objeto de mandarles cosas elementales como pasta de dientes, papel higiénico, etcétera. Mi esposa, que es venezolana, cuando mi suegra murió –de esto hace poco– no pudo ir a las exequias porque si lo hacía la ponían presa. ¿Por qué? Por no coincidir con el señor Maduro. Y con los familiares que tenemos, como decía, nos la pasamos también buscando intermediaciones con el objeto de hacerles llegar alimentos. Entonces, no hay transacción con el señor Maduro.

La exposición que hizo Alberto Ruiz-Gallardón es una obra maestra de alta política, de defensa de la esen-



cialidad profunda de la democracia y de la dignidad del ser humano, de su categoría metafísica existencial. Entonces, lo que queremos los vecinos, los demócratas del mundo entero respecto del régimen del señor Maduro, es que prevalezcan las instituciones que el propio régimen creó –por ejemplo, la revocatoria, que ellos mismos crearon– y que la Carta Democrática de la Organización de los Estados Americanos prevalezca en su integridad. Pero no más consideraciones, no más contemplaciones con un régimen que viola la totalidad de los derechos y que es como de ciencia ficción. No nos imaginamos nunca, ni los vecinos ni los profesores de Derecho, que pudiéramos llegar a tanta, tanta vileza sobre la dignidad del ser humano, dignidad tan enaltecida desde el Renacimiento por Pico della Mirandola con su Discurso sobre la dignidad del hombre.

Muchas gracias.

Miguel Ángel Pallares, del periódico *El Universal*

Mi pregunta es sobre el tema relativo a la democracia y, en ese sentido, sobre la decepción que hay en la sociedad de México. Concretamente, le pregunto al señor Carlos Slim qué responsabilidad tienen los empresarios, y también los políticos, porque en México vemos que hay mucha discusión, mucha filosofía, pero no se aterriza en temas como el del salario mínimo, la dificultad de impugnar en tribunales para abrir la competencia, las condiciones precarias laborales que vemos ahí afuera, que no están en otro lado, que están aquí. Entonces, qué responsabilidad les toca a ustedes como empresarios y como políticos.

Carlos Slim

Como político no puedo contestar, porque no lo soy. Como empresario, las responsabilidades son muchas. Pero yo separaría las preguntas, porque hiciste muchas y de distinta naturaleza al mismo tiempo. Una, por ejemplo, se refiere a la democracia, y otra, al salario mínimo. Son dos asuntos diferentes.

Desde el punto de vista democrático, no veo que en México exista algún problema u objeción. Hay compe-

tencia política, hay varios partidos y también candidatos independientes. Han ganado los diversos partidos en los diversos Estados de la república, y hasta ahora, salvo algunos incidentes ocasionales –no frecuentes ni complicados–, el voto de la población ha sido abierto, claro, transparente y secreto. La población ha podido manifestarse por sus preferencias. Entonces, en ese sentido, creo que México es un Estado democrático, y lo hemos visto hasta con los candidatos independientes. En ese aspecto, no tengo ninguna duda.

Desde el punto de vista empresarial, creo que los que tenemos privilegios –no solamente los empresarios sino todos los que tenemos privilegios– tenemos responsabilidades y compromisos. Pienso que los empresarios somos administradores temporales de la riqueza. No nos llevamos nada cuando nos vamos y no hacemos que se construyan grandes monumentos ni pirámides al morir, como quizá ocurría en el pasado. Considero que nuestra obligación es manejar con eficacia y sobriedad esa riqueza, ese capital, esos recursos para que, al reinvertirse, se cree una mayor actividad económica, que es la que genera el empleo. Creo, también, que la pobreza se puede combatir solamente formando capital humano con educación, salud, nutrición desde el embarazo. Y que, al final, la única forma de terminar con la pobreza y el mejor programa social que puede haber es el empleo. No hay otro plan social, gasto público o política pública mejor que la generación de empleo, que no solamente acaba con la pobreza sino que brinda dignidad.

Ahora bien: hay que crear mejores empleos y tener mayor capacidad –como dice Felipe– para hacer una mejor oferta al respecto. El que esté bien educado tendrá más facilidad para conseguir un empleo que alguien que no esté preparado. Y sobre todo en una sociedad del conocimiento, la educación, la capacitación y el conocimiento se vuelven ya no un lujo sino una necesidad para poder progresar y competir.

En cuanto al salario y el poder adquisitivo, sin duda es muy importante que mejoren. Es muy importante que haya un mejor ingreso en la población; no solamente que haya empleo, sino mejor remunerado, porque eso refuerza y retroalimenta el crecimiento

económico al fortalecer la capacidad de compra de las personas y su integración a la economía moderna sacándolas de la marginación.

Hace once años hicimos un acuerdo, el de Chapultepec —lo pueden consultar en www.acuerdonacional.org.mx—, entre la sociedad civil, los gobernadores de todo el país y el Poder Ejecutivo, en el que se plantean asuntos en los que creo firmemente, como la seguridad física y jurídica, el desarrollo con justicia, el crecimiento económico y el empleo, la formación de capital humano, el desarrollo de infraestructura, etcétera.

Lo que necesitamos entonces es más inversión, más actividad económica, una mayor generación de empleos y, por supuesto, mejores ingresos.

Belisario Betancur

Quiero hacer una pequeña lectura contra Sanguinetti, quien se está oponiendo a ello desde hace un rato en que le susurré que le pediría la palabra.

Traigo esto escrito, y digo así: «Le preguntaron a Borges si creía en el Cielo, y él, agnóstico, respondió que no estaba seguro de que hubiera Cielo, pero que de haberlo sería lo más parecido a una biblioteca. Le habían preguntado a Paul Éluard, el poeta francés: “¿Usted cree que hay otra vida?”, y Éluard dijo: “Sí, pero es en esta”.

Conocí a Sanguinetti en torno a libros, en el escenario de Cielo de varias bibliotecas, varias librerías de Bogotá. Julio María en el exilio, y los libros, en asilo, en su memoria. Eran una sola y misma cosa. Entendíamos con claridad que primero fue el verbo y que, en seguimiento de la palabra, llegó la escritura, instrumento *sine qua non* del ser humano por la escalera de lo gótico del entendimiento. No hablábamos de nuestras procedencias ideológicas, pero teníamos la certidumbre de ser él, sin duda, de la izquierda, y yo, también sin duda, también de la izquierda, pero en la derecha.

Sanguinetti esplendía conocimiento y ¡qué lenguaje cadencioso! ¡Casi bailable! Cada palabra salía —y sigue saliendo— con música propia, en clave de Fa,

como las resonancias gregorianas de las catedrales medievales. Sin tener la gobernabilidad, ya tenía el poder, la gobernanza de su coherencia y de la persuasión de quien habla como leyéndose a sí mismo desde dentro de su sabiduría.

Así lo pregoné en la Universidad de Alicante y así me es grato pregonarlo en este foro de elevadas y sabias reflexiones.

¡Y la dignidad! Tantos años de exilio eran más bien años de su propia pedagogía ambulatoria de grandeza testimonial, siempre en torno a sus amigos íntimos, los libros, y siempre, siempre catedrático, maestro, liberador, enseñador y defensor de la Madre Naturaleza antes de que se marchite el último pétalo, como dice Gossaín, escritor colombiano.

La humanidad ha sido clasificada en diferentes Edades. Al recordar la pedagogía de Julio María, aún no me explico por qué no se ha denominado una de estas Edades como la Edad del Papel, la Edad del Libro, el cual no está condenado a desaparecer atropellado por los tecnicismos como más de uno pensara —así como la bicicleta no ha desaparecido atropellada por el automóvil—, sino a multiplicarse, como notarios que dan fe del flujo del tiempo, que es lo que es el libro.

Y qué decir del emprendedor de visión anticipatoria, sabedor de que emprender no es itinerario libre de obstáculos, y de que fallar es importante para alcanzar el éxito, por lo cual es necesario el imperativo categórico, kantiano, de la perseverancia.

¡Y la dulzura y el saber de la historiadora Marta Canessa! ¡Que suavidad! ¡Qué profundidad! ¡Y el tesoro de la amistad de Julio y de Marta, y de su fidelidad inmanente y permanente a la democracia en pliegues de libertad!

Queridos amigos: ¡loor a Julio María Sanguinetti, paradigma de grandeza, de nobleza y de entereza! ¡Honor del género humano!

Gracias.



Julio María Sanguinetti

Belisario: ¡Soy inocente! gracias.

En este momento cerramos esta actividad del Círculo, y cabe, sí, agradecer a todos quienes han contribuido a este debate; agradecer a este público entusiasta y fiel que nos ha acompañado en todas estas jornadas, con calificadísimas figuras y con un grupo de jóvenes que persistentemente ha estado allí, inquieto e interesado. Les agradezco muy particularmente.

Por supuesto corresponde agradecer a nuestro anfitrión. No lo voy a abrumar como me abrumó Belisario a mí. No lo voy a abrumar; también es inocente. Creo que nadie se lo cree en México: nadie te cree inocente.

Pero sí quiero decir una cosa. Este señor es responsable de 350.000 empleos directos y de un millón de personas que dependen de que a él le vaya bien.

Y esa es la síntesis, en definitiva, de la democracia y de la economía de mercado.

He estado en tres oportunidades este año en México, pero esta es la primera ocasión en que, como tuve otra actividad, pudimos con Marta tener un espacio de tiempo para convivir con el pueblo mexicano, para participar con la gente, por ejemplo, de la Marcha del Día de los Muertos, para visitar altares y emocionarnos en el Claustro de Sor Juana Inés de la Cruz, que siempre nos conmueve y nos recuerda el fabuloso libro de Octavio Paz —una de las más grandes obras que se han escrito en la literatura en español— sobre Sor Juana Inés. Pudimos estar presentes allí. Pudimos ir al pueblito Mixquic, ver a la gente y observar esa irreverencia ante la muerte, ese modo festivo de recordar a los que han estado antes, que habla, primero, de gratitud, pero también de emoción, de caridad y de reconocimiento, porque el acto de recordar tiene esa fuerza y ese valor emotivo; y hacerlo, a su vez, no con el velo de la tristeza, sino con el recuerdo de lo bueno, de los gustos, de las aficiones, de las preferencias de los que ya no están. Y todo eso, con música en las calles, como lo hemos visto.

Un pueblo que se para así ante la muerte es porque ¡sabe vivir!

Muchas gracias.

apéndice

Presentación gráfica difundida en las redes como reflejo de nuestra reunión



“En América Latina se aprende de memoria. No hay un proceso de razonamiento, no hay capacidad de solución de problemas...”

Leonel Fernández Reyna

¿Qué nos pasa en América Latina?



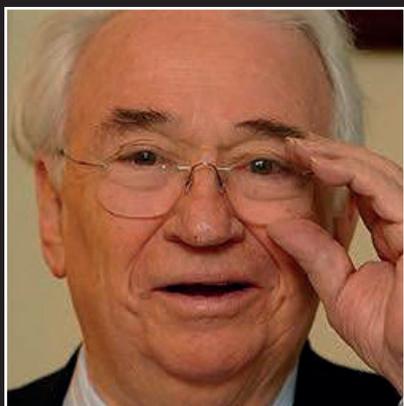
Todos los recursos



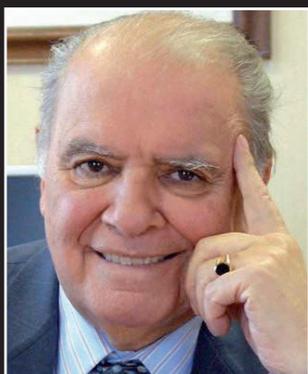
Alejandro Bulgheroni



Los Tres Tenores
según Belisario Betancur...



“Tenemos una revolución tecnológica
que además, tiene características espec-
taculares para el sistema productivo”



Enrique Iglesias

Esta tecnología



está de lujo

“La civilización China cambió al
mundo en este siglo XXI”



Jorge Quiroga



“El Homo Sapiens se extravió en América Latina”



Belisario Betancur

¿Y el Homo Sapiens?



“Recuerda que algunos dicen que venimos del mono, pero otros dicen...”



...que vamos para allá”



Felipe González

“Con el Mercosur pusimos todo nuestro empeño en el momento de la restauración democrática para que esos países del sur tan compatibles: Brasil, Uruguay, Paraguay, pudiéramos integrar un espacio...”



“...Hoy, del Mercosur lo único que funciona es el tridente del Barcelona: un argentino, un uruguayo y un brasileño.”



Julio María Sanguinetti



“Como dijo el ex-presidente de España Felipe González, hay que ir más allá del *think tank* y tratar de volvernos un *action tank*.”



Carlos Slim

“Las redes sociales tienen una espectacular eficacia de comunicación y usadas al servicio de la educación, son el arma más fantástica que ha tenido la humanidad...”



“Cada gobierno que llega inicia de nuevo... las únicas políticas sociales que realmente han dado resultado son aquellas que han persistido en el tiempo. Más allá de la calidad o de la generosidad de una idea...”



Creo que es momento de ponerse a actuar



“...lo que importa es la persistencia en el tiempo.”

“Es determinante entender que será clave descubrir cómo nos asociamos con las máquinas, para producir mejores resultados ...”



Carlos Magariños

“El terrorismo creó el miedo. Trump es hijo del miedo”.



Enrique Manhard

“Seguiremos necesitando personas creativas en la era de la tecnología”.



A veces me dan ganas de escribir,



entonces pienso que mi computadora lo hace mejor que yo y se me pasa.



¡Ay mamá, ahí viene Trump!

¿Eres una persona creativa?



Contratado.



“Bernard Shaw dijo:
Si yo tengo una naranja y tú tienes
otra naranja e intercambiamos, cada uno
sigue con una naranja...”



“En cambio, si tenemos ideas
y las intercambiamos, cada uno
se queda con dos ideas...”



Alfredo Barnechea

“La democracia es un ejercicio de razón
que se basa en el ciudadano, si el ciuda-
dano deserta de sus responsabilidades la
democracia se empieza a debilitar. Si el
ciudadano no está presente, la democracia
no puede vivir, porque el nutriente, el nú-
cleo de esa democracia es el ciudadano”.



Julio María
Sanguinetti

Mmm... es un gran cambio



puedes hacer jugo.



Buen punto.

“La educación para la aceptación de la
democracia, no como una ideología, no
como una religión, sino como un instru-
mento para ordenar la convivencia y la
representación y mejorar el funcionami-
ento de nuestras sociedades y de nuestras
instituciones”.



Felipe González

